

Guillaume Musso



**LA VIDA SECRETA
DE LOS ESCRITORES**

AdN > Alianza de Novelas

Guillaume Musso

**LA VIDA SECRETA
DE LOS ESCRITORES**

Traducido del francés por Amaya García Gallego

AdN Alianza de Novelas

Índice

Prólogo

EL ESCRITOR QUE HABÍA DEJADO DE ESCRIBIR

1. La primera virtud de un escritor
2. Aprender a escribir
3. Las listas de la compra de los escritores
4. Entrevistar a un escritor
5. La historia sin contar

EL ÁNGEL DE CABELLO DORADO

6. Las vacaciones del escritor
7. A pleno sol
8. Toda persona es una sombra
9. La muerte de los nuestros

LA INDECIBLE VERDAD

10. Los escritores contra el resto del mundo
11. A través de la noche
12. Un rostro cambiante
13. Miss Sarajevo
14. Dos supervivientes de la nada

Epílogo

Lo verdadero de lo falso

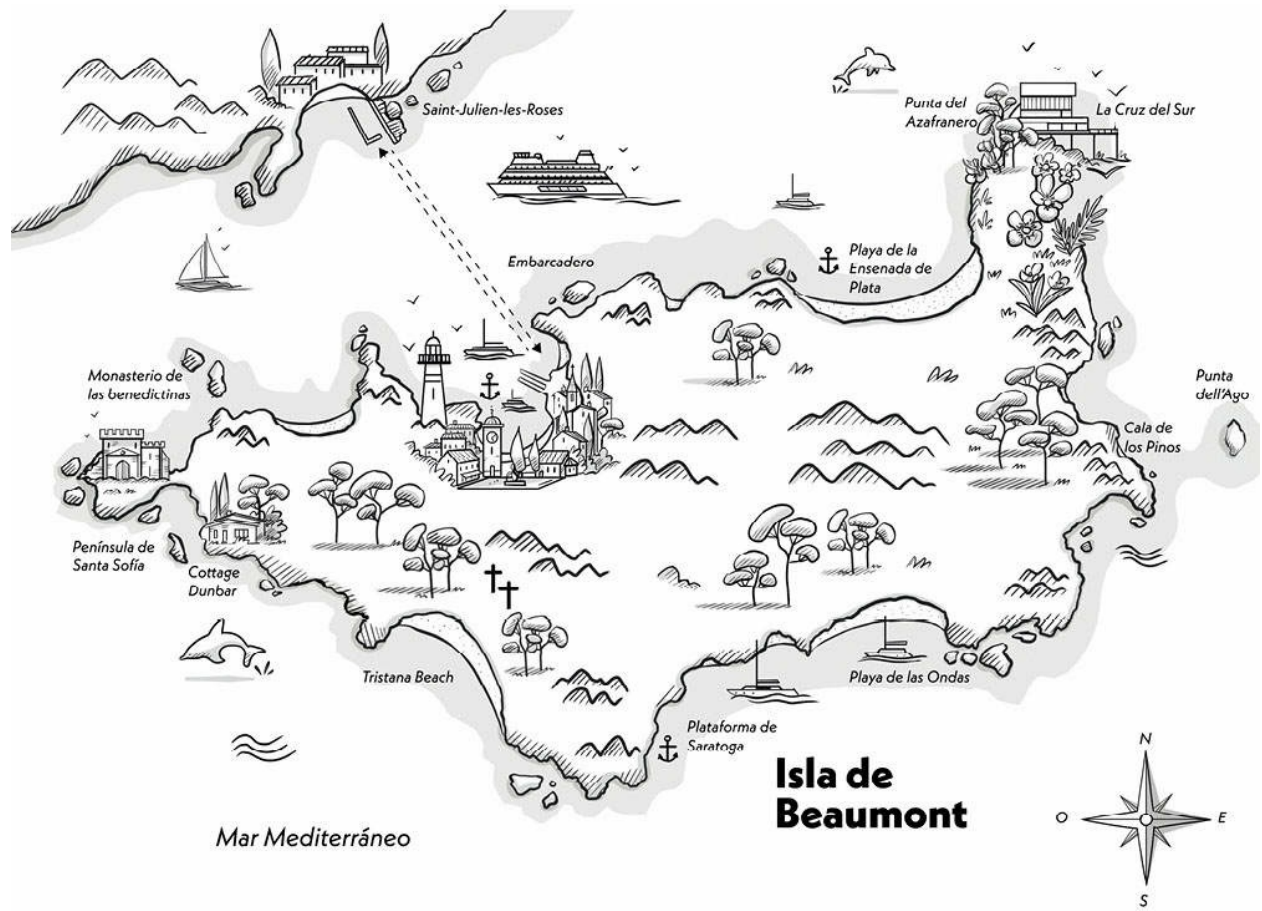
Referencias

Créditos

Para Nathan

*Para sobrevivir,
hace falta contar historias.*

Umberto Eco
La isla del día antes



Mapa de la isla: © Matthieu Forichon

Prólogo

El misterio de Nathan Fawles

(Le Soir, 4 de marzo de 2017)

A pesar de llevar casi veinte años ausente de la escena literaria, el autor de la mítica novela *Lorelei Strange* sigue despertando auténtica fascinación entre lectores de cualquier edad. El escritor, que se ha retirado a una isla del Mediterráneo, se niega en redondo a atender a los medios que lo requieren. Investigamos el caso del enclaustrado de la isla de Beaumont.

Se denomina «efecto Streisand»: cuanto más se intenta ocultar algo, más se atrae la curiosidad sobre aquello que se quiere esconder. Desde que se retirara repentinamente del mundo de las letras a los treinta y cinco años, Nathan Fawles es víctima de este mecanismo perverso. Rodeada de un halo de misterio, la vida del escritor francoestadounidense lleva dos décadas siendo objeto de chismorreos y rumores.

Hijo de padre estadounidense y madre francesa, Fawles nació en Nueva York en 1964, pasó la infancia en París y regresó a los Estados Unidos para terminar de estudiar, primero en la Phillips Academy y luego en la Universidad de Yale. Tras licenciarse en Derecho y en Ciencias Políticas, se consagró a las labores humanitarias y pasó varios años colaborando in situ con Acción contra el Hambre y Médicos Sin Fronteras, principalmente en El Salvador, Armenia y el Kurdistán.

ESCRITOR DE ÉXITO

*En 1993, Nathan Fawles regresó a Nueva York y escribió su primera novela, *Lorelei Strange*, sobre la vivencia iniciática de una adolescente internada en un centro psiquiátrico. Aunque de entrada no tuvo ningún éxito, gracias al boca a oído (especialmente entre los lectores jóvenes), pasados unos meses la novela encabezaba las listas de libros más vendidos. Dos años después, con su segunda novela, *Una pequeña ciudad americana*, extensa obra coral de casi mil páginas, Fawles arrasó con el Pulitzer y se consolidó como una de las voces más originales de las letras estadounidenses.*

*A finales de 1997, el escritor sorprendió por última vez al mundo de la literatura. Como para entonces ya estaba afincado en París, publicó la nueva obra directamente en francés. *Los fulminados* es una historia de amor desgarradora, pero también una reflexión sobre el duelo, la vida interior y la fuerza que proporciona escribir. Fue en esta ocasión cuando el público francés lo descubrió realmente, sobre todo después de que participara en una edición especial de *Bouillon de culture*¹ con Salman Rushdie, Umberto Eco y Mario Vargas Llosa. En noviembre de 1998, volvimos a verlo en ese mismo programa en la que resultó ser su penúltima aparición en los medios. En efecto, al cabo de siete meses, con apenas treinta y cinco años, Fawles anunció, en una entrevista al desnudo con la agencia France-Presse, su irrevocable decisión de no volver a escribir.*

EL ENCLAUSTRADO DE LA ISLA DE BEAUMONT

Desde ese día, el escritor se ha mantenido firme. Fawles, que actualmente reside en la casa que posee en la isla de Beaumont, no ha vuelto a publicar texto alguno ni a entrevistarse con ningún periodista. Tampoco ha aceptado las

propuestas de adaptar sus novelas al cine o a la televisión (hace poco volvió a dar calabazas a Netflix y a Amazon, a pesar de unas ofertas económicas, según cuentan, muy golosas).

Hace casi veinte años que el silencio ensordecedor del «enclaustrado de Beaumont» es objeto constante de elucubraciones. ¿Por qué Nathan Fawles, cuando apenas tenía treinta y cinco años y estaba en la cresta de la ola, decidió retirarse del mundo voluntariamente?

«El misterio de Nathan Fawles no existe —afirma Jasper Van Wyck, su agente de toda la vida—. No hay ningún secreto que desvelar. Ahora Nathan está a otras cosas, eso es todo. Ha dejado atrás definitivamente la escritura y el mundo editorial.» Cuando se le pregunta por la vida cotidiana del escritor, Van Wyck se muestra evasivo: «Por lo que sé, Nathan se dedica a sus asuntos privados».

QUÉ DESCANSADA VIDA LA DEL QUE HUYE DEL MUNDANAL RUIDO

Para atajar cualquier expectativa de los lectores, el agente precisa que el autor «lleva veinte años sin escribir ni una sola línea» y no admite réplica: «Aunque a menudo se ha comparado Lorelei Strange con El guardián entre el centeno, Fawles no es Salinger: no tiene en casa una caja fuerte llena de manuscritos. La firma de Nathan Fawles no va a figurar jamás en ninguna otra novela. Ni después de muerto. Con absoluta certeza». Esta advertencia nunca ha desalentado a los más curiosos para seguir indagando. A lo largo de los años, muchos lectores y varios periodistas han hecho el periplo hasta la isla de Beaumont para merodear por la casa de Fawles. Siempre se la han encontrado cerrada a cal y canto. Los vecinos de la isla parecen ser presa de la misma desconfianza, lo cual no es de extrañar en una población que, incluso antes de que se mudara allí el escritor, había adoptado como lema los conocidos versos «Qué descansada vida la del que huye del mundanal ruido». El secretario del alcalde solo añade que «el Ayuntamiento no ofrece información sobre la identidad de los residentes, ya sean ilustres o no». Muy pocos isleños acceden a hablar del escritor. Los que se prestan a contestarnos trivializan la presencia del autor de Lorelei Strange por esas tierras. «Nathan Fawles no vive recluido en su casa ni ensimismado —asegura Yvonne Sicard, casada con el único médico de la isla—. Nos lo encontramos muchas veces en su Mini Moke cuando vuelve de hacer la compra en el Ed's Corner, que es el único supermercado del pueblo.» También va muy a menudo a la taberna de la isla, «sobre todo cuando retransmiten los partidos del Olympique de Marsella», aclara el dueño del local. Uno de los parroquianos habituales apunta que «Nathan no es ese salvaje que describen a veces los periodistas; es un tío bastante majo que sabe un montón de fútbol y al que le gusta el whisky japonés». Solo hay un tema de conversación que lo pone de los nervios: «Si intentas sacar a relucir sus libros o la literatura, se acabará marchando del local».

UN VACÍO EN LA LITERATURA

Entre sus colegas escritores se cuentan muchos incondicionales de Fawles. Por ejemplo, Tom Boyd, que le profesa una admiración sin límites. «Le debo algunas de las emociones hermosas que he sentido leyendo y es parte integrante de los escritores con los que estoy en deuda», asegura el autor de La trilogía de los ángeles. Otro tanto sucede con Thomas Degalais, que opina que Fawles ha construido, con tres libros muy distintos, una obra original que ha hecho época. «Claro que lamento que se haya retirado de la escena literaria, como todo el mundo —declara el novelista francés—. Se echa en falta su voz en estos tiempos. Me gustaría que Nathan volviera a saltar a la palestra con una nueva novela, pero no creo que llegue a hacerlo nunca.»

En efecto, es una posibilidad, pero no olvidemos que la cita que encabeza la última novela de Fawles es esta frase de El rey Lear: «Son los astros, los astros en lo alto rigen nuestros designios».

Jean-Michel Dubois

¹ Programa cultural de la televisión pública francesa que se emitió entre 1991 y 2001 y cuyo presentador era Bernard Pivot (actual

presidente de la Academia Goncourt), que previamente había presentado el mítico programa literario *Apostrophes*.

Bouillon de culture significa «caldo de cultivo», pero también «hervidero de cultura», ya que en francés *bouillon* y *culture* admiten las dos acepciones. (*N. de la T.*)

El escritor que había dejado de escribir

Editorial Calmann-Lévy
Calle de Montparnasse, 21
75006, París

N.º de identificación: 379529

Sr. Raphaël Bataille
Avenida de Aristide-Briand, 75
92120, Montrouge

París, 28 de mayo de 2018

Estimado señor:

Acusamos recibo del manuscrito titulado *La timidez de las cúspides* y le agradecemos la confianza que ha depositado en nuestra editorial.

Nuestro comité de lectura ha examinado detenidamente su manuscrito, pero, por desgracia, no encaja con el tipo de obras que nos interesan en la actualidad.

Esperamos que encuentre pronto un editor para este texto.

Atentamente,

La secretaria editorial

P. D.: Su manuscrito permanecerá en nuestras oficinas durante un mes para que pueda disponer de él. Si desea que se lo devolvamos por correo, sírvase enviarnos un sobre franqueado.

La primera virtud de un escritor

*La primera virtud de un escritor
es tener buenas nalgas.*

Dany LAFERRIÈRE

Martes, 11 de septiembre de 2018

1.

Las velas restallaban al viento bajo un cielo resplandeciente.

El velerito había zarpado de la costa de Var poco antes de la una de la tarde y ahora se deslizaba a una velocidad de cinco nudos rumbo a la isla de Beaumont. Sentado cerca del timón junto al capitán, me embriagaba con las promesas que traía la brisa marina, entregado en cuerpo y alma a la contemplación de la limadura dorada que refulgía sobre el Mediterráneo.

Esa misma mañana me había marchado del estudio donde vivía en París para pasar seis horas en el TGV que me llevaría a Aviñón. Desde la ciudad papal fui en autobús hasta Hyères y desde allí en taxi hasta el puertecito de Saint-Julien-les-Roses, el único embarcadero del que zarpaban los ferris hacia la isla de Beaumont. Por culpa de uno de los innumerables retrasos de la SNCF, perdí por cinco minutos la única lanzadera que zarpaba a mediodía. De modo que estaba deambulando por el muelle con la maleta a rastras cuando el capitán patrón de un velero neerlandés que estaba a punto de zarpar hacia la isla para recoger a unos clientes se ofreció amablemente a llevarme.

Yo acababa de cumplir veinticuatro años y estaba viviendo un momento complicado. Hacía dos años que me había licenciado en una escuela de negocios parisina, pero no había buscado trabajo en ese ramo. Solo había estudiado esa carrera para contentar a mis padres y no quería que mi vida la marcaran la gestión, el márquetin ni las finanzas. Había pasado estos dos últimos años haciendo malabares con varios curros de poca monta para pagar el alquiler, pero toda mi energía creativa la había dedicado a escribir una novela, *La timidez de las cúspides*, que varias editoriales acababan de rechazar. Fui clavando todas las cartas de rechazo en el tablón de encima del escritorio. Cada vez que hundía un alfiler en la superficie de corcho, era como clavármelo en el corazón, pues sentía un abatimiento proporcional a mi pasión por escribir.

Afortunadamente, el bajón nunca me duraba mucho. Hasta ahora había logrado convencerme de que esos fracasos eran el preludio del éxito. Para creérmelo, me aferraba a ejemplos ilustres. Stephen King contaba a menudo que treinta editoriales le rechazaron *Carrie*. A la mitad de los editores londinenses les pareció que el primer tomo de *Harry Potter* era «demasiado largo para los niños». Antes de que *Dune* se convirtiera en la novela de ciencia ficción más vendida del mundo, a Frank Herbert se la devolvieron unas veinte veces. Y parece ser que, por su parte, Francis Scott Fitzgerald había forrado las paredes de su despacho con las ciento veintidós cartas de rechazo de las revistas a las que había ofrecido sus relatos.

2.

Pero esa técnica de autosugestión empezaba a resultar insuficiente. A pesar de toda la voluntad que le ponía, me costaba ponerme a escribir de nuevo. Lo que me paralizaba no era el síndrome de la página en blanco ni la falta de ideas. Era la pernicioso sensación de no avanzar en mis escritos. La sensación de haber perdido el rumbo. A mi trabajo le habría venido bien una mirada nueva. Una presencia bienhechora y sin concesiones. A principios de año me apunté a un curso de *creative writing* que organizaba una prestigiosa editorial. Había puesto muchas esperanzas en ese seminario de escritura, pero no tardé en desilusionarme. El escritor que lo impartía (Bernard Dufy, un escritor que había conocido su momento de gloria en la década de 1990) se presentaba como «un orfebre del estilo», según sus propias palabras. «Hay que concentrar todo el esfuerzo en *la lengua*, no en la historia. El relato solo existe para estar al servicio de *la lengua*. Un libro no puede tener más objetivo que ir en pos de la forma, el ritmo y la armonía. Ahí es donde reside la única originalidad posible, porque, desde Shakespeare, ya no quedan historias que contar.»

Los mil euros que había pagado por aquella lección de escritura (en tres sesiones de cuatro horas) me habían dejado tan irritado como arruinado. Puede que Dufy tuviera razón, pero, personalmente, yo opinaba todo lo contrario: el estilo no era un fin en sí mismo. La primera virtud de un escritor es saber cautivar al lector con una buena historia; un relato capaz de arrancarlo de su existencia para arrojarlo al meollo de la intimidad y de la verdad de los personajes. El estilo solo era el medio de inervar la narración y de volverla emocionante. En el fondo, la opinión de un escritor académico como Dufy me servía de bien poco. La única opinión que me hubiera gustado que me dieran, la única que yo habría valorado, era la de mi ídolo de toda la vida: Nathan Fawles, mi escritor favorito.

Descubrí sus libros al final de la adolescencia, en un momento en el que hacía ya mucho tiempo que Fawles había dejado de escribir. Su tercera novela, *Los fulminados*, fue el regalo de despedida que me hizo Diane Laborie, mi novia de segundo de bachillerato. Me conmocionó más la novela que el haber perdido un amor que en realidad no era tal. Enlacé con sus dos primeros libros: *Lorelei Strange* y *Una pequeña ciudad americana*. Desde entonces, no he vuelto a leer nada tan estimulante.

Con esa forma de escribir única, me parecía que Fawles se dirigía directamente a mí. Sus novelas tenían vida, eran fluidas e intensas. Aunque no soy admirador de nadie, me había leído y releído sus libros porque me hablaban de mí, de mi relación con los demás, de lo difícil que me resultaba gobernar mi vida, de lo vulnerables que son los hombres y de lo frágil que es nuestra existencia. Me daban fuerzas y multiplicaban mis ganas de escribir.

En los años posteriores a su retirada, otros escritores habían intentado amoldarse a su estilo, absorber su universo, calcar su forma de construir el relato o imitar su sensibilidad. Pero, para mí, nadie le llegaba ni a la suela de los zapatos. Solo había un Nathan Fawles. Tanto si gustaba como si no, había que reconocer que se trataba de un escritor singular. Incluso a ciegas, bastaba con leer por encima cualquier página de alguno de sus libros para saber que la había escrito él. Y siempre he creído que eso es lo que realmente denota el talento.

Yo también había diseccionado sus novelas tratando de penetrar sus secretos y luego había alimentado la ambición de entrar en contacto con él. Aunque sin albergar esperanza alguna de que me contestara, le había escrito varias veces a través de su editorial francesa y de su agente estadounidense. También le había enviado mi manuscrito.

Hasta que hace diez días descubrí una oferta de empleo en el boletín de noticias que publicaba la página web oficial de la isla de Beaumont. La Rosa Escarlata, una librería pequeña que había en la isla, buscaba un empleado. Solicité el puesto enviándole directamente un correo electrónico

al librero y, ese mismo día, Grégoire Audibert, el dueño de la librería, me llamó por FaceTime para comunicarme que aceptaba mi solicitud. El empleo tenía una duración de tres meses. El sueldo no era para tirar cohetes, pero Audibert se hacía cargo del alojamiento y de dos comidas en el Teo Café, uno de los restaurantes de la plaza del pueblo.

Yo estaba encantado de haber conseguido ese trabajo, pues, según lo que había entendido de lo que me había contado el librero, me dejaría tiempo para escribir en un entorno inspirador y, estaba convencido, me brindaría la ocasión de coincidir con Nathan Fawles.

3.

El patrón hizo una maniobra que redujo la velocidad del velero.

—¡Tierra a la vista! —gritó, señalando con la barbilla la silueta de la isla que se recortaba en el horizonte.

La isla de Beaumont, que se encontraba a tres cuartos de hora navegando de la costa de Var, tenía forma de cruasán. Un arco de cincuenta kilómetros de largo por seis de ancho. Siempre la presentaban como un remanso salvaje y resguardado; una de las perlas del Mediterráneo, donde se sucedían ensenadas de aguas cristalinas, calas, pinares y playas de arena fina. Una Costa Azul eterna, sin turistas, contaminación ni cemento.

En los diez últimos días había tenido tiempo para revisar toda la documentación que había encontrado sobre la isla. Desde 1955, Beaumont pertenecía a una discreta familia de empresarios italianos, los Gallinari, que, a principios de la década de 1960, invirtieron una barbaridad de dinero en acondicionarla: realizaron grandes obras para canalizar el agua y allanar el terreno y crearon *ex nihilo* uno de los primeros puertos deportivos de la costa.

Con el paso de los años, el desarrollo de la isla fue siguiendo una línea clara: no sacrificar nunca el bienestar de la población en aras de una supuesta modernidad. Y para los isleños, las amenazas tenían dos rostros perfectamente identificados: la especulación y el turismo.

Para limitar la edificación, el Consejo Municipal de la isla había adoptado una norma sencilla consistente en congelar el número total de contadores de agua, una estrategia copiada de Bolinas, un pueblecito de California que llevaba usándola mucho tiempo. El resultado fue que, desde hacía treinta años, la población rondaba las mil quinientas almas. En Beaumont tampoco había ninguna agencia inmobiliaria: parte de los bienes se transmitía de una familia a otra y el resto, mediante cooptación. En lo que al turismo se refiere, lo mantenían a raya gracias a un estricto control de los enlaces con el continente. Tanto en temporada alta como en pleno invierno, una sola lanzadera (el famoso *Temerario*, denominado exageradamente «el ferri») hacía tres trayectos de ida y vuelta diarios, ni uno más: a las 8:00, a las 12:30 y a las 19:00; desde el embarcadero de Beaumont hasta el de Saint-Julien-les-Roses. Todo se realizaba a la antigua usanza: sin reserva previa y dando siempre prioridad a los residentes.

Para ser exactos, no es que Beaumont se mostrara hostil a la llegada de turistas, sencillamente, no estaba preparada para recibirlos. En la isla había en total tres cafés, dos restaurantes y una taberna. No había ningún hotel y los vecinos que alquilaban habitaciones eran muy escasos. Pero cuanto más desalentaban a la gente de que fuera, más misterioso y codiciado resultaba el lugar. Además de los vecinos que vivían allí todo el año, había residentes adinerados que tenían en la isla su segunda vivienda. A lo largo de varios decenios, aquel entorno elegante, bucólico y sereno había entusiasmado a empresarios y a algunos artistas. El presidente de una empresa de alta tecnología y dos o tres potentados de la industria vitícola habían logrado comprar una villa. Pero fuera cual fuera el grado de notoriedad o riqueza, nadie hacía por destacar. La comunidad no era reacia a que se integrasen nuevos miembros, a condición de que estos aceptaran los valores que

desde siempre habían regido el alma de Beaumont. De hecho, los recién llegados a menudo eran los más ariscos defendiendo la isla que los había adoptado. Esa confraternización era objeto de crítica e incluso exasperaba a los excluidos. A principios de la década de 1980, el Gobierno socialista tuvo la veleidad de comprar Beaumont (según la versión oficial, para catalogar la isla como emplazamiento singular, aunque en realidad era para acabar con su estatus excepcional). Provocó una resistencia tan masiva que el Gobierno tuvo que batirse en retirada. Entonces la Administración se resignó: la isla de Beaumont era un sitio particular. Y era un hecho que, a unos cables de distancia de la costa de Var, existía un reducido paraíso rodeado de aguas cristalinas, un pedacito de Francia que no acababa de ser Francia.

4.

Después de desembarcar, fui arrastrando la maleta por los adoquines del muelle. Aunque el puerto deportivo no era muy grande, estaba bien acondicionado y era un lugar concurrido y con encanto. El pueblo se desplegaba en torno a la bahía de forma parecida a un anfiteatro: con estratos de casas coloridas que resplandecían bajo el sol metálico. Tenían un destello y una disposición que me recordaban a las de Hidra, una isla griega donde había estado de adolescente con mis padres, pero al cabo de un rato, mientras deambulaba por las calles angostas y empinadas, resultó que estaba en la Italia de la década de 1960. Y después, desde lo alto, al ver por primera vez las playas con sus dunas blancas, me vinieron a la cabeza las extensiones arenosas de Massachusetts. Durante ese primer contacto con la isla (mientras las ruedecitas de mi maleta resonaban en el adoquinado de las vías que conducían al centro), comprendí que la singularidad y la magia de Beaumont residían, precisamente, en esa amalgama inaprensible. Beaumont era un lugar camaleónico, un sitio único e inclasificable que resultaba vano tratar de analizar o explicar.

No tardé en llegar a la plaza mayor. En este caso, por su aire de pueblo provenzal, parecía sacada de una novela de Jean Giono. La plaza de los Mártires era el centro neurálgico de Beaumont: una umbrosa explanada que delimitaban la torre con reloj, el monumento a los caídos, la fuente cantarina y la pista de petanca.

Bajo los emparrados, pared por medio, se encontraban los dos restaurantes de la isla: Un Mohino Infierno y el Teo Café. En la terraza de este último, reconocí el físico enjuto de Grégoire Audibert, que estaba terminándose unas alcachofas tempranas aliñadas. Tenía cierta pinta de maestro a la antigua: perilla canosa, chalequito y chaqueta larga de lino arrugado.

El librero me reconoció a su vez y, muy caballeroso, me ofreció que me sentara a su mesa y me invitó a una gaseosa, como si tuviera doce años.

—Prefiero avisarlo desde ya: voy a cerrar la librería cuando acabe el año —me comunicó de buenas a primeras.

—¿Y eso?

—Por eso estoy buscando un empleado: para ordenar, llevar un poco la contabilidad y hacer a fondo el último inventario.

—¿Va a echar el cierre?

Asintió con la cabeza mientras rebañaba con el pan el aceite de oliva que le quedaba.

—Pero ¿por qué?

—Ya no puedo mantenerla. Las ventas no han parado de bajar desde hace años y no van a mejorar. Ya sabe, lo mismo de siempre: las autoridades dejan prosperar tranquilamente a los gigantes de internet que no pagan impuestos en Francia.

El librero suspiró, se quedó pensativo unos segundos y añadió, entre fatalista y provocador:

—Y, además, hay que ser realista: ¿por qué molestarse en ir a una librería cuando haciendo un

par de clics en el iPhone te traen el libro a casa?

—¡Por muchas razones! ¿No ha intentado traspasarla?

Audibert se encogió de hombros.

—No le interesa a nadie. Hoy en día, nada es menos rentable que un libro. Mi librería no es la primera que cierra ni va a ser la última.

Se sirvió el vino que quedaba en el jarro y vació la copa de un trago.

—Le voy a enseñar La Rosa Escarlata —dijo doblando la servilleta y poniéndose de pie.

Lo seguí a través de la plaza hasta la librería. En un escaparate de lo más tristón había expuestos unos libros que debían de llevar meses ahí cogiendo polvo. Audibert empujó la puerta y se echó a un lado para dejarme pasar.

El interior de la tienda era igual de siniestro. Las cortinas impedían que la luz penetrase en el local. Las estanterías de nogal no carecían de prestancia, pero solo albergaban títulos muy clásicos, espinosos, casi esnobs. La cultura en su faceta más académica. Con lo que empezaba a calar del personaje, por un instante me imaginé a Audibert sufriendo un infarto por obligarlo a vender ciencia ficción, fantasía o manga.

—Le voy a enseñar su cuarto —dijo señalando una escalera de madera al fondo del local.

La vivienda del librero estaba situada en el primer piso. Mi alojamiento se encontraba en el segundo: un estudio abuhardillado, largo y estrecho. Al abrir las puertas acristaladas chirriantes, me sorprendió gratamente descubrir un balcón que daba a la plaza. Las espectaculares vistas que abarcaban hasta el mar me levantaron un poco el ánimo. Un laberinto de callejuelas serpenteaba entre los edificios color ocre de piedra envejecida antes de alcanzar la costa.

Después de colocar mis cosas, bajé a la librería, donde me esperaba Audibert para establecer lo que esperaba de mí.

—La wifi funciona regular —me previno mientras encendía un ordenador viejo—. A menudo hay que reiniciar el rúter, que está en el primer piso.

En lo que el ordenador se espabilaba, el librero enchufó un hornillo y llenó el embudo de una cafetera italiana.

—¿Un café?

—Con mucho gusto.

Mientras él preparaba las dos tazas, yo me puse a curiosear por la librería. En un panel de corcho colgado detrás del escritorio había pinchado portadas antiguas de *Livres Hebdo* que databan de cuando Romain Gary todavía escribía en la revista (no exagero...). Me daban ganas de abrir las cortinas de par en par, de quitar las alfombras púrpura raídas y de reorganizar de arriba abajo los estantes y los expositores de libros.

Como si me estuviera leyendo el pensamiento, Audibert tomó la palabra:

—La Rosa Escarlata existe desde 1967. Aunque ahora no tiene muy buena pinta, en su día fue toda una institución. Aquí vinieron muchos escritores franceses y extranjeros a dar charlas y firmar libros.

De un cajón sacó un libro de visitas encuadernado en piel y me lo alargó, animándome a que lo hojeara. Al mirar las fotografías al azar, reconocí, en efecto, a Michel Tournier, J. M. G. Le Clézio, Françoise Sagan, Jean d'Ormesson, John Irving, John Le Carré y... Nathan Fawles.

—¿En serio va a cerrar la librería?

—Y no lo siento —aseguró—. La gente ya no lee. Es lo que hay.

—Puede que la gente lea de forma distinta, pero sigue leyendo —maticé yo.

Audibert apagó el fuego para que la cafetera dejara de pitar.

—Bueno, ya sabe usted a lo que me refiero. No le estoy hablando de entretenimiento, le estoy

hablando de la literatura *de verdad*.

«Acabáramos, la famosa “literatura de verdad”...» Con personas como Audibert, esa expresión (o la de «escritor de verdad») siempre acababa saliendo a colación. Pero resulta que yo nunca había dejado que nadie me dijera lo que debía leer y lo que no. Y esa forma de erigirse en juez para decidir qué se podía considerar literatura o no me parecía pretenciosa a más no poder.

—¿Conoce a muchos lectores de verdad en su entorno? —Se fue animando el librero—. Me refiero a lectores inteligentes que dediquen un tiempo considerable a leer libros serios.

Sin ni siquiera esperar a que le contestase, siguió exaltándose:

—Entre usted y yo, ¿cuántos lectores de verdad quedan en Francia? ¿Diez mil? ¿Cinco mil? Puede que menos.

—Lo veo muy pesimista.

—¡No, qué va! Hay que hacerse a la idea: estamos entrando en un desierto literario. Hoy en día todo el mundo quiere ser escritor, pero ya nadie lee.

Para salir de esa conversación, le señalé la foto de Fawles que estaba pegada en el álbum.

—¿Conoce a Nathan Fawles?

Audibert frunció el ceño con expresión recelosa.

—Un poco. En fin, suponiendo que se pueda conocer a Nathan Fawles...

Me sirvió una taza de café que tenía el color y la consistencia de la tinta.

—Cuando Fawles vino aquí a firmar su libro, por 1995 o 1996, fue la primera vez que pisó la isla. Se enamoró de ella al instante. De hecho, fui yo quien lo ayudó a comprar su casa, La Cruz del Sur. Pero luego dejamos de tratarnos casi por completo.

—¿Sigue viniendo a la librería alguna vez?

—No, nunca.

—Si voy a verlo, ¿cree usted que me dedicaría un libro?

Audibert sacudió la cabeza, suspirando:

—Hágame caso y quíteselo de la cabeza: es la mejor forma de que le peguen un escopetazo.

Entrevista a Nathan Fawles para la agencia France-Press

AFP, 12 de junio de 1999 [extracto]

¿Nos confirma usted que a los treinta y cinco años, en el apogeo de su carrera novelística, ha decidido darla por terminada?

Sí, lo he dejado atrás. Llevo escribiendo en serio diez años. Diez años con el culo pegado a la silla, todos los días desde por la mañana y sin apartar los ojos del teclado. No quiero seguir viviendo así.

¿Es una decisión irrevocable?

Sí. El arte es duradero, pero la vida es breve.

Sin embargo, el verano pasado anunció que había empezado a escribir una nueva novela, titulada provisionalmente *Un verano invencible...*

Ese proyecto no pasó de ser un borrador y he renunciado a él definitivamente.

¿Qué mensaje quiere dirigir a los numerosos lectores que están esperando su próximo libro?

Que dejen de esperar. No voy a escribir nada más. Que lean a otros escritores. Hay de sobra.

¿Es difícil escribir?

Sí, pero seguramente no más que muchos otros trabajos. Lo que resulta más complicado y agobiante es la parte irracional del acto de escribir: el hecho de haber escrito tres novelas no implica que vayas a saber escribir la cuarta. No hay métodos ni reglas ni trayectos con indicaciones. Escribir una novela nueva siempre es como lanzarse a lo desconocido.

Hablando de eso, ¿qué más sabe hacer usted, aparte de escribir?

Por lo visto me sale muy bien el estofado de ternera.

¿Cree usted que sus novelas pasarán a la posteridad?

Sinceramente, espero que no.

¿Cuál cree que es el papel de la literatura en la sociedad contemporánea?

Nunca me lo he planteado y no pienso hacerlo ahora.

¿También ha decidido dejar de conceder entrevistas?

Demasiadas he concedido ya... Es una práctica falseada que ya no tiene mucho sentido, excepto para promocionarse. En muchos casos (por no decir en todos), lo que has dicho aparece de forma incorrecta, troncada o fuera de contexto. Por mucho que lo intente, no consigo disfrutar lo más mínimo «explicando» mis novelas y mucho menos contestando a preguntas sobre mis preferencias políticas o mi vida privada.

Sin embargo, el hecho de conocer la biografía de los escritores a los que admiramos nos ayuda a comprender mejor lo que escriben...

Al igual que Margaret Atwood, opino que querer conocer personalmente a un escritor porque te gustan sus libros es como querer conocer a un pato porque te gusta el fuagrás.

Pero ¿no resulta legítimo el deseo de preguntarle a un escritor sobre el significado de su trabajo?

No, no es legítimo. La única relación válida con el escritor es leerlo.

Aprender a escribir

*Comparado con el oficio de escritor,
el de jockey parece estable.*

John STEINBECK

Una semana después
Martes, 18 de septiembre de 2018

1.

Con la cabeza metida y las manos aferradas al manillar, di las últimas pedaladas para alcanzar la cima del extremo este de la isla. Me caían goterones de sudor. La bicicleta de alquiler parecía pesar una tonelada y los tirantes de la mochila se me clavaban en los hombros.

No había tardado mucho en enamorarme de Beaumont. En los ocho días que llevaba viviendo aquí, había aprovechado mis ratos libres para recorrer la isla de arriba abajo y familiarizarme con su topografía.

Ahora me conocía casi de memoria la costa norte de Beaumont, donde estaban el puerto, el principal núcleo urbano y las playas más bonitas. La costa sur, en la que predominaban las rocas y los acantilados, resultaba menos accesible y más salvaje, pero no por ello menos hermosa. Solo me había aventurado a ir por allí una vez, a la península de Santa Sofía, para ver de lejos el monasterio que se llamaba igual y en el que aún vivían una veintena de benedictinas.

En el extremo opuesto estaba la punta del Azafranero, adonde me dirigía ahora y por donde no pasaba la Strada Principale, una carretera de aproximadamente cuarenta kilómetros que daba la vuelta a la isla. Para llegar allí había que dejar atrás la última playa del lado norte (la Ensenada de Plata) y adentrarse dos kilómetros por un caminito de tierra a través de un pinar.

Según la información que había conseguido recabar aquí y allá esa semana, la entrada a la finca de Nathan Fawles se encontraba al final de ese camino, cuyo bonito nombre era el Sendero de los Botánicos. Cuando por fin llegué, lo único que encontré fue un portón de aluminio encajado en una tapia de lajas de esquisto. No había ni buzón ni indicación alguna de quién era el propietario. En teoría, la casa se llamaba La Cruz del Sur, pero no lo ponía en ningún sitio. Solo había unos cuantos carteles que brindaban una cálida bienvenida: «Propiedad privada», «Prohibido el paso», «Perro peligroso», «Zona de videovigilancia»... Ni siquiera existía la posibilidad de tocar el timbre o de darse a conocer de alguna forma. El mensaje estaba clarísimo: «Sea usted quien sea, no es bienvenido».

Dejé la bici y fui siguiendo a pie la tapia. A partir de cierto punto, el pinar cedía el sitio a un monte bajo denso de brezo, arrayán y lavanda silvestre. Al cabo de quinientos metros, desemboqué en un acantilado que se hundía en el mar.

A riesgo de romperme algo, me fui escurriendo por las rocas hasta encontrar un punto de apoyo. Bordeé como pude un precipicio que logré cruzar por donde la pared rocosa era menos

vertical. Tras salvar este obstáculo, seguí bordeando la costa unos cincuenta metros y, después de sortear una mole rocosa, por fin la tuve a la vista: la casa de Nathan Fawles.

La villa, construida contra el acantilado, parecía estar empotrada en la roca. Era un paralelepípedo, tan típico en la arquitectura moderna, formado por varias plataformas paralelas de hormigón armado con las marcas del encofrado sin pulir. Sobresalían tres niveles, flanqueados de terrazas y que comunicaba una escalera de piedra que bajaba directamente hasta el mar. El zócalo del edificio parecía formar una sola pieza con el acantilado. Presentaba, a intervalos, una serie de ojos de buey, como si fuera un paquebote. La puerta alta y ancha dejaba adivinar que se usaba para guardar una embarcación. Por delante se alargaba un pontón flotante en cuyo extremo estaba amarrada una lancha a motor con el casco de madera brillante.

Mientras seguía avanzando prudentemente, me pareció ver una sombra moviéndose por la terraza intermedia. ¿Cabía la posibilidad de que fuera Fawles en persona? Para tratar de distinguir mejor la silueta, me puse la mano de visera. Se trataba de un hombre que estaba... apuntándome con una escopeta.

2.

Apenas tuve tiempo de tirarme detrás de una roca antes de que un tiro restallase en el aire. Detrás de mí, a cuatro o cinco metros, el impacto de la bala hizo saltar unas esquirlas que me crepitaban en los oídos. Me quedé tendido un minuto largo. El corazón se me salía del pecho. Me temblaba todo el cuerpo y un hilillo de sudor me recorría el espinazo. Audibert no había mentido. A Fawles se le había ido la pinza y practicaba el tiro al pichón con los intrusos que se aventuraban a meterse en su finca. Me quedé pegado al suelo; había dejado de respirar. Después de esa primera advertencia, la voz de la razón me gritó que saliera por pies sin mirar atrás. Aun así, decidí no retroceder. Es más, me puse de pie y seguí avanzando hacia la casa. Ahora Fawles estaba un piso más abajo, en la plataforma alta situada por encima de las rocas. Un segundo tiro alcanzó el tronco de un árbol que el viento había abatido. La madera seca explotó lanzando astillas que me rozaron la cara. Nunca me había sentido tan asustado. Obstinadamente, me empeñé, casi a mi pesar, en seguir saltando de roca en roca. Nathan Fawles, el hombre cuyas novelas tanto me habían gustado, no podía ser un asesino en potencia. Para desengañarme de una vez, un tercer tiro levantó el polvo a tan solo unos cincuenta metros de mis Converse.

—¡Lárgate! ¡Estás en una propiedad privada! —me espetó desde lo alto de la plataforma.

—¡Ese no es motivo para disparar!

—¡Para mí sí que lo es!

El sol me daba en los ojos. La silueta de Fawles se recortaba a contraluz sin que consiguiera verla bien. Era de estatura media pero de complexión fuerte y llevaba un panamá y unas gafas de sol con reflejos azulados. Y, lo más importante, seguía apuntándome con la escopeta, dispuesto a abrir fuego.

—¿A qué coño has venido?

—He venido a verlo, señor Fawles.

Me quité la mochila para sacar el manuscrito de *La timidez de las cúspides*.

—Me llamo Raphaël Bataille. He escrito una novela. Me gustaría que la leyera y me dijera qué le parece.

—Me importa un bledo tu novela. Y no tienes por qué venir a acosarme a mi propia casa.

—Lo respeto demasiado para acosarlo.

—Pues es lo que estás haciendo. Si me respetaras de verdad, respetarías también mi derecho a que nadie me moleste.

Un perro precioso (un golden retriever rubio) acababa de acudir junto a Fawles en la terraza y empezó a ladrarme.

—¿Por qué has seguido avanzando aunque estuviera apuntándote?

—Porque sabía que no iba a matarme.

—¿Y eso por qué?

—Porque ha escrito *Lorelei Strange* y *Los fulminados*.

Aunque seguía sin ver nada a contraluz, lo oí reírse burlescamente.

—Muy ingenuo tienes que ser si te crees que los escritores tienen las virtudes morales que les prestan a sus personajes. Ingenuo y medio tonto.

—Oiga, lo único que quiero es que me dé algunos consejos. Para aprender a escribir mejor.

—¿Consejos? ¡No hay consejo que sirva para que un escritor mejore! Si tuvieras dos dedos de frente, ya te habrías dado cuenta solito.

—Dedicarle un poco de atención a los demás no hace daño a nadie.

—Nadie puede *enseñarte* a escribir. Es algo que tienes que aprender solo.

Fawles se quedó pensativo y bajó la guardia un momento para acariciarle la cabeza al perro antes de proseguir:

—Bueno, querías un consejo y te lo he dado. Y ahora, largo de aquí.

—¿Puedo dejarle mi manuscrito? —pregunté sacando las hojas encuadernadas de la mochila.

—No, no voy a leerlo. Ni por casualidad.

—¡Hay que ver qué correoso es usted!

—Pues por el mismo precio, te voy a dar otro consejo: dedícate a algo que no sea querer convertirte en escritor.

—Eso es lo que siempre me dicen mis padres.

—Lo cual demuestra que al menos no son tan tontos como tú.

3.

Una ráfaga de viento repentina arrastró una ola hasta el promontorio donde yo estaba. Para esquivarla, trepé por otro montón de rocas, acercándome aún más al escritor, que seguía con la escopeta de corredera encajada debajo del hombro. Una Remington Wingmaster de doble barra deslizante, como las que salían a veces en las películas antiguas, aunque esta era más bien de caza.

—¿Cómo has dicho que te llamas? —preguntó cuando la ola se retiró.

—Raphaël, Raphaël Bataille.

—¿Y qué edad tienes?

—Veinticuatro años.

—¿Desde cuándo quieres escribir?

—Desde siempre. Es lo único que me importa.

Aprovechando que había captado su atención, me lancé a perorar sobre cómo, desde niño, me había aferrado a la lectura y a la escritura como a un salvavidas para soportar lo mediocre y absurdo que es el mundo; cómo, gracias a los libros, me había construido una ciudadela interior que...

—¿Hasta cuándo vas a seguir soltando tópicos? —me interrumpió.

—No son tópicos —protesté, ofendido, mientras guardaba el manuscrito en la mochila.

—Si ahora mismo yo tuviera tu edad, aspiraría a algo que no fuera ser escritor.

—¿Por qué?

—Porque la vida de un escritor es lo menos glamuroso que hay —suspiró Fawles—. Una

existencia de zombi, solitaria y aislada de los demás. Te pasas el día en pijama quemándote las pestañas delante de la pantalla, comiendo pizza fría y hablando con personajes imaginarios que acaban volviéndote loco. Se te van las noches sudando tinta para apañar una frase en la que no se van a fijar tres de los cuatro gatos que te leen. En eso consiste ser escritor.

—Hombre, no solo en eso...

Fawles siguió hablando como si no me hubiera oído:

—Y lo peor es que esa mierda de vida te acaba engancho, porque, con tu boli y tu teclado, te creas la ilusión de ser un demiurgo y de poder arreglar la realidad.

—Qué fácil es decir eso para alguien que lo ha tenido todo.

—¿Y qué es lo que he tenido?

—Dos millones de lectores, fama, dinero, premios literarios, mujeres en la cama...

—Sinceramente, si escribes por el dinero y las mujeres, búscate otra cosa que hacer.

—Usted sabe a qué me refiero.

—No. Y ni siquiera sé por qué estoy hablando contigo.

—Le dejo mi manuscrito.

Fawles se negó, pero, sin perder tiempo, lancé la mochila hacia la terraza en la que se encontraba.

Sorprendido, el escritor intentó apartarse para que no le golpeará. El pie derecho se le escurrió y se cayó en la roca.

Soltó un grito ahogado y trató de levantarse enseguida mientras dejaba escapar un taco:

—¡Me cago en todo! ¡Mi tobillo!

—Lo siento mucho. Voy a ayudarlo.

—¡Ni te me acerques! Si quieres ayudar, ¡lárgate y no vuelvas nunca!

Recogió el arma y me apuntó con ella. Esta vez no me cabía ninguna duda de que fuera capaz de dispararme allí mismo. Di media vuelta y salí huyendo, derrapando por las rocas, sujetándome con una mano y luego con la otra sin mucha dignidad, para escapar de la ira del escritor.

Mientras me alejaba, me iba preguntando por qué Nathan Fawles hablaba ahora con tanto desencanto. Había leído montones de entrevistas suyas anteriores a 1999. Antes de retirarse de la escena literaria, Fawles no se hacía de rogar a la hora de aparecer en los medios. Sus intervenciones siempre eran benévolas y hacían hincapié en cuánto le gustaba leer y escribir. ¿Qué le había hecho dar un giro tan radical?

¿Por qué un hombre que está en su mejor momento, de pronto, se desentiende de todo lo que le gusta hacer, de todo lo que lo conforma y lo nutre, para encerrarse en la soledad? ¿Qué se había trastornado tanto en la vida de Fawles como para que renunciara a todo aquello? ¿Una depresión profunda? ¿Un duelo? ¿Una enfermedad? Nadie había conseguido nunca contestar a esas preguntas. Yo tenía la corazonada de que, si conseguía penetrar en el secreto de Nathan Fawles, también lograría hacer realidad mi sueño de publicar un libro.

De nuevo en el bosque, me subí a la bici para volver a la carretera y regresar al pueblo. Había tenido un día provechoso. Puede que Fawles no me hubiera enseñado la lección de escritura que yo esperaba, pero había hecho algo mejor: me había proporcionado una idea estupenda para una novela y las energías que necesitaba para empezar a escribirla.

Las listas de la compra de los escritores

No me cuento entre los malos escritores que dicen que solo escriben para sí mismos. Lo único que los escritores escriben para sí mismos son las listas de la compra, que les ayudan a recordar lo que tienen que comprar y pueden tirar después. Todo el resto... son mensajes dirigidos a alguien.

Umberto ECO

Tres semanas después
Lunes, 8 de octubre de 2018

1.

Nathan Fawles se moría de preocupación.

Recostado en un sillón, con la escayola del pie derecho apoyada en una cama turca acolchada, se sentía desamparado. Bronco (la única criatura cuya existencia le importaba en este mundo) llevaba dos días ilocalizable. El golden retriever desaparecía de vez en cuando una hora o dos, pero nunca más. No cabía duda: le había pasado algo. Un accidente, una herida, un secuestro...

La noche anterior, Nathan había llamado por teléfono a Jasper Van Wyck, su agente neoyorquino (que era su principal vínculo con el mundo y lo más parecido que tenía a un amigo) para pedirle consejo. Jasper le sugirió que llamase a todos los comercios de Beaumont. También le encargó a uno de los miembros de su equipo que diseñara una octavilla en la que se ofreciera una recompensa de mil euros a quien encontrara a Bronco para enviarla por correo electrónico. Ahora solo quedaba esperar y cruzar los dedos.

Nathan suspiró mirándose el tobillo escayolado. Le estaba apeteciendo ya tomarse un whisky y no eran ni las once de la mañana. Llevaba veinte días allí recluido por culpa del niñato ese de Raphaël Bataille. Al principio creyó que era un esguince benigno y que se le pasaría poniéndose una bolsa de hielo en la articulación y tomándose unos paracetamoles. Pero, al despertarse a la mañana siguiente a la intrusión del chaval, comprendió que la cosa iba a ser mucho más complicada. No solo no le había bajado la inflamación del tobillo, sino que además le resultó imposible dar un solo paso sin gritar de dolor.

No le quedó más remedio que llamar a Jean-Louis Sicard, el único médico de Beaumont, un personaje que llevaba treinta años recorriéndose la isla de arriba abajo en un vespino viejo. El diagnóstico de Sicard no fue nada optimista: tenía rotos los ligamentos del tobillo, se le había desgarrado la membrana de la articulación y también tenía un tendón muy tocado.

Sicard le prescribió reposo absoluto y, lo que es peor, le puso una escayola que le llegaba casi hasta la rodilla y que lo estaba volviendo loco desde hacía tres semanas.

Fawles iba y venía con las muletas como un león enjaulado, medicándose para prevenir los coágulos. Por suerte, faltaban menos de veinticuatro horas para que lo liberaran. A primera hora de la mañana, él, que casi nunca usaba el teléfono, había llamado al viejo médico para comprobar que no se había olvidado de su cita. Fawles incluso trató de convencer a Sicard para que fuera ese

mismo día, pero el intento fracasó.

2.

El timbre del teléfono de pared sacó a Fawles de su letargo. El escritor no tenía ni móvil ni dirección de correo electrónico ni ordenador, tan solo un teléfono viejo de baquelita sujeto a la madera de uno de los pilares de carga que separaban el salón de la cocina. Fawles solo lo utilizaba para llamar, pero nunca atendía personalmente las llamadas, sino que dejaba que saltara el contestador automático que tenía en el piso de arriba. Hoy, sin embargo, por culpa de la desaparición del perro, quebrantó sus costumbres. Se puso de pie y, apoyándose en las muletas, se arrastró hasta el aparato.

Era Jasper Van Wyck.

—Tengo una noticia estupenda, Nathan: ¡han encontrado a Bronco!

Fawles notó que lo atravesaba un inmenso alivio.

—¿Está bien?

—De maravilla —le aseguró el agente.

—¿Dónde lo han encontrado?

—Una joven lo vio en la carretera por donde la península de Santa Sofía y lo llevó al Ed's Corner.

—¿Y dices que Ed me va a traer a Bronco?

—La chica insiste en llevártelo ella personalmente.

A Nathan, todo aquello le apestaba a trampa. La península estaba en el otro extremo de la isla, en dirección contraria a la punta del Azafranero. ¿Y si la mujer esa había secuestrado a su perro para poder acercarse a él? A principios de la década de 1980, una periodista, Betty Epes, había embaucado a Salinger con una identidad falsa y transformado la conversación anodina que habían mantenido en una entrevista que luego ofreció a los periódicos estadounidenses.

—¿Y quién es exactamente la mujer esa?

—Se llama Mathilde Monney. Una suiza, creo, que está de vacaciones en la isla. Se aloja en el *bed & breakfast* que hay cerca del convento de las benedictinas. Es periodista en *Le Temps* de Ginebra.

Fawles suspiró. No podía haber sido ni florista, ni charcutera, ni enfermera, ni piloto de línea... Tenía que ser periodista.

—Olvídate, Jasper, no lo veo.

Con el puño cerrado, golpeó el poste de madera. Necesitaba a su perro y Bronco lo necesitaba a él, pero no podía ir a buscarlo en coche, lo cual no era motivo para caer en una encerrona. «Periodista en *Le Temps*...» Se acordaba de un corresponsal que lo había entrevistado hacía tiempo en Nueva York. Un tío que fingía complicidad, pero que no se había enterado de la novela. Puede que esos fueran los peores: los periodistas que hacían una buena crítica de tu libro sin haberlo entendido para nada.

—A lo mejor, que sea periodista es solo una casualidad —sugirió Jasper.

—¿Casualidad? ¿Eres tonto o estás de coña?

—Mira, no te obsesiones, Nathan. Le dejas que vaya a La Cruz del Sur, recuperas al perro y te libras de ella *ipso facto*.

Con el auricular en una mano, Fawles se masajeó los párpados con la otra para concederse unos segundos más de reflexión. Se sentía vulnerable con el tobillo escayolado y odiaba esa sensación de estar en una situación que no controlaba.

—De acuerdo —cedió a pesar de todo—. Llama otra vez a la Mathilde Monney esa. Dile que

se pase a primera hora de la tarde e indícale cómo se llega hasta aquí.

3.

Era mediodía. Después de pasarme veinte minutos argumentando, había logrado vender un ejemplar del manga *Barrio lejano*, la obra maestra de Taniguchi, y tenía una sonrisa en los labios. En menos de un mes había conseguido transformar la librería. No había sido una metamorfosis, sino una serie de cambios significativos: un local más luminoso y ventilado y una acogida más sonriente y menos hosca. Incluso conseguí que Audibert me diera permiso para encargar algunos títulos que ofrecían más evasión que reflexión. Señales mínimas que apuntaban en una misma dirección: la cultura *también* podía ser placentera.

Tenía que reconocerle al librero el mérito de haberme dejado vía libre. No se metía en nada de lo que yo hacía y casi nunca estaba en la tienda, pues solo salía de su casa, en el primer piso, para ir a tomarse unas copas a la plaza. Cuando profundicé en la contabilidad, me di cuenta de que lo había pintado todo más negro de lo que era. La situación de la librería no era ni mucho menos catastrófica. Audibert era propietario del local y, al igual que a otros comerciantes de Beaumont, Gallinari, S. A., propietaria de la isla, le pagaba una generosa subvención. Con un poco de buena voluntad y bastante dinamismo, era factible recuperar el esplendor de la librería e incluso, como yo soñaba, volver a traer a escritores.

—¿Raphaël?

Peter McFarlane, el dueño de la panadería de la plaza, había asomado la cabeza por la puerta de la librería. Era un escocés simpático que hacía veinte años que dejó una isla por otra. Su panadería era famosa por las *pissaladières* y las *fougassettes*¹. Se llamaba Bread Pit para respetar una tradición un poco ridícula y en las antípodas de la faceta refinada de Beaumont, pero a la que los vecinos estaban muy apegados: el nombre de los comercios debía ser un juego de palabras. Solo algunos aguafiestas, como Ed, se habían negado a seguirla.

—¿Te vienes a tomar el aperitivo? —me propuso Peter.

Todos los días, alguien me invitaba al ritual del aperitivo. Al dar las doce del mediodía, la gente se sentaba en las terrazas para paladear un pastís o una copa de Terra dei Pini, un vino blanco que era el orgullo de la isla. Al principio me parecía algo folclórico, pero no tardé en cogerle el gusto. En Beaumont, todo el mundo se conocía. Fuera donde fueras, siempre te topabas con un rostro conocido con quien charlar un ratito. La gente le dedicaba tiempo a vivir y hablar con los demás, y a mí, que siempre había vivido en el entorno gris, agresivo y contaminado de París, me resultaba de lo más novedoso.

Peter y yo nos sentamos a una mesa de la terraza de Las Flores de la Malta. Con expresión distante, me fijé en los rostros que tenía a mi alrededor en pos de una joven rubia, una cliente de la librería con la que había coincidido la víspera. Se llamaba Mathilde Monney. Estaba de vacaciones en Beaumont, donde había alquilado una habitación en una casa que había cerca del convento de las benedictinas. Me había comprado las tres novelas de Nathan Fawles, aunque aseguraba que ya las había leído. Era inteligente, divertida y luminosa. Habíamos estado veinte minutos hablando y todavía no me había recuperado. Desde entonces, no podía dejar de pensar en volver a encontrármela.

Lo único malo de las últimas semanas era que había escrito poco. Mi proyecto sobre el misterio de Nathan Fawles (al que había titulado *La vida secreta de los escritores*) casi no avanzaba. Me faltaba material y no me centraba en el tema. Le había enviado varios correos electrónicos a Jasper Van Wyck, el agente de Fawles, que, por descontado, no me había respondido; había preguntado a la gente de la isla, pero nadie me había contado nada que no

supiera ya.

—¿Qué historia demencial es esa? —preguntó Audibert, uniéndose a nosotros con una copa de clarete en la mano.

El librero parecía preocupado. Hacía diez minutos que había empezado a extenderse por la plaza un rumor insensato al que cada vez se sumaban más personas. Contaba que dos senderistas neerlandeses habían encontrado un cadáver en Tristana Beach, la única playa que había en la costa sudoeste de la isla. Era un lugar magnífico, pero peligroso. En 1990 ya se habían matado allí dos adolescentes mientras jugaban junto al acantilado. Un accidente traumático para los vecinos de la isla. Al margen de los corrillos que hablaban del asunto, me fijé en Ange Agostini, uno de los policías municipales, que se estaba marchando de la plaza. Lo seguí instintivamente por las callejuelas y le di alcance cuando estaba llegando al motocarro que tenía aparcado cerca del puerto.

—Va a Tristana Beach, ¿verdad? ¿Puedo ir con usted?

Agostini se dio la vuelta, un poco sorprendido de encontrarme pisándole los talones. Era un hombre alto y calvo, un corso simpático y ávido lector de novela policíaca al que le había revelado mis títulos de Simenon favoritos: *Los suicidas*, *El hombre que miraba pasar los trenes*, *La habitación azul...*

—Si te hace ilusión, sube —me contestó el corso encogiéndose de hombros.

El motocarro se arrastraba por la Strada Principale a treinta o cuarenta kilómetros por hora. Agostini parecía intranquilo. Los mensajes que le habían llegado al móvil eran alarmistas y dejaban suponer que se trataba de un crimen más que de un accidente.

—Es inconcebible —mascullaba—, en Beaumont no puede haber asesinatos.

Yo sabía a qué se refería. En Beaumont no existía la criminalidad como tal, prácticamente ninguna agresión y muy pocos robos. Reinaba tal sensación de seguridad que la gente dejaba las llaves puestas en la puerta principal y la sillita con el bebé a la entrada de las tiendas. La policía local apenas contaba con cuatro o cinco miembros y el grueso de su trabajo consistía en dialogar con la población, hacer rondas y dar parte de las alarmas que se disparaban sin motivo.

4.

La carretera iba siguiendo a trancas y barrancas la costa de relieve escabroso. El motocarro tardó veinte minutos largos en llegar a Tristana Beach. De vez en cuando, a la vuelta de una curva, más que verse, se intuían las amplias villas blancas ocultas tras varias hectáreas de pinar.

De golpe, el paisaje cambió radicalmente para ceder el sitio a una llanura desértica a cuyos pies se extendía un arenal de color negro. En ese lugar, Beaumont se parecía más a Islandia que a Porquerolles.

—¿Qué desmadre es este?

Con el pie en el pedal (cuesta abajo y en línea recta el motocarro debía de rozar los cuarenta y cinco kilómetros por hora), Ange Agostini señalaba unos diez coches que bloqueaban la carretera. Al acercarse un poco más, la situación quedó más clara. Los polis que habían acudido desde el continente habían acordonado la zona. Agostini aparcó el cacharro en el arcén y recorrió a zancadas las inmediaciones del perímetro acotado con cintas de plástico. Yo no entendía nada. ¿Cómo había logrado toda esa gente (a todas luces, hombres de la policía judicial de Tolón, aunque también había un vehículo de la policía científica) desplegarse tan deprisa en esa zona hostil de la costa? ¿De dónde habían salido los tres coches oficiales? ¿Por qué nadie los había visto desembarcar en el puerto?

Me mezclé con los curiosos y escuché todas las conversaciones. Poco a poco logré reconstruir

un esbozo de lo sucedido esa mañana. Hacia las ocho, una pareja de estudiantes que hacía acampada libre descubrió el cadáver de una mujer. Se puso en contacto de inmediato con la comisaría de Tolón, que obtuvo autorización para enviar a la isla un batallón de policías y tres coches, usando para ello el aerodeslizador de la aduana. Para que resultara más discreto, los polis habían desembarcado directamente en la plataforma de hormigón de Saratoga, situada a unos diez kilómetros.

Me encontré de nuevo con Agostini un poco más allá, encima de un montículo de tierra que había al borde de la carretera. Parecía alterado y un poco humillado por no haber podido acceder a la escena del crimen.

—¿Se sabe quién es la víctima? —pregunté.

—Todavía no, pero se cree que no es alguien de la isla.

—¿Por qué ha venido tanta policía y tan rápido? ¿Por qué no han avisado a nadie?

El corso miró su teléfono móvil con expresión ausente.

—Por las características del crimen. Y por las fotos que han enviado los chicos.

—¿Los neerlandeses han hecho fotos?

Agostini asintió con la cabeza.

—Han estado circulando por Twitter unos minutos antes de que las retiraran. Pero hay pantallazos.

—¿Puedo verlas?

—Sinceramente, no te lo recomiendo, no es un espectáculo para un librero.

—¡Qué bobada! También yo podría haberlas visto en mi cronología de Twitter.

—Como quieras.

Me alargó el aparato y lo que descubrí me revolvió el estómago. Se veía el cadáver de una mujer. Tenía la cara tan deformada por las heridas que me costaba atribuirle una edad. Intenté tragar saliva, pero se me había cerrado la garganta por culpa de esa visión espantosa. El cuerpo, desnudo, estaba como clavado al tronco de un eucalipto gigantesco. Amplié la foto tocando la pantalla. Lo que mantenía a la mujer sujeta al tronco no eran clavos, sino escoplos o herramientas de cantería que le quebraban los huesos y se le hundían en la carne.

5.

Mathilde Monney iba conduciendo en una camioneta descapotable a través del bosque que se extendía hasta la punta del Azafrano. En la parte trasera, Bronco miraba el paisaje lanzando gáñidos. Hacía bueno. El olor de la brisa marina se mezclaba con el de los eucaliptos y la menta piperita. Los reflejos dorados del sol otoñal se abrían paso a través de las copas de los pinos piñoneros y las encinas.

Al llegar delante de la tapia de lajas de esquisto, Mathilde se bajó del coche y siguió las instrucciones que le había comunicado Jasper Van Wyck. Junto al portón de aluminio, detrás de una piedra más oscura que las demás, había un interfono camuflado. Mathilde llamó para avisar de que estaba allí. Sonó un zumbido y el portón se abrió.

Se adentró en un extenso parque en estado salvaje. Un camino de tierra corría entre los árboles. Secuoyas, madroños y bosquecillos de laureles volvían más densa la vegetación. De pronto, tras unas empinadas revueltas, aparecieron a un tiempo el mar y la casa de Fawles: una construcción de formas geométricas, de piedra ocre, cristal y hormigón.

En cuanto aparcó la camioneta al lado del que debía de ser el vehículo del escritor (un Mini Moke color camuflaje con el volante y el salpicadero de madera lacada), el golden retriever se bajó del coche de un salto para abalanzarse hacia su dueño, que lo estaba esperando delante de la

puerta.

Apoyado en una muleta, el escritor se entregaba a la alegría de haber recuperado a su compañero. Mathilde se acercó. Se había imaginado que se las tendría que ver con un hombre de las cavernas: un viejo huraño y asalvajado, vestido de harapos, con el pelo largo y una barba de veinte centímetros. Pero el hombre que tenía delante estaba recién afeitado, llevaba el pelo corto, un polo de lino azul celeste a juego con sus ojos y un pantalón de lona.

—Soy Mathilde Monney —se presentó, tendiéndole la mano.

—Gracias por traerme a Bronco.

Ella le rascó la cabeza al perro.

—Desde luego, da gusto ver un reencuentro así.

Mathilde señaló con el dedo la muleta y el tobillo escayolado.

—Espero que no sea nada grave.

Fawles dijo que no con la cabeza.

—Mañana ya no será más que un mal recuerdo.

Tras un titubeo, la joven dijo:

—Usted ya no se acuerda, pero ya nos habíamos visto antes.

Receloso, el escritor retrocedió un paso:

—No creo.

—Sí, fue hace mucho tiempo.

—¿Con qué motivo?

—A ver si lo adivina.

6.

Fawles sabía que, más adelante, recordaría ese momento como aquel en el que debería haber frenado en seco. Haber dicho, sin más, lo que había acordado con Van Wyck: «Gracias y adiós», y batirse en retirada dentro de la casa. Por el contrario, no dijo nada. Se quedó delante de la puerta, estoico, casi hipnotizado por Mathilde Monney. Llevaba un vestido corto de *jacquard*, chupa de cuero y sandalias de tacón con tiras finas y cierre de hebilla en el tobillo.

No es que fuera a repetir el principio de *La educación sentimental* («Fue como una aparición»), pero durante un buen rato dejó que lo embriagara esa especie de emanación sensible, enérgica y resplandeciente de la joven.

Era una embriaguez controlada, una pausa para disfrutar de una borrachera inocente y un leve chute de pelo rubio y de luz cálida como la mies. En todo momento tuvo la certeza de estar dominando el curso de los acontecimientos y de poder detener aquel hechizo en cuanto quisiera, con solo chasquear los dedos.

—La octavilla prometía una recompensa de mil euros, pero creo que me conformaré con un té frío —sonrió Mathilde.

Esquivando los ojos verdes de su interlocutora, Fawles le explicó con desgana que, al estar inmobilizado, llevaba mucho tiempo sin hacer la compra y que tenía la despensa vacía.

—Pues que sea un vaso de agua —insistió ella—. Hace calor.

El escritor solía calar muy bien a las personas de forma instintiva. Su primera impresión casi siempre era correcta. Pero esta vez estaba algo desorientado y lo desgarraban sentimientos contradictorios. En su interior habían saltado las alarmas que lo ponían en guardia contra Mathilde. Aunque ¿cómo resistirse a la promesa inaprensible y enigmática que formaba parte de ella? Un halo difuso y tibio como el sol de octubre.

—Pase —acabó cediendo el escritor.

7.

El azul se perdía en el horizonte.

A Mathilde la sorprendió la luz que reinaba dentro de la casa. La puerta principal daba directamente al salón, que prolongaban el comedor y la cocina. Las tres estancias contaban con amplios ventanales que se abrían al mar y daban la sensación de estar navegando entre las olas. Mientras Fawles iba a la cocina a por dos vasos de agua, Mathilde dejó que la invadiese la magia de aquel lugar. Allí se sentía a gusto, acunada por el sonido del oleaje. Las puertas correderas de hoja oculta abolían el espacio entre el interior y la terraza, creando una desorientación agradable, tanto que uno no sabía a ciencia cierta si estaba dentro o fuera. En el centro del salón, una chimenea colgante atraía la mirada y una escalera abierta de cemento pulido subía al piso superior.

Mathilde se había imaginado aquel lugar como una guarida oscura, pero, una vez más, se había equivocado de medio a medio. Fawles no había ido a la isla de Beaumont para enterrarse en vida, sino, antes bien, para estar a solas con el cielo, el mar y el viento.

—¿Puedo echarle un vistazo a la terraza? —le preguntó a Fawles cuando este le ofreció el vaso.

El escritor no contestó y se limitó a acompañar a su invitada hasta las losas de esquisto que parecían internarse en el vacío. Al acercarse al borde, Mathilde sintió vértigo. Desde allí comprendía mejor al arquitecto de la casa. Esta, pegada al acantilado, constaba de tres pisos, y la terraza en la que estaba se situaba en el medio. Las plataformas de hormigón estaban en voladizo y servían, alternativamente, de base y de tejado. Mathilde se inclinó para seguir con la vista la escalera de piedra que conducía a la plataforma del piso interior. Delante, un pontón pequeño permitía acceder directamente al mar y servía de punto de amarre para un precioso Riva Aquarama con el casco de madera barnizada y los cromados reluciendo al sol.

—Realmente es como estar en el puente de un barco.

—Psé —matizó Fawles—, un barco que no va a ningún sitio y nunca sale de puerto.

Tras unos minutos de charla insustancial, Fawles la acompañó de nuevo dentro y Mathilde, que se paseaba por la casa como por un museo, se acercó a una estantería donde había una máquina de escribir.

—Creía que ya no escribía —comentó, señalándola con la barbilla.

Fawles acarició las curvas de la máquina (un bonito modelo de baquelita color verde almendra de la marca Olivetti).

—Solo es un adorno. De hecho, ni siquiera tiene cinta —dijo pulsando las teclas—. Y en mi época ya existían los ordenadores portátiles, ¿sabe?

—Así que no la usó para escribir sus...

—No.

Mathilde lo miró, desafiante.

—Estoy convencida de que todavía escribe.

—Se equivoca. No he vuelto a escribir ni una sola frase, ni siquiera una anotación en un libro ni una lista de la compra cortita.

—No lo creo. Nadie deja de la noche a la mañana la actividad que marca cómo vive cada día y que...

Fawles la interrumpió, hastiado:

—Por un momento creí que era usted distinta y que no iba a sacar el tema, pero estaba equivocado. Está usted investigando, ¿no? ¿Es una periodista que viene aquí para marcarse un articulito sobre «el misterio de Nathan Fawles»?

—No, de verdad que no.

El escritor le señaló la puerta.

—Márchese ya. No puedo impedir que la gente se imagine cosas, pero el misterio de Fawles consiste, precisamente, en que no hay ningún misterio, ¿se entera? Eso sí que puede escribirlo en su periódico.

Mathilde no se movió ni un ápice. Fawles no había cambiado tanto desde que lo conoció. Era tal y como lo recordaba: atento y encantador, pero también directo. Y cayó en la cuenta de que, en realidad, no se había planteado la posibilidad de que Fawles *siguiera* siendo Fawles.

—Entre nosotros: ¿no lo echa de menos?

—¿Pasarme diez horas al día delante de una pantalla? No. Prefiero pasarlas en el pinar o en la playa, paseando con mi perro.

—Sigo sin creerlo.

Fawles meneó la cabeza, suspirando.

—Déjese ya de sentimentalismos. Solo eran libros.

—¿Que *solo* eran libros? ¿Y lo dice precisamente usted?

—Pues sí. Y, entre nosotros, unos libros muy sobrevalorados, la verdad.

Mathilde siguió preguntando:

—Y ahora ¿a qué se dedica todo el día?

—A meditar, beber, cocinar, beber, nadar, beber, dar largos paseos...

—¿A leer?

—Alguna novela policíaca, de vez en cuando, y libros sobre historia de la pintura o astronomía. También releo algunos clásicos, pero todo eso no importa.

—¿Por qué?

—El planeta se ha convertido en un horno, hay amplias zonas del mundo a sangre y fuego, la gente vota a locos peligrosos y se atonta con las redes sociales. Todo se está resquebrajando, así que...

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Así que me parece que hay cosas más importantes que averiguar que por qué Nathan Fawles dejó de escribir hace veinte años.

—Los lectores siguen leyéndolo.

—¿Y qué le voy a hacer? No puedo impedirselo. Además, usted sabe muy bien que el éxito es fruto de un malentendido. ¿Quién dijo eso, Duras? O puede que Malraux. Por encima de los treinta mil ejemplares, es un malentendido...

—¿Los lectores también le escriben?

—Eso parece. Mi agente dice que recibe mucho correo dirigido a mí.

—¿Y usted lo lee?

—¿Está de coña?

—¿Por qué?

—Porque no me interesa. En calidad de lector, nunca se me pasaría por la cabeza mandarle una carta a un escritor cuyo libro me haya gustado. En serio, ¿usted le escribiría una carta a James Joyce porque le haya gustado *Finnegans Wake*?

—No. Primero, porque nunca he podido pasar de la página diez de ese libro; y segundo, porque James Joyce se murió como cuarenta años antes de que yo naciera.

Fawles meneó la cabeza.

—Mire, le agradezco que me haya traído al perro, pero creo que ahora es mejor que se vaya.

—Sí, yo también lo creo.

Fawles salió con ella y la acompañó hasta el coche. Mathilde se despidió del perro, pero no de Fawles. Él se quedó mirando cómo maniobraba, hipnotizado por su forma de moverse, que no carecía de delicadeza, y también aliviado por librarse de ella. Sin embargo, cuando ella estaba a punto de acelerar, aprovechó que tenía la ventanilla bajada para intentar detener la leve alarma que aún oía dentro de su cabeza.

—Hace un rato dijo que ya nos habíamos conocido, hace mucho tiempo. ¿Dónde fue?

Ella clavó los ojos verdes en los suyos.

—En París, primavera de 1998. Yo tenía catorce años. Usted acudió a un encuentro con los pacientes al Centro para Adolescentes. Hasta me dedicó un ejemplar de *Lorelei Strange*. Una primera edición en inglés.

Fawles no se inmutó, como si aquello no le dijera nada o fuera un recuerdo muy lejano.

—Yo había leído *Lorelei Strange*. Me ayudó mucho. Y nunca me pareció que fuera un libro sobrevalorado ni que lo que había entendido al leerlo tuviera nada que ver con ningún malentendido.

¹ La *pissaladière* (coca de cebolla, anchoas y aceitunas negras) y la *fougassette* (bollo aromatizado con agua de azahar) son típicas de la Provenza. (*N. de la T.*)

Tolón, a 8 de octubre de 2018

DIVISIÓN DE INTERVENCIONES ESTATALES EN EL MAR

DECRETO DE LA PREFECTURA N.º 287/2018

Relativo al establecimiento de una zona de restricción temporal para la navegación y las actividades náuticas hacia y en torno de la isla de Beaumont (Var).

El vicealmirante de escuadra Édouard Lefébure, prefecto marítimo del Mediterráneo

- VISTO** lo dispuesto en los artículos 131-13-1.º y R 6105 del Código Penal,
VISTO el Código de Transporte, en particular los artículos L5242-1 y L5242-2,
VISTO el decreto n.º 2007-1167, de 2 de agosto de 2007 modificado, relativo al permiso de pilotar y a la formación para pilotar naves de recreo motorizadas,
VISTO el decreto n.º 2004-112, de 6 de febrero de 2004, relativo a la organización de las intervenciones estatales en el mar.

- CONSIDERANDO** la apertura de una investigación criminal como consecuencia de la aparición de un cuerpo en la isla de Beaumont, en el lugar conocido como Tristana Beach,
CONSIDERANDO la necesidad de conceder a las fuerzas de seguridad el tiempo necesario para investigar *in situ*,
CONSIDERANDO la necesidad de preservar los elementos probatorios con el fin de esclarecer la verdad.

DECRETO

Artículo 1

Se establece, a la altura del departamento de Var, una zona de restricción a la circulación y la práctica de cualquier actividad náutica en un radio de 500 metros en torno y en perpendicular a la costa de la isla de Beaumont, incluido el transporte de personas hacia y desde la isla, vigente a la publicación del presente decreto.

Artículo 2

Las disposiciones del presente decreto no son oponibles a los barcos y vehículos náuticos que operen en el ámbito de una misión de servicio público.

Artículo 3

En caso de infracción del presente decreto, así como de las decisiones tendentes a su aplicación, se someterá al infractor a las diligencias, penas y sanciones administrativas previstas en los artículos L5245-1 a L5241-6-1 del Código de Transportes y en el artículo R610-5 del Código

Penal.

Artículo 4

El director departamental para el ámbito terrestre y marítimo de Var y los oficiales y agentes con competencias policiales para la navegación se encargarán, en sus respectivos marcos de actuación, de ejecutar el presente decreto, que se publicará en el repertorio de actos administrativos de la prefectura marítima del Mediterráneo.

El prefecto marítimo del Mediterráneo,
Édouard Lefébure

Entrevistar a un escritor

- 1) el entrevistador hace preguntas interesantes para él, sin interés alguno para uno mismo;
- 2) no utiliza de las respuestas de uno sino las que le convienen;
- 3) las traduce a su vocabulario, a su manera de pensar.

Milan KUNDERA

Martes, 9 de octubre de 2018

1.

Desde que vivía en Beaumont, había cogido la costumbre de levantarme con el sol. Después de darme una ducha rápida, me reunía con Audibert, que estaba desayunando en la plaza del pueblo, en la terraza del Teo Café o de Las Flores de la Malta. El librero tenía un temperamento cambiante. Ora taciturno y reservado, ora expansivo y locuaz. En el fondo, creo que yo le caía bastante bien. Al menos lo suficiente como para invitarme a su mesa todas las mañanas e invitarme a té y a tostadas con mermelada de higo. Uno de los tesoros de la isla eran las Mermeladas de la Tía Françoise, ecológicas a más no poder, preparadas en caldero y toda la pesca, y que los turistas compraban a precio de caviar.

—Buenos días, señor Audibert.

El librero alzó la vista del periódico y me recibió con un gruñido preocupado. Desde el día anterior, los isleños eran presa de un nerviosismo febril. La aparición de aquel cuerpo de mujer clavado al eucalipto más viejo de la isla había conmocionado a la población. A raíz de eso, me enteré de que el árbol, apodado el Inmortal, era el símbolo de la unidad de la isla. Esa escenificación no podía ser casual y las circunstancias en las que había muerto la víctima tenían a todo el mundo atónito. Pero lo que había terminado de trastocar a la población fue que el prefecto decidiera bloquear la isla para facilitar la investigación. La lanzadera estaba retenida en el puerto de Saint-Julien-les-Roses y los guardacostas tenían orden de patrullar e interceptar cualquier barco privado que intentara hacer ese trayecto en una u otra dirección. Concretamente, nadie podía marcharse de la isla ni tampoco entrar. Esa medida que les imponía el continente había irritado a los beaumonteses, que no estaban dispuestos a perder el control de su destino colectivo.

—Este crimen es un ataque tremendo contra la isla —dijo rabioso Audibert mientras cerraba su ejemplar de *Var-Matin*.

Era la edición vespertina del día anterior, que había llegado en el último ferri autorizado. Mientras tomaba asiento, eché un vistazo a la primera plana, en la que destacaba el titular «La isla negra». Un discreto guiño a Hergé.

—Vamos a esperar a ver qué sale de la investigación.

—¿Y qué quiere que salga? Torturan a una mujer hasta matarla y luego la clavan en el Inmortal.

¡Eso significa que hay un chalado suelto por la isla!

Torcí el gesto aun a sabiendas de que Audibert no tenía por qué estar equivocado. Mientras me zampaba la rebanada de pan con mermelada, leí por encima el periódico, que no me aportó mucho más de lo que ya sabía, y luego saqué el móvil para buscar información más reciente.

El día anterior había descubierto la cuenta de Twitter de Laurent Lafaury, un periodista de París que en ese momento se encontraba en Beaumont para ver a su madre. El hombre no era ningún genio de la profesión. Había colaborado unas cuantas veces con la edición digital de *L'Obs* y de *Marianne*, y luego se había hecho *community manager* de un grupo de emisoras de radio. Las publicaciones de su cuenta eran un ejemplo perfecto de lo peor que podía crear el pseudoperiodismo 2.0: temas licenciosos, titulares anzuelo, broncas, lapidaciones, chistes malos, retuits sistemáticos de vídeos alarmistas y de todo aquello que pudiera degradar la inteligencia, azuzar los bajos instintos y alimentar miedos y obsesiones. El clásico propagador casero de infoxicación y de teorías cuasiconspirativas que siempre se queda bien parapetado detrás de la pantalla.

Gracias al bloqueo, Lafaury tenía ahora el privilegio de ser el único «periodista» presente en la isla. Y llevaba ya varias horas sacándole provecho a la situación: había intervenido en directo en el telediario de France 2 y su foto había aparecido en todos los canales informativos.

—¡Menudo hijo de su madre!

Cuando el perfil del periodista apareció en la pantalla de mi móvil, Audibert empezó a despotricar contra él. Ayer, en el telediario de las ocho de la tarde, Lafaury se las había apañado para insinuar simultáneamente que todos los vecinos de la isla ocultaban secretos vergonzantes «tras los muros altísimos de sus lujosas villas» y que aquí nadie infringía nunca la ley del silencio porque los Gallinari, que eran unos auténticos Corleone, reinaban por medio del miedo y el silencio. De seguir así, Laurent Lafaury no tardaría en convertirse en la bestia negra de Beaumont. Los residentes, por cuyas venas corría desde hacía años el anhelo por la discreción, se habían tomado muy mal aquella presencia de la isla en los medios por un motivo tan turbio. En Twitter, el hombre seguía ganándose enemigos al publicar los soplos (que, en cambio, sí que parecían fiables) que debían de filtrarle los agentes de policía y judiciales. Aunque yo era contrario a ese principio que, so pretexto de informar, contaminaba la confidencialidad de las investigaciones, también era lo bastante curioso como para dejar aparcada temporalmente mi indignación.

El último tuit de Lafaury tenía menos de media hora. Era el vínculo a una entrada de su blog. Lo pinché para abrir el artículo, que ofrecía una síntesis de los últimos avances de la investigación. Según los datos del periodista, la víctima aún seguía sin identificar. Tanto si era una trola como si no, la publicación concluía con una primicia bomba: en el momento en el que clavaron a la desdichada mujer al tronco gigantesco del eucalipto, ¡tenía el cuerpo congelado! De hecho, no se podía descartar que llevase muerta varias semanas.

Tuve que leer la frase dos veces para estar seguro de que la había entendido bien. Audibert, que se había puesto de pie para leer el artículo por encima de mi hombro, se desplomó en la silla, sobrepasado.

Mientras Beaumont aún se estaba despertando, la realidad de la isla acababa de cambiar radicalmente.

2.

Nathan Fawles se había despertado de humor jovial, cosa que no le sucedía desde hacía mucho tiempo. Se levantó tarde y desayunó sin prisa. Luego se quedó una hora larga en la terraza, fumando cigarrillos y escuchando vinilos antiguos de Glenn Gould. Al llegar a la quinta pieza, se

preguntó casi en voz alta cuál era el motivo de esa alegría. Estuvo un rato resistiéndose antes de reconocer que lo único que podía explicar aquel estado de ánimo era el recuerdo de Mathilde Monney. Flotaba en el aire un poco de su presencia, un resplandor, una poesía luminosa, un toque de perfume. Se trataba de algo fugitivo e inaprensible que no tardaría en evaporarse, bien lo sabía, pero quería paladear hasta la última gota.

A eso de las once, empezó a cambiarle el humor. Tras la euforia matutina, le tocaba concienciarse de que, seguramente, no volvería a ver a Mathilde. Concienciarse de que, por mucho que dijera lo contrario, a veces le pesaba la soledad. Hasta que, a eso del mediodía, decidió dejarse de tonterías y de arrebatos adolescentes y, por el contrario, congratularse por estar lejos de esa chica. No debía resquebrajarse. No le estaba permitido. Sí que se concedió, al menos, volver a ver mentalmente la película del encuentro. Había un punto que lo tenía intrigado. Un detalle que no era tal y que tenía que comprobar.

Llamó a Jasper Van Wyck a Manhattan. Al cabo de varios tonos, el agente literario contestó con voz apagada. En Nueva York no eran más que las seis de la mañana y Jasper aún estaba en la cama. Lo primero que le pidió fue que hiciera averiguaciones sobre los artículos que Mathilde Monney había escrito en los últimos años para *Le Temps*.

—¿Qué estás buscando exactamente?

—No lo sé. Todo lo que te encuentres por ahí y que tenga relación, mucha o poca, conmigo o con mis libros.

—De acuerdo, pero llevará su tiempo. ¿Algo más?

—Me gustaría que localizaras a la que era directora de la mediateca del Centro para Adolescentes en 1998.

—¿Y eso qué es?

—Un servicio médico para chavales que depende del hospital Cochin.

—Y la bibliotecaria esa ¿cómo se llama?

—Ni idea, no me acuerdo. ¿Puedes ponerte ya?

—Está bien. Te llamo en cuanto tenga algo.

Fawles colgó el teléfono y fue a la cocina para preparar café. Mientras paladeaba un expreso, intentó hacer memoria. El Centro para Adolescentes, que estaba cerca de Port Royal, trataba sobre todo a pacientes con trastornos de la alimentación, depresión, fobia escolar o ansiedad. Algunos estaban allí ingresados y otros acudían a las consultas externas. Fawles había ido allí un par de veces para participar en actividades destinadas a los pacientes (que en su mayoría eran chicas): dar una conferencia, responder a sus preguntas y también dirigir un breve seminario de escritura. Aunque no se había quedado con los nombres ni con las caras, sí que guardaba un recuerdo estupendo en general. Lectoras atentas, un debate enriquecedor y preguntas casi siempre muy atinadas. Estaba apurando la taza cuando sonó el teléfono. Jasper no había remoloneado.

—Gracias a LinkedIn ha sido muy fácil encontrar a la directora de la mediateca. Se llama Sabina Benoit.

—Cierto, ahora lo recuerdo.

—Estuvo en el Centro para Adolescentes hasta 2012. Desde entonces trabaja en provincias, en la red Biblioteca para Todos. Según los datos más recientes que ha publicado, ahora está en Trélissac, un pueblo de Dordoña. ¿Quieres su número?

Fawles apuntó el teléfono de Sabina Benoit y la llamó sobre la marcha. La bibliotecaria se quedó sorprendida y encantada a partes iguales al oír su voz al aparato. Fawles recordaba mejor su aspecto que su rostro: una mujer alta y morena, dinámica y con una cordialidad contagiosa. La había conocido en el Salón del Libro de París y había dejado que lo convenciera para ir a

hablarles a sus pacientes sobre lo que es escribir.

—Estoy escribiendo mis memorias —arrancó Fawles—. Y me vendría bien un...

—¿Sus memorias? ¿De verdad se piensa que me lo voy a creer, Nathan? —lo interrumpió ella, riéndose.

Bien pensado, mejor hablar con franqueza.

—Lo que busco es información sobre una paciente del Centro para Adolescentes. Una joven que debió de asistir a una de mis conferencias. Una tal Mathilde Monney.

—No me suena —contestó Sabina, tras una breve reflexión—. Pero cuanto más vieja me hago más memoria pierdo.

—Así estamos todos. Lo que quiero saber es por qué estuvo ingresada Mathilde Monney.

—Ya no tengo acceso a ese tipo de información. Y aunque lo tuviera...

—Venga, Sabina, seguro que ha mantenido el contacto con alguien. Hágalo por mí, por favor se lo pido. Es importante.

—Voy a intentarlo, pero no le prometo nada.

Fawles colgó el teléfono y se fue a buscar en la biblioteca. Tardó un buen rato en dar con un ejemplar de *Lorelei Strange*. Era la edición original. La primera que llegó a las librerías en el otoño de 1993. Con la palma de la mano, limpió el polvo de la cubierta. En ella aparecía su cuadro favorito, *La acróbata de la bola*, un Picasso sublime del periodo rosa. Fawles había apañado esa cubierta personalmente, haciendo un *collage* que le propuso al editor. Este tenía tan poca fe en el libro que no le puso pegas. La primera edición de *Lorelei* no superó los cinco mil ejemplares. El libro no apareció en la prensa y tampoco puede decirse que los libreros hicieran campaña, aunque al final se sumaron a la corriente. La salvación de ese libro fue el boca a oído entusiasta de los lectores, que casi siempre eran jovencitas, como la Mathilde Monney de entonces, que se sentían identificadas con la protagonista. Hay que decir que la trama del libro se prestaba a ello. Narraba, en el transcurso de un fin de semana, los encuentros de Lorelei, una joven ingresada en un hospital psiquiátrico. Esa puesta en escena daba pie a describir la galería de personajes que poblaban el hospital. Poco a poco, la novela había ido ganando puestos en las listas de libros más vendidos, hasta alcanzar el codiciado estatus de fenómeno literario. Los que de entrada lo habían mirado por encima del hombro, se apresuraron a subirse al carro. La novela la leían gente joven, gente mayor, intelectuales, profesores, alumnos, grandes lectores y lectores ocasionales. Todo el mundo se formó una opinión sobre *Lorelei Strange* e interpretaba cosas que en realidad no decía. En eso consistía el tremendo malentendido. A medida que pasaban los años, el movimiento se fue extendiendo y *Lorelei* se convirtió en una especie de clásico de la literatura de masas. Había tesis sobre él y se podía comprar tanto en librerías y aeropuertos como en los *books corners* de los supermercados. A veces, incluso en la sección de autoayuda, que era algo que sacaba de quicio a su autor. Y pasó lo que tenía que pasar: aun antes de dejar de escribir, Fawles se sintió tan prisionero de su propio libro que empezó a aborrecer la novela y a no soportar que se la mencionaran.

El timbre de carillón de la entrada sacó al escritor de sus recuerdos. Colocó el libro en su sitio y miró la pantalla del sistema de videovigilancia. Era el doctor Sicard, que por fin iba a quitarle la escayola. ¡Casi se le había olvidado! Había llegado la liberación.

3.

El asesinato de Tristana Beach.

Los clientes de la librería, los turistas, los vecinos que pasaban por la plaza... Eso era de lo único de lo que hablaba todo el mundo. Desde primera hora de la tarde, vi a muchos curiosos en

La Rosa Escarlata; pocos clientes de verdad y sí muchas personas que entraban en la librería para charlar un ratito, algunos para conjurar el espanto y otros para alimentar su curiosidad morbosa.

Yo tenía el MacBook abierto encima del mostrador de recepción. La conexión a internet de la tienda era bastante rápida, pero se colgaba a menudo, lo que me obligaba a subir constantemente al piso de arriba para reiniciar el rúter. Tenía abierta en el navegador la cuenta de Twitter de Laurent Lafaury, que precisamente acababa de actualizar su blog.

Según sus datos, la policía había logrado identificar a la víctima. Se trataba de una mujer de treinta y ocho años, una tal Apolline Chapuis, una tratante de vinos domiciliada en el barrio de Chartrons, en Burdeos. Los primeros testimonios señalaban su presencia en el embarcadero de Saint-Jean-les-Roses el pasado 20 de agosto. Algunos pasajeros se habían cruzado con ella en el ferri ese día, pero los investigadores seguían averiguando para qué había ido a la isla. Una de sus hipótesis era que alguien la había atraído a Beaumont y luego la había secuestrado para matarla y conservar su cuerpo en una cámara frigorífica o un congelador. El artículo del periodista finalizaba con un rumor demencial: que se avecinaba una oleada de registros en todas las casas de la isla para encontrar dónde había estado retenida la víctima.

Consulté el calendario de correos (que ilustraba el icónico retrato de Arthur Rimbaud, obra de Carjat) que Audibert tenía colocado detrás de la pantalla del ordenador. Si las fuentes del periodista eran fiables, Apolline Chapuis había desembarcado en la isla tres semanas antes que yo. A finales de aquel mes de agosto había estado diluviando en el Mediterráneo.

Mecánicamente, tecleé su nombre en el motor de búsqueda.

Con solo unos clics me encontré en la página web de la empresa de Apolline Chapuis. La joven no era exactamente una «tratante de vinos», como decía Lafaury. Sí que trabajaba en el sector vinícola, pero se dedicaba más bien a la comercialización y la márketing. Su pequeño negocio, con mucha actividad internacional, consistía en vender vinos prestigiosos a hoteles y restaurantes, y también a montar bodegas llave en mano para particulares adinerados. En la pestaña «Quiénes somos» de la página figuraba el currículum de la fundadora y se desgranaban las principales etapas de su carrera. Había nacido en París, en el seno de una familia con participación en la propiedad de varios viñedos bordeleses; había cursado el máster en Derecho Vitivinícola de la Universidad de Burdeos-IV, y había obtenido el diploma nacional de enología que concedía el Instituto Nacional de Estudios Superiores de Agronomía de Montpellier. A continuación, Apolline estuvo trabajando en Londres y en Hong Kong, antes de crear una pequeña asesoría propia. La foto, en blanco y negro, dejaba intuir un físico agraciado (para quien le gustaran las rubias altas y de rostro un poco melancólico).

¿Para qué había venido a la isla? ¿Se trataba de un viaje profesional? Era muy probable. En Beaumont se habían plantado viñedos hacía mucho tiempo. Al igual que en Porquerolles, al principio las plantaciones hacían las veces de cortafuegos en caso de incendio. Actualmente, la isla contaba con varias bodegas que producían unos *Côtes de Provence* muy dignos. La explotación más extensa (el orgullo de Beaumont y el motivo de su fama) era la de los Gallinari. A principios de la década de 2000, la rama corsa de la familia había plantado unas cepas poco corrientes en un terreno arcilloso y calcáreo y, aunque al principio todo el mundo los tachó de locos, ahora su vino blanco (el famoso Terra dei Pini, con sus veinte mil botellas anuales) era un caldo prestigioso que figuraba en la carta de los mejores restaurantes del mundo. Desde que yo estaba allí, había tenido ocasión de probar varias veces aquel néctar. Era un blanco seco, fino y afrutado, que se declinaba en notas florales y de bergamota. Todo el proceso de fabricación obedecía a las leyes de la biodinámica y se beneficiaba del clima benigno de la isla.

Volví a meter la cabeza en la pantalla para leer el artículo de Lafaury. Por primera vez en la

vida, tenía la sensación de ser un investigador metido en una auténtica novela policíaca. Y, como cada vez que me pasaba algo interesante, me habían entrado ganas de cristalizarlo escribiendo una novela. En mi cabeza ya empezaban a cobrar vida imágenes inquietantes y misteriosas: una isla mediterránea paralizada por un bloqueo, el cadáver congelado de una joven, un escritor famoso enclaustrado en su casa desde hacía veinte años...

En el ordenador, abrí un documento nuevo y me puse a teclear las primeras líneas de texto:

Capítulo 1

Martes, 11 de septiembre de 2018

Las velas restallaban al viento bajo un cielo resplandeciente.

El velerito había zarpado de la costa de Var poco antes de la una de la tarde y ahora se deslizaba a una velocidad de cinco nudos rumbo a la isla de Beaumont. Sentado cerca del timón junto al capitán, me embriagaba con las promesas que traía la brisa marina, entregado en cuerpo y alma a la contemplación de la limadura dorada que refulgía sobre el Mediterráneo.

4.

El sol se hundía tras la línea del horizonte, trazando en el cielo salpicaduras anaranjadas. Fawles volvía, renqueando, de dar un paseo con el perro. Se había pasado de listo al eludir las recomendaciones del médico. En cuanto Sicard lo liberó de la escayola, le faltó tiempo para salir con Bronco, sin bastón y sin tomar precaución alguna. Y ahora lo estaba pagando caro: le faltaba el aliento, notaba el tobillo como de palo y le dolían todos los músculos.

Apenas llegó al salón, Fawles se desplomó en el sofá que estaba orientado hacia el mar y se tragó un antiinflamatorio. Cerró los ojos un momentito para tratar de recuperar el aliento mientras el golden retriever le lamía las manos. Ya se estaba amodorrando cuando el timbre del portón lo obligó a enderezarse.

El escritor se puso de pie apoyándose en el borde del sofá y fue cojeando hasta el equipo de videovigilancia. El rostro luminoso de Mathilde Monney apareció en la pantalla.

Nathan se puso tenso. ¿Qué pintaba ahí esa mujer? Esta nueva visita le sonaba tanto a esperanza como a amenaza. Si Mathilde Monney iba a verlo de nuevo era porque algo le rondaba la cabeza. «¿Qué hago? ¿Paso de contestar?» Era una solución para esquivar el peligro a corto plazo, pero no le ayudaría a identificar la naturaleza del peligro.

Fawles abrió el portón sin ni siquiera hablar por el interfono. Volvía a tener el pulso normal y, ya repuesto de la sorpresa, estaba decidido a desactivar la situación. Podía hacerle frente a Mathilde. Tenía que disuadirla de que siguiera metiendo las narices en sus asuntos y eso era lo que iba a hacer. Pero por las buenas.

Al igual que el día anterior, se quedó esperándola en el umbral. Apoyado en el marco de la puerta con Bronco a sus pies, se quedó mirando cómo se acercaba la camioneta, levantando nubes de polvo. La joven detuvo el vehículo delante de la escalera de entrada y tiró del freno de mano. Empujó la portezuela para cerrarla y se quedó un instante frente a él. Llevaba un vestido con estampado de flores, sin mangas, por encima de un jersey de canalé de cuello vuelto. Los últimos rayos del sol se reflejaban en las botas de tacón de cuero color mostaza.

Por la forma en que lo miró, Fawles supo con certeza dos cosas. La primera, que Mathilde Monney no estaba en la isla por casualidad. Solo había ido a Beaumont para descubrir su secreto. La segunda, que Mathilde no tenía ni la menor idea de cuál era ese secreto.

—¡Veo que ya no lleva la escayola! ¿Me puede ayudar? —le soltó mientras empezaba a descargar las bolsas de papel marrón que se amontonaban en la parte trasera del coche.

—¿Qué es eso?

—He ido a hacer la compra. Tiene usted la despensa vacía, me lo dijo ayer.

Fawles no se movió.

—No necesito asistencia domiciliaria. Puedo ir a hacer la compra yo solito.

Desde donde estaba, podía oler el perfume de Mathilde. Efluvios cristalinos de menta, cítricos y ropa limpia que se mezclaban con los del pinar.

—¡Uy, no se crea que este servicio es gratis! Solo quiero aclarar el asunto ese. Bueno, ¿me ayuda o no?

—¿Qué asunto? —preguntó Fawles recogiendo con desgana las bolsas que quedaban.

—El asunto del estofado de ternera.

Fawles pensó que no la había oído bien, pero Mathilde precisó:

—En su última entrevista usted se jactó de que se le daba divinamente el estofado. Lo cual es una suerte, ¡porque a mí me encanta!

—Y yo que la hacía más bien vegetariana...

—Para nada. He comprado todos los ingredientes. No tiene ninguna excusa para no invitarme a cenar.

Fawles comprendió que no estaba de broma. No había previsto tal situación, pero se convenció de que él llevaba las riendas y le indicó a Mathilde que entrara.

Como si estuviera en su casa, la joven depositó las bolsas en la mesa del salón, colgó la chupa en el perchero, se abrió un botellín de Corona y se fue tranquilamente a bebérselo a sorbitos mientras contemplaba la puesta de sol.

El asunto aquel del estofado era una majadería. Una ocurrencia que se había sacado de la manga para responder al periodista. Cuando le preguntaban por su vida privada, aplicaba el precepto de Italo Calvino: no contestar o mentir. Pero no se zafó. Dejó aparte los ingredientes que necesitaba y guardó los demás, apoyándose lo menos posible en la pierna dolorida. En un armario encontró una olla con el fondo esmaltado que llevaba lustros sin usar y puso aceite de oliva a calentar. Luego sacó una tabla para trocear la contra y la culata de ternera, picó ajo y perejil, y los incorporó a la carne mientras la doraba. Añadió una cucharada de harina y un vaso grande de vino blanco antes de cubrirlo todo con caldo caliente. A continuación, si no le fallaba la memoria, había que dejarlo cocer a fuego lento una horita larga.

Mathilde echó un vistazo a las demás habitaciones. Ya había anochecido y se había metido en casa para entrar en calor. Había puesto en la pletina un vinilo antiguo de los Yardbirds y estaba husmeando por la biblioteca. En la enoteca que había al lado de la nevera, Fawles eligió un Saint-Julien que decantó sin prisa antes de reunirse con Mathilde en el salón.

—Qué frío hace en su casa. No vendría mal un fuegucito.

—Si le apetece...

Fawles se dirigió a los bastidores metálicos donde guardaba la leña. Juntó astillas y unos troncos y encendió el fuego en la chimenea colgante que había en el centro de la estancia.

Mathilde, que seguía curioseando, entreabrió la arqueta que había colgada en la pared junto a la reserva de leña y descubrió la escopeta que había dentro.

—O sea que no es una leyenda: ¿de verdad dispara a la gente que viene a fastidiarlo?

—Pues sí, y tiene suerte de que no la haya tomado con usted.

La joven observó el arma atentamente. La culata y el guardamanos eran de nogal barnizado y el cañón, de acero pulido. Entre los reflejos azulados de la caja de mecanismos y rodeada de arabescos, lo que parecía una cabeza de Lucifer la miraba con ojos amenazadores.

—¿Es el diablo? —preguntó.

—No, es la Kuçedra: una dragona con cuernos del folclore albanés.

—Qué monada.

Fawles le rozó el hombro para apartarla de la leñera y llevarla junto a la chimenea, donde le sirvió una copa de vino. Brindaron y paladearon el Saint-Julien en silencio.

—Un Gruaud Larose de 1982, veo que no me toma el pelo —aprobó ella.

Se sentó en el sillón de cuero que estaba cerca del sofá, encendió un cigarrillo y se puso a jugar con Bronco. Fawles volvió a la cocina, comprobó el estofado y le añadió unas aceitunas sin hueso y unas setas. Puso arroz a hervir y dispuso dos platos y cubiertos en la mesa del comedor. Cuando la carne estuvo hecha, la completó con el zumo de un limón mezclado con yema de huevo.

—¡A comer! —llamó mientras llevaba el guiso.

Antes de acudir, Mathilde cambió el disco de la pletina: la banda sonora de la película *El viejo fusil*. Fawles se quedó mirando cómo chasqueaba los dedos al ritmo de la melodía de François de Roubaix mientras Bronco daba vueltas a su alrededor. Era una escena hermosa. Mathilde era hermosa. A Fawles le habría resultado muy fácil dejarse llevar en ese instante, pero sabía que todo aquello no era más que un juego de manipulación entre dos personas convencidas de que estaban controlando a la otra. Fawles sospechaba que ese juego traería cola. Había corrido el riesgo de meter al lobo en el redil. Nadie había estado nunca tan cerca de ese secreto que guardaba desde hacía veinte años.

El estofado fue un éxito. Se lo comieron con ganas, al menos. Fawles había perdido la costumbre de hablar mucho, pero la cena resultó alegre gracias al sentido del humor y al desparpajo de Mathilde, que tenía una teoría para todo. Hasta que, en cierto momento, su mirada cambió. Seguía igual de brillante, pero más seria, menos risueña.

—Como es su cumpleaños, le he traído un regalo.

—Nací en junio, así que, en realidad, no es mi cumpleaños.

—Me he adelantado un poco, o retrasado, pero eso es lo de menos. Es novelista, así que seguro que le gusta.

—Ya no soy novelista.

—Me parece que lo de ser novelista es como ser presidente de la República Francesa. Es un cargo de por vida, aunque ya no se ejerza.

—Me parece cuestionable, pero ¿por qué no?

Mathilde lo atacó por otro frente.

—Los novelistas son los mayores mentirosos de la historia, ¿no?

—No, esos son los políticos. Y los historiadores. Y los periodistas. Pero los novelistas, no.

—¡Claro que sí! Cuando en sus novelas hacen como que cuentan lo que es la vida, están mintiendo. La vida es demasiado compleja para someterla a una ecuación o encerrarla en las páginas de un libro. Tiene más fuerza que las matemáticas o la ficción. Las novelas son ficción. Y la ficción, técnicamente, es una mentira.

—Es todo lo contrario. Philip Roth lo expresó de maravilla: «Es el tipo de relato que suministra al narrador una mentira mediante la cual puede expresar su indecible verdad».

—Sí, pero...

De repente, Fawles se hartó.

—Tampoco vamos a zanjar el tema esta noche. ¿Qué regalo es ese?

—Pensaba que no lo quería.

—¡Pero qué tocapelotas!

—El regalo es una historia.

—¿Qué historia?

Mathilde se había levantado de la mesa con la copa en la mano para volver a sentarse en el sillón.

—Le voy a contar una historia. Y cuando haya terminado el relato, no le quedará más remedio que sentarse delante de la máquina y ponerse a escribir de nuevo.

Fawles negó con la cabeza.

—Ni en sueños.

—¿Nos apostamos algo?

—No nos apostamos nada.

—¿Tiene miedo?

—De usted, desde luego que no. No hay ningún motivo para que me ponga a escribir de nuevo y no acabo de ver por qué su historia iba a cambiar la situación.

—Porque tiene que ver con usted. Y porque es una historia que necesita un epílogo.

—No sé si quiero oírla.

—Aun así, se la voy a contar.

Sin moverse del sillón, Mathilde le tendió la copa vacía. Fawles agarró el Saint-Julien, se puso de pie para llenarla y se dejó caer en el sofá. Había comprendido que empezaba lo serio y que todo lo de antes había sido mera charla. Un preludio para el auténtico cara a cara.

—La historia empieza en Oceanía muy al principio de la década de 2000 —arrancó Mathilde—. Una pareja joven de parisinos, Apolline Chapuis y Karim Amrani, aterriza en Hawái después de quince horas de vuelo para pasar las vacaciones.

La historia sin contar

*No hay nada tan angustioso
como llevar dentro una historia
que aún no se ha contado.*

Zora Neale HURSTON

2000

La historia empieza en Oceanía muy al principio de la década de 2000.

Una pareja joven de parisinos, Apolline Chapuis y Karim Amrani, aterrizó en Hawái después de quince horas de vuelo para pasar una semana de vacaciones. Nada más llegar, vaciaron el minibar de la habitación del hotel y cayeron en un sueño profundo. Al día siguiente y al otro, disfrutaron plenamente de los atractivos de la isla volcánica de Maui. Hicieron senderismo en una zona natural protegida y se deleitaron con las cascaditas y los campos floridos mientras fumaban porros. Se lo montaron en las playas de arena fina y alquilaron un barco privado para avistar ballenas frente a la costa de Lahaina. El tercer día, en una clase de submarinismo para principiantes, se les cayó al mar la cámara de fotos.

Los dos buceadores expertos que los acompañaban intentaron en vano recuperar el aparato. Apolline y Karim tuvieron que resignarse: habían perdido las fotos de las vacaciones, de lo cual se olvidaron esa misma noche, en torno a una docena de cócteles en uno de los bares que abundaban en la playa.

2015

Pero la vida está llena de sorpresas.

Muchos años después, a nueve mil kilómetros de allí, Eleanor Farago, una mujer de negocios estadounidense, vio un objeto atrapado en un arrecife durante su carrera diaria por la playa de Baishawan, en la región de Kenting, en Taiwán.

Corría la primavera de 2015 y eran las siete de la mañana. La señora Farago, que trabajaba para una cadena hotelera internacional, estaba de viaje por Asia para visitar algunos establecimientos de su grupo. La última mañana de esa estancia, antes de volver en avión a Nueva York, había ido a correr a Baisha, una especie de Costa Azul local. La playa, rodeada de colinas, ofrecía una arena fina y dorada y unas aguas translúcidas, pero también algunos rompientes que se hundían en el mar. Allí fue donde Eleanor divisó el objeto misterioso. Fue corriendo hacia él, trepó por dos rocas, se agachó para liberarlo y lo recogió. Era una funda impermeable que tenía dentro una cámara PowerShot de Canon.

Ella aún no lo sabía (en realidad, nunca llegó a saberlo), pero el aparato de los jóvenes franceses había estado a la deriva quince años, a merced de los escollos y las corrientes y a lo largo de casi diez mil kilómetros. Por curiosidad, la estadounidense se llevó el objeto al hotel y lo metió en un neceser de tela dentro del equipaje de mano. Al cabo de unas horas se subió al avión

en el aeropuerto de Taipéi. El vuelo de Delta Air Lines despegó a la 12:35, hizo escala en San Francisco y aterrizó en el aeropuerto JFK de Nueva York con más de tres horas de retraso. Eleanor Farago, harta e impaciente por volver a casa, se dejó varias cosas en el compartimento que tenía delante de su asiento, entre ellas la cámara de fotos.

*

El equipo encargado de limpiar el avión recogió el neceser y lo depositó en la oficina de objetos perdidos del aeropuerto JFK. Al cabo de tres semanas, un empleado de la oficina encontró dentro el billete de avión de la señora Farago. Tras rastrear sus datos, le dejó un mensaje en el contestador automático y también le envió un correo electrónico, a los que Eleanor Farago nunca respondió.

Siguiendo el procedimiento estándar, la oficina de objetos perdidos conservó la cámara noventa días. Transcurrido este plazo, se la vendió junto con otros miles de objetos a una empresa de Alabama que, desde hacía décadas, se dedicaba a comprar a las compañías estadounidenses los equipajes que sus dueños no reclamaban.

*

Así pues, a principios del otoño de 2015, la cámara de fotos acabó en las góndolas del Unclaimed Baggage Center: el centro de equipaje sin reclamar. Aquel lugar no se parecía a ningún otro. Todo empezó en la década de 1970, en Scottsboro, una ciudad pequeña del condado de Jackson, a doscientos kilómetros al norte de Atlanta. A una modesta empresa familiar se le ocurrió la idea de firmar un contrato con varias compañías aéreas para revender los equipajes extraviados cuyos propietarios no dieran señales de vida. El negocio funcionó tan bien que, con los años, la tienda se convirtió en toda una institución.

En 2015, el almacén del Unclaimed Baggage Center ocupaba casi cuatro mil metros cuadrados. Todos los días, más de siete mil objetos nuevos metidos en semirremolques procedentes de varios aeropuertos de los Estados Unidos llegaban a ese pueblucho perdido y lejos de todo. Los curiosos llegaban en masa de todos los rincones del país e incluso de fuera: ya eran un millón los visitantes que acudían todos los años a ese lugar a medio camino entre un supermercado de descuento y un museo de curiosidades. En sus cuatro plantas se apilaban prendas de ropa, ordenadores, tabletas, auriculares, instrumentos de música, relojes... Dentro de la propia tienda incluso habían creado un museíto donde se exponían las piezas más insólitas recabadas a lo largo de los años: un violín italiano del siglo XVIII, una máscara funeraria egipcia, un diamante de 5,8 quilates y hasta una urna que contenía las cenizas de una persona fallecida...

De modo que la Canon PowerShot aquella recaló en las góndolas de aquella extraña tienda. Protegida dentro del neceser de tela, permaneció allí, amontonada con otras cámaras de fotos, desde septiembre de 2015 hasta diciembre de 2017.

2017

En las vacaciones de Navidad de ese año, Scottie Malone, de cuarenta y dos años, y su hija Billie, de once, vecinos de Scottsboro, estuvieron curioseando por los pasillos del Unclaimed Baggage Center. Los precios que aplicaba la tienda eran a veces un ochenta por ciento inferiores al de los

artículos nuevos y Scottie no es que nadara en la abundancia. Era dueño de un taller mecánico junto a la carretera que conducía al lago Gunterville, donde reparaba tanto coches como embarcaciones.

Desde que lo dejó su mujer, intentaba criar a su hija lo mejor que podía. Julia se largó un día de invierno, tres años antes. Cuando Scottie volvió del trabajo aquella noche, se encontró en la cocina una nota que le comunicaba fríamente la noticia. Por supuesto, le dolió (y aún le seguía doliendo), pero no lo pilló por sorpresa. A decir verdad, siempre había sabido que su mujer acabaría marchándose. Está escrito, en alguna página del libro del destino, que las rosas más bellas viven con miedo a marchitarse. Y ese temor a veces las lleva a cometer actos irreparables.

—Papá, porfi, para Navidad me gustaría un estuche de pinturas —pidió Billie.

Scottie asintió con la cabeza para decir que le parecía bien. Subieron a la última planta, donde estaba la sección de libros y todo lo relacionado con la papelería. Estuvieron un cuarto de hora largo rebuscando hasta que dieron con un bonito estuche que contenía tubos de tempera, ceras y dos lienzos pequeñitos sin usar. La alegría de la niña reconfortó a Scottie, que se permitió comprar algo para él: un ejemplar de *El poeta*, de Michael Connelly, rebajado a 0,99 dólares. Julia le había revelado los poderes mágicos de la lectura. Durante mucho tiempo, fue ella quien le recomendó los títulos que podrían gustarle: novelas policíacas, históricas y de aventuras. No siempre resultaba fácil meterse en la trama, pero cuando acertabas con el libro, ese que está hecho para ti y cuyos detalles, diálogos, reflexiones y personajes puedes paladear, ¡menuda evasión! Sí, era mejor que cualquier otra cosa, de verdad. Mejor que Netflix, que los partidos de baloncesto de los Hawks y que esa idiotez de vídeos que circulaban por las redes y te dejaban hecho un zombi.

Mientras estaban en la cola para pagar, Scottie se fijó en una cesta donde había artículos variopintos en liquidación. Hurgando dentro del cajón de rejilla, entre un montón de objetos dispares, pescó un abultado neceser de tela. Dentro había una vieja cámara de fotos compacta por 4,99 dólares. Tras pensárselo un momento, Scottie decidió caer en la tentación. Le gustaba desmontar y apañar todo lo que encontraba por ahí. En cada ocasión era como una apuesta que se obligaba a ganar, porque cada vez que lograba que un cacharro viejo volviese a funcionar sentía como si estuviese reparando su propia vida.

*

Al llegar a casa, Scottie y Billie decidieron de mutuo acuerdo que, aunque todavía estaban a sábado 23 de diciembre, podían abrir los regalos sin esperar al día de Navidad. Así tendrían todo el fin de semana para disfrutarlos, ya que el lunes Scottie tenía trabajo en el taller. Estaba haciendo mucho frío ese año. Scottie le preparó a su hija un cacao con nubecitas flotando, como si fueran espuma. Billie puso música y se pasó la tarde pintando mientras su padre leía su novela policíaca bebiendo traguitos de una cerveza bien fría.

Hasta que fue de noche (mientras Billie se dedicaba a preparar unos macarrones con queso), Scottie no abrió la bolsita donde estaba la cámara. Al observar la carcasa impermeable, adivinó que la cámara de fotos seguramente había permanecido en el agua varios años. Tuvo que usar un cuchillo dentado para que saltara la protección. La cámara ya no funcionaba, pero, después de intentarlo varias veces, logró extraer la tarjeta de memoria, que no parecía estar dañada. La conectó al ordenador y pudo copiar las fotos que tenía almacenadas.

Scottie miró las imágenes no sin cierto morbo. Esa sensación de estar metiéndose en la intimidad de unos individuos a quienes no conocía le daba apuro y le despertaba la curiosidad a

partes iguales. Había unas cuarenta fotos. Las más recientes mostraban a una pareja joven y decadente en un entorno paradisíaco: playas, aguas color turquesa, naturaleza exuberante y tomas submarinas de peces multicolores. En una de ellas, la pareja posaba delante de un hotel. Era una foto descuidada, enfocada por encima de las cabezas, un selfi adelantado a su tiempo con el Aumakua Hotel en segundo plano. Con solo unos clics, Scottie encontró el establecimiento en internet: un hotel de lujo en Hawái.

«Seguramente fue allí donde perdieron la cámara.»

Scottie se rascó la cabeza. En la tarjeta de memoria había otras fotos. La fecha indicaba que se habían hecho unas semanas antes que las de Hawái, pero no cuadraban con las primeras imágenes. Mostraban a otras personas, seguramente en otro país y en otro contexto. ¿A quién había pertenecido esa cámara? Tras plantear ese interrogante, Scottie dejó la pantalla para ir a cenar.

Como le había prometido a su hija, pasaron la velada viendo «películas de Navidad de las que dan miedo»; en concreto, *Gremlins* y *Pesadilla antes de Navidad*.

Delante de la tele, Scottie siguió pensando en lo que había descubierto. Se tomó otra cerveza, luego una más y se quedó traspuesto en el sofá.

*

Cuando se despertó a la mañana siguiente, eran casi las diez. Un poco avergonzado de haber dormido hasta tan tarde, descubrió a su hija «trabajando» delante de la pantalla del ordenador.

—Papá, ¿quieres que te prepare un café?

—¡Sabes de sobra que no puedes meterte en internet tú sola!

Ofendida, Billie se encogió de hombros y se fue de morros a la cocina.

Encima del escritorio, junto al ordenador, Scottie vio un papel viejo doblado que parecía un billete de avión electrónico.

—¿De dónde has sacado eso?

—De la bolsita de tela —dijo Billie, asomando la nariz.

Scottie entornó los ojos para leer los datos que figuraban en el tique. Se trataba de un vuelo de Delta Air Lines que despegó de Taipéi con destino Nueva York el 12 de mayo de 2015. La pasajera era una tal Eleanor Farago. Scottie se rascó la cabeza, cada vez entendía menos de qué iba la cosa.

—¡Yo sé lo que pasó, me ha dado tiempo a pensarlo mientras dormías como una marmota! —afirmó Billie, triunfante.

Se acomodó delante del ordenador para imprimir el planisferio que acababa de descargar de internet. Luego, con un boli, señaló una zona reducida en medio del Pacífico.



—La pareja que hacía submarinismo perdió la cámara de fotos en Hawái en el año 2000. — Empezó a pasar las fotos que habían encontrado en la cámara.

—Hasta ahí, estamos de acuerdo —asintió su padre poniéndose las gafas.

Billie señaló el billete de avión al tiempo que trazaba una flecha larga a través del océano, de Hawái a Taiwán.

—Luego la cámara estuvo a la deriva, siguiendo las corrientes, hasta la costa taiwanesa, donde esta mujer, la señora Farago, la encontró en 2015.

—¿Que más tarde, al volver a los Estados Unidos, se la dejó olvidada en el avión?

—Afirmativo —contestó Billie asintiendo con la cabeza—. Y así fue como llegó hasta nosotros.

Aplicadamente, completó el esquema con otra flecha hasta Nueva York y, luego, una línea de puntos hasta su ciudad.

Scottie estaba impresionado con la capacidad deductiva de su hija. Billie había reconstruido una versión casi completa del puzle. Aunque parte del misterio seguía sin resolver:

—¿Tú quiénes crees que son los que aparecen en las primeras fotos?

—No lo sé, pero me parece que son franceses.

—¿Por qué?

—Porque lo que se ve a través de las ventanas son tejados parisinos —replicó Billie—. Y esto de aquí es la Torre Eiffel.

—Yo creía que la Torre Eiffel estaba en Las Vegas.

—¡Papá!

—Estoy de broma —contestó Scottie sacudiendo la cabeza y acordándose de la promesa que le había hecho a Julia de llevarla a París algún día y de que esa promesa se había perdido en la sucesión de días, semanas y años que embotaba la vida cotidiana.

Estuvo mirando una y otra vez las fotos «parisinas» y luego las de Hawái. Sin saber por qué, la

transición entre esas imágenes lo tenía hipnotizado. Como si detrás de las dos secuencias se incubase una tragedia. Como si hubiera allí un misterio sin resolver digno de la intriga de las novelas policíacas que leía con fruición.

¿Qué podía hacer con aquellas fotos? No había ningún motivo para entregárselas a algún cuerpo de policía, pero una vocecita interior le decía que se las tenía que enseñar a alguien. ¿A un periodista, quizá? Y, preferiblemente, a un periodista francés. Pero Scottie no hablaba ni una sola palabra de francés.

Le dio las gracias a su hija por la taza de café que le ofreció. A continuación, ambos se sentaron delante de la pantalla. Durante la hora siguiente, a base de tantear y teclear palabras clave en los motores de búsqueda, dieron con alguien que encajaba con el perfil que habían establecido: una periodista francesa que había estudiado parte de la carrera en Nueva York, donde se sacó un máster en ciencias en la Universidad de Columbia. Luego regresó a Europa y actualmente trabajaba en un periódico suizo.

Billie localizó su dirección de correo electrónico en la página web del periódico y él y su hija redactaron un mensaje en el que explicaban lo que habían encontrado y qué opinión les merecía aquel misterio. Para sustentar sus argumentos, adjuntaron una selección de las fotos que había en la cámara, hecho lo cual enviaron el mensaje como quien lanza una botella al mar.

La periodista se llamaba Mathilde Monney.

El ángel de cabello dorado

Extracto del programa *Bouillon de culture*

Emitido en la cadena France 2 el 20 de noviembre de 1998

(Decorado elegante y minimalista: entelado color crema, columnas antiguas, biblioteca falsa que parece esculpida en mármol. En torno a una mesa baja se encuentran los invitados sentados, en círculo, en sillas de cuero negro. Bernard Pivot, con las gafas de media luna en la nariz y chaqueta de tweed, echa un vistazo a la fichas antes de plantear cada pregunta.)

BERNARD PIVOT: Aunque vamos con mucho retraso, antes de cerrar la emisión me gustaría que respondiera usted, Nathan Fawles, al tradicional cuestionario del programa. Primera pregunta: ¿cuál es su palabra favorita?

NATHAN FAWLES: ¡Luz!

PIVOT: ¿Qué palabra aborrece?

FAWLES: Voyerismo, tanto por su significado como por su sonoridad.

PIVOT: ¿Su droga favorita?

FAWLES: El whisky japonés. En particular, el Bara No Niwa, cuya destilería quedó destruida en 1980 y que...

PIVOT: ¡Pare, pare! ¡No podemos hacer publicidad de una marca de bebidas alcohólicas en la televisión pública! Siguiente pregunta: ¿qué sonido o qué ruido le gusta más?

FAWLES: El silencio.

PIVOT: ¡Ja, ja! ¿Qué taco, palabrota o blasfemia prefiere?

FAWLES: Panda de capullos.

PIVOT: No es que sea muy literaria...

FAWLES: Nunca he sabido lo que es «literario» y lo que no. Por ejemplo, Raymond Queneau utiliza esa expresión en *Ejercicios de estilo*: «Después de una espera infame bajo un sol insufrible, me acabé subiendo a un autobús inmundo donde se apretujaba una panda de capullos».

PIVOT: ¿Qué hombre o mujer debería figurar en un nuevo billete?

FAWLES: Alexandre Dumas, que ganó mucho antes de perderlo todo y por eso recordaba que el dinero es un buen sirviente, pero un mal señor.

PIVOT: ¿En qué planta, árbol o animal le gustaría reencarnarse?

FAWLES: En un perro, porque suelen ser más humanos que los hombres. ¿Conoce la historia del perro de Lévinas?

PIVOT: No, pero ya vendrá otro día a contárnosla. Última pregunta: si Dios existe, ¿qué le gustaría que le dijera, a usted, Nathan Fawles, después de morir?

FAWLES: «Fawles, no has sido perfecto..., ¡pero yo tampoco!».

PIVOT: Gracias por habernos acompañado, buenas noches a todos y hasta la semana que viene.

(Sintonía de cierre: The Night Has a Thousand Eyes, interpretada al saxofón por Sonny Rollins.)

Las vacaciones del escritor

*Un escritor nunca está de vacaciones.
Para un escritor, la vida consiste
en escribir o en pensar en escribir.*

Eugène IONESCO

Miércoles, 10 de octubre de 2018

1.

Aún no había amanecido. Fawles bajó los peldaños de la escalera con precaución y el perro pisándole los talones. En el comedor, la mesa aún estaba empantanada con los restos de la cena del día anterior. Con los ojos pesados y la mente borrosa, el escritor recogió el cuarto moviéndose mecánicamente, en un ballet de idas y venidas entre el salón y la cocina.

Cuando hubo terminado, dio de comer a Bronco y se preparó una taza grande de café. Después de la noche que había pasado, le hubiese venido bien poder pincharse la cafeína en vena para que la ayudara a atravesar la niebla por la que vagaba.

Fawles salió a la terraza con una taza grande ardiendo entre las manos y sintió un escalofrío. Unas rayas tornadizas, de color encarnado, se diluían en el azul noche del lienzo celeste. El mistral había estado soplando toda la noche y seguía barriendo la costa. El aire estaba seco y helado, como si, en unas horas, el tiempo hubiese pasado sin transición del verano al invierno. El escritor se subió la cremallera del cuello del jersey y se sentó a una mesa colocada en un entrante de la terraza; un nidito encalado y resguardado del viento que hacía las veces de patio interior.

Pensativo, Nathan desenrolló la película del relato de Mathilde, tratando de montarla de nuevo de forma coherente. O sea, que la periodista había recibido un correo electrónico de un paleta de Alabama que había comprado una cámara de fotos vieja en un supermercado que reciclaba objetos olvidados en los aviones. La cámara la habían perdido probablemente en el Pacífico dos turistas franceses en el año 2000 y había aparecido al cabo de quince años en una playa taiwanesa. Contenía varias fotos que, según sugería Mathilde, dejaban entrever la perspectiva de una tragedia.

—¿Pero qué había en esas fotos? —preguntó Fawles mientras la joven hacía una pausa en el relato.

Ella se lo quedó mirando a la cara con los ojos brillantes.

—Se acabó por esta noche, Nathan. Le contaré lo que queda de la historia mañana. ¿Quedamos por la tarde en la cala de los Pinos?

Al principio, el escritor creyó que estaba de broma, pero la muy bruja vació la copa de Saint-Julien y se levantó del sillón.

—¿Me está tomando el pelo?

Mathilde se puso la chupa, cogió las llaves del coche que había dejado en un vaciabollos de

la entrada y le rascó la cabeza a Bronco.

—Gracias por el estofado y por el vino. ¿Nunca se ha planteado abrir una *table d'hôtes*? Estoy convencida de que arrasaría.

Y se marchó, tan ufana, negándose a decir nada más.

«Le contaré lo que queda de la historia mañana.»

A Fawles le sentó como un tiro. ¿Quién se había creído que era la Sherezade esa de pacotilla? Se habría quedado a gusto montando ese numerito de suspense, desafiando al novelista en su propio terreno para demostrarle que también ella podía lograr que los que escuchaban sus historias pasaran la noche en blanco.

«Será creída...» Fawles bebió un último trago de café y procuró recuperar la calma. La prolongada odisea de la cámara digital no carecía de interés. Tenía un potencial novelesco indudable, aunque, por ahora, no acababa de ver adónde iría a parar. Sobre todo, no entendía por qué Mathilde afirmaba que la historia tenía relación con él. Nunca había pisado ni Hawái ni Taiwán y aún menos Alabama. Si el relato tenía algo que ver con él, solo podía ser a través del contenido de las fotos, pero ninguno de los nombres que había mencionado (Apolline Chapuis y Karim Amrani) le sonaba de nada.

Sin embargo, tenía la clara sensación de que aquello traería cola. Detrás de esa puesta en escena se cocía algo mucho más serio que un mero juego de seducción literaria. ¿Qué diantres quería la chica esa? En cualquier caso, a corto plazo el truco le había salido bien, porque no había podido pegar ojo en toda la noche. Se había dejado engañar como un novato. Peor aún: estaba reaccionando exactamente como ella quería...

«Joder...» Ya no se conformaba con padecer la situación. Tenía que actuar, averiguar más cosas sobre esa chica antes de quedar atrapado en la trampa que le estaba tendiendo. Con la cara tensa, Nathan se frotó las manos heladas. Lo de querer investigar estaba muy bien, pero no tenía ni idea de cómo hacerlo. Como no tenía internet, no podía hacer averiguaciones enclaustrado en casa, pero el tobillo rígido, inflamado y doloroso era un auténtico impedimento. Una vez más, su primera reacción fue llamar a Jasper Van Wyck. Pero Jasper estaba lejos. Podía encargarle que le buscara cosas en la red, pero no que fuera su brazo armado para contratacar a Mathilde. Por muchas vueltas que le diera al problema bajo todos los ángulos, no le quedaba otra que reconocer que solo podría resolverlo pidiendo ayuda. Necesitaba a alguien espabilado y capaz de correr riesgos. Alguien que estuviera entregado a su causa y no hiciese demasiadas preguntas.

Y entonces lo tuvo claro. Se levantó de la silla y volvió al salón para llamar por teléfono.

2.

Yo estaba acurrucado en la cama, tiritando de pies a cabeza. Desde ayer, la temperatura había bajado por lo menos diez grados. Aunque al acostarme me había acordado de encender el radiador de hierro fundido, el cuartito seguía estando desesperadamente frío.

Bajo las mantas, veía por la ventana cómo iba amaneciendo, pero, por primera vez desde que estaba aquí, me costaba levantarme. La aparición del cadáver de Apolline Chapuis y el bloqueo que había impuesto la prefectura habían metamorfoseado Beaumont. En apenas dos días, aquel pedacito de paraíso mediterráneo se había convertido de golpe en una escena del crimen gigantesca.

Se acabaron la cordialidad, la jovialidad del aperitivo y el habitual temperamento bondadoso de los vecinos de la isla. Hasta el calor se había largado. Ahora la desconfianza reinaba por doquier. Y hoy la tensión había subido de nivel por culpa de un semanario de tirada nacional que había dedicado su portada a «Los oscuros secretos de la isla de Beaumont». Como suele suceder

en este tipo de reportajes hechos deprisa y corriendo, era todo mentira. Los artículos se basaban en datos sin comprobar y simplificaciones engañosas que alimentaban titulares y subtítulos sensacionalistas. En ellos, Beaumont aparecía bien como la isla de los millonarios (cuando no de los billonarios), bien como una guarida de independentistas fanáticos a cuyo lado los miembros más radicales del Frente de Liberación Nacional de Córcega parecían los Osos Amorosos. Los Gallinari, discretísimos propietarios de la isla, también eran objeto de elucubración. Todo sucedía como si, gracias a esta tragedia, toda Francia se hubiera enterado de que existía ese territorio. Por su parte, los periodistas extranjeros no se quedaban a la zaga y también contribuían con fruición a difundir los rumores más descabellados. Después, las agencias de noticias se copiaban unas a otras, deformando un poco más la información original, y todo aquello iba a parar a la inmensa picadora de las redes sociales para convertirse en una bazofia tan embustera como vacía, cuya única función era acumular clics y retuits. El gran triunfo de la mediocridad.

Al margen de que la isla albergase a un asesino en potencia, creo que era aquello lo que desquiciaba a los vecinos de Beaumont: ver su isla, su tierra y su vida tan expuestas a los focos turbios de la información del siglo XXI. Sufrían un trauma profundo que se alimentaba del mantra que repetían todos aquellos con quien me había cruzado: «Ya nada volverá a ser como antes».

Por otra parte, aquí todo el mundo tenía barco, ya fuera una barquita de pesca o una embarcación más imponente, y la prohibición de utilizarlo había caído como un arresto domiciliario. A los polis que habían llegado desde el continente y patrullaban por el puerto se los consideraba unos invasores. Esta intrusión resultaba tanto más insoportable cuanto que los investigadores no parecían haber hecho gran cosa, aparte de causar el oprobio de los beaumonteses. Habían registrado los escasos restaurantes y bares de la isla, así como algunas tiendas que en teoría deberían tener una cámara frigorífica o un congelador grande, pero no había nada que hiciera suponer que esas investigaciones habían sido fructíferas.

En el móvil sonó una notificación que me animó a emerger de entre las mantas. Me froté los ojos antes de descubrir lo que había aparecido en la pantalla. Laurent Lafaury acababa de publicar dos artículos seguidos. Entré en su blog. La primera entrada se ilustraba con una foto de su cara tumefacta. Relataba una agresión que aseguraba haber sufrido la noche anterior, cuando se estaba tomando una copa en la barra de Las Flores de la Malta. Al parecer, un grupo de clientes la habían tomado con él, echándole en cara que alimentase con sus tuits la psicosis que empezaba a adueñarse de la isla. Lafaury había sacado el móvil para grabar en vídeo la escena, pero, según él, Ange Agostini, el policía municipal, le había confiscado el teléfono antes de dejar que el dueño del bar le soltara una somanta de palos, jaleado por algunos clientes. El periodista comunicaba su intención de denunciarlo y concluía el texto mencionando la teoría del «chivo expiatorio» que popularizó René Girard: toda sociedad o comunidad en estado de crisis siente la necesidad de identificar y estigmatizar a unos chivos expiatorios para cargarlos con el origen de los males que padece la colectividad.

En esa última observación, Lafaury se mostraba lúcido y no le faltaba razón. El periodista amalgamaba todos los odios. Estaba viviendo simultáneamente su momento de gloria y un auténtico calvario. Él pensaba que estaba haciendo su trabajo legítimamente, mientras que parte de los isleños opinaba que estaba echando leña al fuego. La isla había caído en la irracionalidad y no podía descartarse que el periodista sufriera otros excesos. Para apaciguar los ánimos y evitar que la situación degenerase, habría sido necesario levantar el bloqueo, cosa que la prefectura aún no parecía dispuesta a hacer. Más que nada, habría sido necesario que apareciera lo antes posible el autor de ese crimen atroz.

La segunda entrada del blog del periodista trataba sobre la investigación policial y, de forma

más directa, sobre la personalidad y la historia de la víctima.

Apolline Chapuis, de soltera Apolline Mérignac, había nacido en 1980 en el distrito VII de París. Fue al colegio Sainte-Clotilde y luego al liceo Fénelon-Sainte-Marie. Fue una alumna tímida y brillante que ingresó en las clases preparatorias de la rama de letras de la Escuela Normal, pero en 1998, durante el primer año, su vida descarriló de repente.

Durante una fiesta estudiantil, conoce a Karim Amrani, un camello de poca monta que se mueve por el bulevar de la Chapelle, y se enamora locamente de él. Amrani dejó la carrera de Derecho en Nanterre. Es un pisco de oro algo desubicado, simpatizante de la extrema izquierda, que un día sueña con ser Fidel Castro y al siguiente, Tony Montana.

Para gustarle, Apolline se fuma las clases y se muda con él a una casa okupa de la calle Châteaudun. Poco a poco, Karim se vuelve un yonqui. Cada vez necesita más pasta para sus dosis. A pesar de todos los esfuerzos de la familia de Apolline para sacarla de ahí, ella se hunde en una vida marginal. Empieza a prostituirse, pero lo que gana pronto deja de ser suficiente. Entonces se convierte en la cómplice de Karim y cae con él en la delincuencia. A partir de ahí encadenan una serie de robos, a veces con violencia, que culminan en septiembre de 2000 con el atraco a un bar de apuestas hípcas cerca de la plaza de Stalingrad. El golpe se tuerce. El dueño del bar se resiste. Para asustarlo, Karim le dispara con una pistola de balines (el hombre perdió el ojo como consecuencia de la herida). Roba la caja y se reúne con Apolline, que lo espera fuera en una moto. Un coche patrulla acaba localizándolos y se inicia una persecución que termina, afortunadamente sin víctimas, en el bulevar de Poissonnière, justo enfrente del cine Grand Rex. En el juicio, condenan a Karim a ocho años de cárcel. A Apolline le cae la mitad.

«Pues claro...» Recordé entonces que algunas fechas de su página web me habían extrañado, como si hubiera un parón prolongado en el currículo de Apolline.

Pasa el tiempo. La joven sale del centro penitenciario de Fleury-Mérogis en 2003 y reconduce su vida. Retoma los estudios en Burdeos y luego en Montpellier y se casa con Rémi Chapuis, hijo de un abogado de allí, del que se divorcia al cabo de unos años sin haber tenido hijos. En 2012 vuelve a Burdeos, monta su negocio de enología y sale del armario tardíamente (de hecho, es una ex suya la que denuncia su desaparición en la comisaría de Burdeos).

Al final de la entrada del blog, Lafaury había escaneado un artículo viejo de *Le Parisien* que resumía el juicio de los «*Bonnie and Clyde* de la plaza Stalingrad». Una foto en blanco y negro mostraba a Apolline como una joven alta y frágil, de rostro alargado y mejillas chupadas, con la mirada baja. Karim era más bajito, fornido, enérgico y con expresión resuelta. Tenía fama de ser agresivo y violento cuando estaba colocado, pero durante el juicio tuvo una conducta intachable. En contra de la recomendación de su abogado, hizo todo lo que pudo por exculpar a Apolline. Una estrategia que no fue del todo mal.

Cuando terminé de leer la entrada, se me ocurrió que el hecho de revelar el pasado criminal de Apolline Chapuis podría servir para calmar los ánimos. Quizá su muerte no tuviera relación con Beaumont ni con sus habitantes. Quizá podría haber ocurrido en cualquier otro lugar. También me pregunté qué habría sido de Karim Amrani al salir del talego. ¿Habría vuelto a delinquir? ¿Habría intentado retomar el contacto con su antigua cómplice? ¿Realmente era él quien, en su momento, dominaba a Apolline, o no todo era tan sencillo? Me preguntaba, sobre todo, si a lo mejor el pasado tormentoso de Apolline había vuelto a alcanzarla, veinte años después, como un bumerán.

Como quería tomar notas para mi novela, agarré el ordenador, que estaba a los pies de la cama. Llevaba escribiendo frenéticamente desde la víspera, las páginas se llenaban solas. No sabía si lo que escribía servía para algo, pero lo que sí sabía era que el destino me había puesto en el camino una historia que alguien tenía que contar. Una historia real con más fuerza que la ficción y que

presentía que no había hecho más que empezar. ¿Por qué estaba yo tan convencido de que el asesinato de Apolline era solo la punta de un iceberg que apenas había empezado a emerger? Puede que el nerviosismo de la gente me resultase sospechoso, como si la isla albergase un secreto que no estaba dispuesta a revelar. En cualquier caso, yo me había convertido definitivamente en un personaje de novela, como en esos libros que leía de pequeño en los que el protagonista era uno mismo.

Esa sensación se intensificó aún más en el minuto siguiente. Sonó el móvil y en la pantalla apareció un número desconocido, aunque el prefijo parecía corresponder a la isla.

Al descolgar, reconocí de inmediato la voz de Nathan Fawles.

Me pidió que fuera a verlo a su casa.

Ya.

3.

Esta vez, Fawles no me recibió a escopetazos, sino con una buena taza de café. El interior de la casa era tal y como me lo había imaginado: espartano a la par que espectacular, mineral y acogedor. La casa perfecta para un escritor. No me costaba imaginar a figuras como Hemingway, Neruda o Simenon escribiendo aquí. O incluso a Nathan Fawles...

Este iba vestido con vaqueros, camisa blanca y jersey de cuello con cremallera, y le estaba dando de beber a su perro, el golden retriever de pelo rubio. Ahora que no llevaba el panamá ni las gafas de sol, por fin podía ver qué aspecto tenía realmente. Para ser sincero, no había envejecido mucho con respecto a las fotos de finales de la década de 1990. Aunque Fawles era de complexión media, su presencia resultaba imponente. Tenía la tez bronceada y los ojos claros como las aguas translúcidas que se vislumbraban a lo lejos. Llevaba barba de tres días y el pelo apenas estaba salpicado de canas. Emanaba de él algo inaprensible y misterioso, una fuerza a la vez grave y resplandeciente. Un resplandor oscuro del que uno no sabía si fiarse o no.

—Vamos a sentarnos fuera —sugirió mientras cogía un maletín de cuero desgastado que estaba encima de una silla Eames que debía de doblarme la edad.

Lo seguí a la terraza. Todavía hacía fresco, pero había salido el sol. En el extremo izquierdo, donde Fawles estaba montando guardia el día que lo conocí, las losas cedían el sitio a una extensión de tierra batida antes de que las rocas se impusieran. Debajo de tres pinos piñoneros inmensos, había una mesa de patas metálicas sujeta al suelo y flanqueada por dos bancos de piedra.

Fawles me invitó a sentarme y él tomó asiento enfrente.

—Voy a ir al grano —dijo clavando los ojos en los míos—. Te he pedido que vinieras porque te necesito.

—¿Me necesita?

—Necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda?

—Deja de repetir todo lo que te digo, es irritante. Necesito que hagas algo por mí, ¿lo pillas?

—¿El qué?

—Algo importante y peligroso.

—Pero..., si es peligroso, ¿qué gano yo a cambio?

Fawles colocó el maletín encima de la mesa, que estaba recubierta de baldosines.

—Ganas lo que hay dentro de este maletín.

—Y a mí qué me importa lo hay en el maletín ese.

Alzó los ojos al cielo.

—¿Cómo puedes decir que no te importa si ni siquiera sabes lo que es?

—Lo que quiero es que lea mi manuscrito.

Muy tranquilo, Fawles abrió el maletín y sacó la novela que yo le había arrojado la primera vez que nos vimos.

—¡Ya he leído tu texto, chaval! —me soltó, sonriente.

Me alargó el manuscrito de *La timidez de las cúspides*, a todas luces encantado de que hubiese caído en su trampa.

Empecé a pasar páginas febrilmente. Estaban anotadas largo y tendido. Fawles no solo había leído mi novela, sino que la había corregido con esmero, dedicándole mucho tiempo. De repente, empecé a agobiarme. Había podido soportar el rechazo de las editoriales y las palabras condescendientes de un imbécil como Bernard Dufy, pero ¿sería capaz de superar un sarcasmo de mi ídolo?

—¿Qué le ha parecido? —pregunté, paralizado.

—¿Con franqueza?

—Con franqueza. ¿Está fatal?

Fawles, por puro sadismo, se tomó un sorbo de café y todo el tiempo del mundo antes de soltarme:

—Para empezar, me gusta mucho el título, esa sonoridad, esa simbología...

Yo había dejado de respirar.

—Después, tengo que reconocer que está bastante bien escrito...

Suspiré de alivio, aunque sabía que, para Fawles, «bien escrito» no era necesariamente un cumplido, lo que, de hecho, se apresuró a recalcar:

—Diría incluso que está demasiado bien escrito.

Cogió a su vez el manuscrito y lo hojeó:

—He apuntado que me has birlado un par de rasgos estilísticos. Y también a Stephen King, a Cormac McCarthy y a Margaret Atwood...

Yo no sabía si se suponía que tenía que contestar algo. El sonido de las olas, al pie del acantilado, subía hasta nosotros con tanta fuerza que parecía que estábamos en el puente de un barco.

—Pero no es algo grave —prosiguió—, es normal tener modelos cuando se está empezando y, por lo menos, demuestra que has leído buenos libros.

Siguió pasando páginas para revisar sus anotaciones.

—Tiene giros argumentales y los diálogos, en general, están bien apañados; algunos son divertidos, no se aburre uno, la verdad...

—¿Pero?

—Pero falta lo esencial.

«Claro, cómo no...»

—¿Y qué es lo esencial? —pregunté, ofendido.

—¿A ti qué te parece?

—No lo sé. ¿La originalidad? ¿Las ideas nuevas?

—No, a las ideas que les den, las hay por todas partes.

—¿El motor de la historia? ¿La adecuación entre una buena historia y unos personajes interesantes?

—El motor déjaselo a los mecánicos. Y las ecuaciones, a los matemáticos. Eso no te va a convertir en un buen novelista.

—¿Dar con la palabra justa?

—Dar con la palabra justa viene bien en las conversaciones —se burló—. Pero un diccionario lo puede usar cualquiera para trabajar. Piensa, ¿qué es lo que importa de verdad?

—Lo que importa es que al lector le guste el libro.

—El lector importa, cierto. Escribes para él, estamos de acuerdo, pero intentar gustarle es la mejor forma de que no te lea.

—Bueno, pues entonces, no lo sé. ¿Qué es lo esencial?

—Lo esencial es la savia que irriga la historia. La que tiene que poseerte y recorrerte como una descarga eléctrica. La que tiene que quemarte las venas para que no tengas más remedio que llegar al final de la novela como si tu vida dependiera de ello. Eso es escribir. Eso es lo que va a cautivar y sumergir al lector hasta perder sus puntos de referencia y acabar tan metido en la historia como tú.

Digerí todo lo que acababa de decirme y me atreví a hacer una pregunta:

—Y en mi forma de escribir ¿qué es lo que falla, concretamente?

—Es demasiado seca. No noto ninguna premura. Y, sobre todo, lo más grave es que no noto ninguna emoción.

—¡Pues están ahí!

Fawles negó con la cabeza.

—Son falsas. Emociones artificiales, las peores...

Hizo crujir los dedos y detalló lo que pensaba:

—Una novela es emoción, no intelecto. Para provocar emociones primero hay que vivirlas. Tienes que sentir físicamente las emociones de tus personajes. De *todos* tus personajes: tanto héroes como villanos.

—¿En eso consiste realmente el oficio del novelista? ¿En crear emociones?

Fawles se encogió de hombros.

—Al menos, eso es lo que me espero yo cuando leo una novela.

—Cuando vine a pedirle consejo, ¿por qué me contestó que me dedicara a algo que no fuera querer convertirme en escritor?

Fawles suspiró:

—Porque no es un trabajo para los que tienen la mente sana. Es un trabajo para esquizofrénicos. Una actividad que requiere una disociación mental destructiva: para escribir tienes que estar a la vez en el mundo y fuera de él. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Creo que sí.

—Sagan lo formuló a la perfección: «El escritor es un pobre animal encerrado consigo mismo». Cuando escribes, ya no vives con tu mujer, tus hijos ni tus amigos. Más bien, finges que vives con ellos. Pero, en realidad, te pasas la existencia con tus personajes durante un año, o dos, o cinco...

Ya estaba lanzado:

—Ser novelista no es un trabajo a tiempo parcial. Si eres novelista, lo eres veinticuatro horas al día. Nunca tienes vacaciones. Siempre estás en guardia, siempre al acecho de una idea, de una expresión, de un rasgo de carácter que podría nutrir a un personaje.

Yo bebía las palabras de sus labios. Era estupendo que estuviera hablando de escribir con tanta pasión. Ese era el Nathan Fawles que yo esperaba conocer cuando fui a la isla de Beaumont.

—Pero merece la pena, ¿no es así, Nathan?

—Sí, merece la pena —respondió dejándose llevar—. ¿Y sabes por qué?

Sí, esta vez, creo que sí lo sabía:

—Porque, por un momento, eres Dios.

—Exactamente. Parece una tontería, pero, por un momento, delante de la pantalla, eres un demiurgo que puede hacer y deshacer destinos a su antojo. Y cuando has vivido esa euforia no hay nada que te ponga tanto.

Me lo había puesto demasiado a huevo:

—Entonces, ¿por qué lo dejó? ¿Por qué dejó de escribir, Nathan?

Fawles calló y se le endureció el rostro. Se le fue el brillo de los ojos. Pasaron de ser color turquesa a casi azul marino, como si un pintor acabase de diluir en ellos unas gotas de tinta negra.

—Joder...

Aquella palabra que murmuró en voz baja casi se le había escapado. Se había quebrado algo.

—Dejé de escribir porque ya no me quedaban fuerzas, por eso.

—Pero parecía estar en buena forma. Y por entonces solo tenía treinta y cinco años.

—Te estoy hablando de fuerza psicológica. Ya no tenía ni el estado de ánimo ni la agilidad mental que hacen falta para escribir.

—¿Por qué?

—Eso es asunto mío —respondió, volviendo a guardar mi texto en el maletín, que se cerró con un chasquido.

Y comprendí que la clase magistral de literatura había terminado y que pasábamos a otra cosa.

4.

—Bueno, ¿estás dispuesto a ayudarme o qué?

Fawles, severo, me miró fijamente a los ojos y ya no pude apartar la mirada.

—¿Qué quiere que haga?

—Primero, que busques información sobre una mujer.

—¿Quién?

—Una periodista suiza que está en la isla. Una tal Mathilde Monney.

—¡Ya sé quién es! —exclamé—. No sabía que era periodista. Estuvo en la librería este fin de semana. ¡Y hasta compró todos sus libros!

Esa información dejó a Fawles de piedra.

—¿Qué quiere saber de ella exactamente?

—Todo lo que puedas recabar: por qué está aquí, a qué dedica el día, a quién ve, qué le pregunta a la gente...

—¿Cree que quiere escribir un artículo sobre usted?

Una vez más, Fawles hizo caso omiso de mi pregunta.

—Luego, quiero que vayas adonde está alojada y entres en su habitación...

—¿Y qué pasa con ella?

—¡Nada, hombre! Entrás en su habitación cuando no esté.

—Eso es ilegal...

—Si solo quieres hacer cosas que estén permitidas, nunca serás un buen novelista. Ni siquiera un artista. La historia del arte es la historia de la transgresión.

—Está jugando con las palabras, Nathan.

—Es lo que hacen los escritores.

—Creía que usted ya no era escritor.

—Escritor un día, escritor toda la vida.

—No es que sea una gran cita para un premio Pulitzer, ¿no?

—A callar.

—Bueno, ¿y qué se supone que voy a encontrar en la dichosa habitación?

—No lo sé exactamente. Fotos, artículos, material informático...

Se sirvió otra taza de café y bebió un trago, torciendo el gesto.

—Luego quiero que peines internet para sacar todo lo que puedas sobre Mathilde, y después...

Yo ya había desfundado el móvil para empezar a buscar, pero Fawles me detuvo:

—¡Primero, escucha! Y no te molestes: aquí no hay ni wifi ni cobertura.

Solté el teléfono como un alumno al que han pillado *in fraganti*.

—Quiero que también busques cosas sobre dos personas: Apolline Chapuis y...

Lo interrumpí, con los ojos como platos:

—¿La mujer asesinada?

Fawles frunció el entrecejo.

—¿Qué estás diciendo?

Por la cara que puso, me di cuenta de que el escritor vivía tan aislado que no tenía constancia de la existencia y las circunstancias de la tragedia que llevaba días sacudiendo Beaumont. Lo puse al tanto de todo lo que sabía: el asesinato de Apolline, el cuerpo congelado, su pasado delictivo junto a Karim Amrani y el bloqueo de la isla.

A medida que desgranaba la información, iba viendo cómo el estupor se le reflejaba en los ojos y en el rostro. De la preocupación inicial que yo le había notado al llegar había pasado a un pavor absoluto y una angustia palpable que ocupaban todo su ser.

Cuando terminé de hablar, Fawles estaba noqueado. Tardó un rato en rehacerse, pero al final recuperó el aplomo. Y, tras vacilar, compartió a su vez los datos que tenía, haciéndome partícipe de la historia que le había contado Mathilde Monney la noche anterior: el itinerario increíble de la cámara de fotos que habían perdido Apolline y Karim. De entrada, no lo entendí del todo. La acumulación de hechos me impedía ver qué vinculación tenían. Quería hacerle muchas preguntas a Fawles, pero no me dejó tiempo. Según acabó su relato, me agarró por el brazo y me condujo a la entrada.

—¡Vete ya a registrar la habitación de Mathilde!

—Ahora mismo no puedo. Tengo que ocuparme de la librería.

—¡Búscate la vida! —gritó—. ¡Tráeme información!

Me dejó dando un tremendo portazo. Comprendí que se trataba de una situación grave y de que más me valía hacer lo que Fawles me había pedido.

7

A pleno sol

Hic sunt dracones
(Aquí hay dragones)¹

1.

Extremo sudoeste de la isla.

Mathilde Monney cerró de golpe la portezuela de la camioneta, arrancó el motor y dio media vuelta en el camino de grava. Desde fuera, la pensión en la que vivía la periodista parecía un *cottage* inglés. Una casita de vigas vistas y tejado de heno cuya fachada de roca marmórea habían colonizado los rosales trepadores. Por detrás había un jardín silvestre que se prolongaba hasta un viejo puente con dos arcos por el que se llegaba a la península de Santa Sofía.

Yo solo había estado dos veces en la costa sur. La primera, para entrever el monasterio donde vivían las benedictinas, que estaba muy cerca, y la segunda, en compañía de Ange Agostini, el día que apareció el cadáver de Apolline cerca de Tristana Beach. Cuando llegué a la isla, Audibert me explicó que, históricamente, esa parte de Beaumont era el lugar favorito de los anglófonos. De hecho, a Mathilde la alojaba una anciana irlandesa. La casa pertenecía desde hacía lustros a Colleen Dunbar, una arquitecta retirada que redondeaba ingresos alquilando la habitación del primer piso en régimen de *bed & breakfast*.

Para ir hasta allí, renuncié a la bici (había pinchado de camino a casa de Fawles) y alquilé, delante del Ed's Corner, un escúter que dejé escondido en un arbusto. Había tenido que negociar duramente con Audibert para cogerme la mañana. El librero estaba cada vez más receloso, como si cargase sobre sus hombros con toda la miseria del mundo.

Mientras esperaba a tener vía libre, bajé por las rocas hasta un lugar donde no eran tan escarpadas. Desde mi puesto de observación, disfrutaba de la belleza apabullante de ese rincón en estado salvaje, sin perder de vista la casita. Veinte minutos antes, había visto a la anciana Dunbar saliendo de casa. La había recogido su hija para ir a hacer la compra. Mathilde se disponía a hacer otro tanto. La camioneta se alejó de la finca y torció hacia el oeste, donde el tramo de carretera era llano y recto. Esperé hasta que la perdí de vista para salir de mi escondite, trepar por las rocas y encaminarme hacia la casa.

Un vistazo rápido a mi alrededor me tranquilizó. No había ningún vecino cerca. El convento debía de estar a más de cien metros. Fijándome mucho, pude distinguir a tres o cuatro monjas trajinando en el huerto, pero en cuanto di la vuelta a la casa ya no hubo posibilidad de que me vieran.

Para ser sincero, la perspectiva de hacer algo prohibido me disgustaba. Toda mi vida había estado atrapado voluntariamente en el «síndrome del estudiante». Era hijo único y pertenecía a esa clase media con un equilibrio presupuestario delicado. Mis padres siempre habían invertido mucho (tiempo, esfuerzo y el poco dinero que ganaban) en que me fuese bien en los estudios y me convirtiera en «un hombre de provecho». Desde pequeño me esmeraba para no decepcionarlos y

no meter la pata. Y esta faceta de *boy-scout* se había convertido en mi otro yo. Mi adolescencia había sido como un largo y plácido río. No había pasado de fumarle tres pitillos en el recreo a los catorce años o saltarme un par de semáforos en rojo con el escúter, grabar alguna peli porno en Canal+ y partirle la nariz a un tío por pasarse al robarme el balón en un partido de fútbol.

En la universidad, la misma calma chicha. Me cogí un par de pedos, me llevé «sin querer» la pluma de madera de *amourette* de un compañero de la facultad y birlé un volumen de la Pléiade de Georges Simenon en la librería L'Œil Écoute del bulevar de Montparnasse. Más adelante, la librería cerró y, cada vez que pasaba por delante de la tienda de ropa que la había sustituido, me preguntaba si habría contribuido en alguna medida a que quebrase.

Bromas aparte, nunca había fumado porros ni probado ninguna otra droga (la verdad es que ni siquiera habría sabido cómo conseguirlas). No era juerguista, necesitaba mis ocho horas de sueño todas las noches y llevaba dos años trabajando todos los días, incluidos fines de semana y vacaciones, ya fuera escribiendo mi libro, ya fuera en trabajillos para pagar el alquiler. En una novela, habría encarnado a las mil maravillas al joven ingenuo y sentimental al que las investigaciones y las peripecias acaban curtiendo.

De modo que me dirigí hacia la entrada procurando adoptar una actitud desenfadada. Todo el mundo me había asegurado que en Beaumont nadie cerraba nunca la puerta. Giré el picaporte, pero, para mi desesperación, permaneció bloqueado. Una leyenda más que los vecinos de la isla debían de contarles a los turistas o a los infelices crédulos como yo. O puede que, tras aparecer el cadáver de Apolline a pocos kilómetros de allí, la periodista se hubiese vuelto más prudente.

Tendría que cometer un allanamiento. Me fijé en la puerta acristalada de la cocina, pero me pareció que los vidrios eran demasiado gruesos para romperlos sin hacerme daño. Fui a la parte de atrás de la casa. A lo lejos, las monjas parecían haberse retirado del huerto. Intenté darme ánimos. Bastaba con encontrar un cristal menos resistente y reventarlo de un codazo. En una terraza de obra bastante chapucera, la irlandesa había colocado una triste mesa de teca grisácea y tres sillas totalmente abrasadas por el sol, la lluvia y el salitre. Y ahí, detrás de ese salón veraniego, me llevé la agradable sorpresa de ver que una de las hojas de la puerta acristalada se había quedado abierta. Demasiado bueno para ser verdad.

2.

Me metí en el salón. Estaba tranquilo y caldeado en exceso. Flotaba un olor tibio y dulzón a tarta de manzana con canela. La decoración iba a juego: una bombonera de estilo *british*, con profusión de velas, mantitas escocesas, cortinas floreadas, tapicerías románticas y platos en las paredes.

Me disponía a subir las escaleras cuando oí un ruido. Me di la vuelta a tiempo para ver a un gran danés abalanzándose sobre mí. Se paró a menos de un metro, en posición de ataque. Era una mole de músculos enorme con el pelo oscuro y lustroso que me llegaba a la altura de la pelvis. Con las orejas erguidas, me miraba fija y amenazadoramente mientras emitía unos gruñidos aterradores. Llevaba al cuello una especie de medalla grande y grabada con la inscripción «Little Max». Un nombre que debió de ser muy gracioso cuando el perro tenía dos o tres meses, pero que ahora resultaba poco apropiado. Quise batirme en retirada, pero eso no impidió que el gran danés me embistiera. Lo esquivé *in extremis* y me lancé escaleras arriba, subiendo los peldaños de tres en tres y notando al perrazo dispuesto a hincarme los colmillos en la pierna. Haciendo un esfuerzo, me impulsé hasta lo alto de la escalera, me metí en el primer cuarto que encontré y, literalmente, le cerré al perro la puerta en las narices.

Mientras él arremetía contra el batiente con ladridos furiosos, yo recuperé el aliento y me serené. Por suerte (es un decir, porque había estado a punto de perder un pie), me encontraba a

todas luces en la habitación que tenía alquilada Mathilde.

Era una especie de estudio, con vigas vistas de madera clara y poseída por el espíritu de Laura Ashley. Había ramos de flores secas encima de todos los muebles, envejecidos y pintados en colores pastel, y motivos campestres y bucólicos estampados en las cortinas y la colcha. Pero Mathilde había transformado el *bed & breakfast* en un extraño cuarto de trabajo. Una auténtica *war room* dedicada a una obsesión: Nathan Fawles.

La butaquita de terciopelo rosa estaba cubierta de libros y carpetas. La mesa principal hacía las veces de escritorio y el bonito tocador con espejo, de mueble para la impresora. En el puesto de trabajo no había ningún ordenador, pero sí decenas de artículos impresos y subrayados con rotulador fluorescente. Yo conocía esos papeles. Eran los que siempre aparecían cuando buscabas en internet: las mismas entrevistas antiguas de la década de 1990, hechas antes de que Fawles dejara de escribir, y también los dos artículos de referencia, el de *The New York Times* en 2010, «The invisible man», y el del *Vanity Fair* estadounidense de hacía tres años, «Fawles or False? (and Vice Versa)».

Mathilde también había anotado los tres libros del escritor e impreso muchas fotos de Nathan. En concreto, pantallazos de su última intervención en el programa de Bernard Pivot, *Bouillon de culture*. Por algún motivo que yo ignoraba, la periodista había enfocado en primer plano... los zapatos que llevaba puestos Fawles en el programa. Miré los papeles más detenidamente. A base de meterse en foros especializados, Mathilde creía haber localizado el modelo concreto: unos botines Weston con la referencia «Cambre 705» de piel de vacuno marrón con elástico.

Me rasqué la cabeza. ¿A qué venía todo aquello? La periodista no estaba escribiendo la enésima serpiente de verano sobre el enclaustrado de la isla de Beaumont. Su investigación sobre Fawles más bien parecía de carácter policial. Pero ¿qué motivos tenía?

Al abrir las carpetas de cartón que se amontonaban encima de la butaquita, descubrí otra cosa: fotos hechas con teleobjetivo de un hombre que aparecía en distintos lugares. Un magrebí cuarentón vestido con camiseta y cazadora vaquera. Reconocí de inmediato el decorado: el departamento de Essonne, en concreto, la ciudad de Évry. No cabía duda. Había suficientes fotos. La catedral de estilo controvertido, el centro comercial Évry 2, el parque de Coquibus y la explanada de la estación de Évry-Courcouronnes. Durante el último curso en la escuela de negocios tuve una novia que vivía allí. Joanna Pawlowski, tercera dama de honor en el concurso de Miss Isla de Francia 2014; la cara más bonita que te puedas imaginar. Ojazos verdes, rubio polaco y una forma de moverse grácil y delicada. La acompañaba a casa muchas veces después de clase. Durante el trayecto interminable (la línea D del RER desde la estación del Norte hasta Évry), intentaba convertirla a la religión lectora que yo profesaba. Le regalé mis libros favoritos (*Le roman inachevé*, *El húsar en el tejado*, *Bella del Señor...*), pero no sirvió de nada. Aunque Joanna tenía apariencia de heroína romántica, era de todo menos romántica. Yo era un soñador y ella, prosaica. Ella tenía los pies en la tierra, mientras que mi territorio era el de los sentimientos. Cortó conmigo al mismo tiempo que dejó de estudiar para ponerse a trabajar en una joyería de un centro comercial. Al cabo de seis meses me citó en un café para contarme que se iba a casar con Jean-Pascal Péchard (apodado JPP), un encargado de sección en un supermercado del mismo centro. Los poemas que yo había seguido escribiéndole no estaban a la altura del chalé en Savigny-sur-Orge por el que JPP se había hipotecado los próximos veinticinco años. Para consolar mi orgullo herido, me juré que algún día Joanna lo lamentaría, cuando me viera hablar de mi primera novela en *La Grande Librairie*². Pero, mientras tanto, me había dejado bastante hundido. Cada vez que me acordaba de Joanna o miraba una foto suya en el móvil, me costaba un buen rato admitir que la delicadeza de sus rasgos no tenía nada que ver con la de su mente. De

hecho, ¿por qué deberían estar relacionadas? Se trataba de una obviedad falsa que tenía que meterme en la cabeza para no llevarme más chascos.

Un ladrido del gran danés detrás de la puerta me sacó de mi ensimismamiento y me recordó que el tiempo apremiaba. Volví a fijarme en las fotos. Estaban fechadas el 12 de agosto de 2018. ¿Quién las había hecho? ¿Un poli, un detective privado, la propia Mathilde? Y, sobre todo, ¿quién era ese hombre? De repente, en una pose en la que se le apreciaba mejor la mirada, lo reconocí: era Karim Amrani, con veinte años más y otros tantos kilos.

Al parecer, tras la estancia en la cárcel, el antiguo macarrilla del bulevar de la Chapelle se había afincado en el departamento de Essonne. En otras fotos se lo veía hablando con unos mecánicos, entrando y saliendo de un taller, como si fuera el encargado o el dueño. ¿Se habría regenerado, igual que Apolline? Y, siguiendo la misma pauta, ¿también estaría amenazada su vida? Yo no tenía tiempo ni elementos para responder a esas preguntas. Dudé si debía llevarme esos documentos. Para no dejar rastros de que había estado allí, al final decidí fotografiar los más importantes con el móvil.

Se me seguían agolpando las preguntas en la cabeza. ¿Por qué a Mathilde le interesaba Amrani? Seguramente por la historia aquella de la cámara, pero ¿qué relación tenía con Fawles? Con la esperanza de descubrirlo, antes de irme registré más a fondo la habitación y el cuarto de baño. No había nada debajo del colchón ni en los cajones y armarios. Destapé la cisterna para inspeccionar el interior y sondeé la tarima con el pie: tenía tramos poco estables, pero no encontré ninguna tabla suelta que sirviera de escondite.

En cambio, detrás del retrete, un rodapié saltó en cuanto lo toqué. Sin acabar de creérmelo, me agaché y metí el antebrazo por la ranura, donde descubrí un grueso fajo de cartas sujetas con una goma. Cuando me disponía a examinarlas, oí un motor. Little Max dejó de desgañitarse detrás de la puerta y se lanzó escaleras abajo. Colleen Dunbar y su hija ya estaban de vuelta. Como el tiempo apremiaba, doblé el fajo de cartas y me lo metí en el bolsillo interior de la cazadora. Esperé a que las dos mujeres desaparecieran de mi campo de visión para abrir la ventana de guillotina, que daba al tejado de un cobertizo. Desde allí salté al césped y, con las piernas temblando, crucé la carretera corriendo, hacia el escúter.

Mientras arrancaba, oí unos ladridos a mi espalda. El gran danés me perseguía. El ciclomotor eléctrico renqueó los primeros metros, subiendo trabajosamente a cuatro kilómetros por hora, pero gracias a una pendiente providencial cogió velocidad y le saqué un dedo al perro cuando vi que renunciaba y se volvía a casa con el rabo entre las piernas.

Fuck you, Little Max...

3.

El sol estaba alto y cálido como si hubiese vuelto el verano. El viento se había templado y soplaba más flojo. Vestida con un pantalón corto de lona y una camiseta de Blondie, Mathilde brincaba ágilmente por las rocas.

La cala de los Pinos era uno de los lugares más espectaculares de la isla, una garganta profunda y angosta que se abría en la roca de una blancura cegadora.

Llegar hasta allí requería un merecido esfuerzo. Mathilde había dejado el coche aparcado en el terraplén de la playa de las Ondas y luego había enfilado el sendero excavado en el granito, como un laberinto. Tardó una hora larga en llegar a la cala. El camino arrancaba con un falso llano y se iba empinando a lo largo de un borde escarpado y muy accidentado, que ofrecía panorámicas tan salvajes como fabulosas.

Luego venía la bajada hacia el mar (un auténtico camino de cabras). Los últimos metros eran

los más difíciles porque eran muy abruptos, pero merecía la pena jugársela. Al llegar a la playa, daba la sensación de haber recalado en un paraíso perdido en el fin del mundo: agua turquesa, arena ocre, la sombra de los pinos y el aroma embriagador de los eucaliptos. Incluso había unas grutas cerca, pero estaba prohibido contárselo a los turistas.

La playa, en forma de media luna y resguardada del viento por los acantilados de granito, no era muy extensa. En los meses de julio y agosto a veces se quedaba pequeña por culpa de la afluencia de gente, pero en esa mañana de octubre estaba desierta.

A unos cincuenta metros enfrente de la cala se alzaba un islote, un pico orientado hacia el cielo que se llamaba la Punta dell'Ago. Cuando llegaba el buen tiempo, los adolescentes temerarios se divertían escalándolo descalzos para luego tirarse al mar. Era uno de los ritos iniciáticos de la isla.

A través de las gafas de sol, Mathilde miraba fijamente el horizonte. Fawles había echado el ancla junto al pico rocoso. Los cromados del Riva y el casco de caoba barnizada brillaban bajo el sol de la tarde. Era casi casi como estar en Italia en tiempos de la *dolce vita* o en una bahía de Saint-Tropez en los años sesenta.

Mathilde le hizo señas desde lejos, pero él no parecía estar dispuesto a acercarse a la costa para que embarcara.

«Si Mahoma no va a la montaña...»

Al fin y al cabo, llevaba el bañador puesto. Se quitó el pantalón y la camiseta y los metió en el bolso, que encajó al pie de las rocas para llevarse solo la funda impermeable que protegía el móvil.

El agua estaba fría, pero límpida. Se adentró en el mar dos o tres metros y se zambulló sin pensárselo. Le recorrió el cuerpo una onda helada que se fue atenuando con los movimientos de braza. La joven llegó al Riva en línea recta. De pie y al volante, vestido con polo azul marino y pantalón claro, Fawles la observaba acercarse con los brazos cruzados. Su expresión, oculta tras las gafas de sol, era indescifrable. Cuando Mathilde estuvo a solo unas brazadas de la lancha, le tendió la mano, pero pareció vacilar un instante antes de ayudarla a subir a la embarcación.

—Por un momento he creído que iba usted a ahogarme.

—Quizá debería haberlo hecho —dijo él ofreciéndole una toalla.

Ella se sentó en el banco corrido tapizado de piel azul turquesa (el famoso aguamarina de Pantone que le daba nombre al barco).

—¡Qué recibimiento! —exclamó ella secándose el pelo, el cuello y los brazos.

Fawles se acercó.

—Esta cita no ha sido buena idea. He tenido que sacar el barco a pesar del bloqueo.

Mathilde separó los brazos.

—¡Si ha venido es porque mi historia le ha despertado la curiosidad! ¡La verdad tiene un precio!

Fawles tenía cara de no estar de humor.

—¿Todo esto le hace gracia? —preguntó.

—Bueno, ¿quiere saber cómo sigue la historia, sí o no?

—¡No se crea que se lo voy a suplicar! Tiene usted más ganas de contarla que yo de oírla.

—Muy bien. Como quiera.

Hizo amago de zambullirse, pero él la retuvo por el brazo.

—¡Déjese de niñerías! Dígame lo que había en las fotos de la cámara.

Mathilde agarró la correa de la funda impermeable que había dejado en el asiento, encendió el móvil, abrió la galería y subió el brillo al máximo antes de enseñarle a Fawles las fotos que había

seleccionado.

—Estas son las últimas fotos que se hicieron, en julio de 2000.

Fawles las miró pasando el dedo por la pantalla. Eran exactamente lo que se esperaba, fotos de las vacaciones en Hawái de los dos matones que habían perdido la cámara: Apolline y Karim en la playa, Apolline y Karim echando un polvo, Apolline y Karim de borrachera, Apolline y Karim buceando...

Las otras imágenes que le enseñó Mathilde eran más antiguas; se remontaban a un mes antes. Fawles las fue pasando y fue como recibir un puñetazo en el estómago. Se veía a una familia de tres personas celebrando un cumpleaños. Un hombre, una mujer y el hijo, de unos diez años. Era primavera y habían cenado en la terraza. Estaba anocheciendo, pero el cielo aún estaba sonrosado. En segundo plano se distinguían unos árboles y se reconocían los tejados de París e incluso la silueta de la Torre Eiffel.

—Fíjese en el niño —le pidió Mathilde con la voz tensa, eligiendo un primer plano.

Protegiendo la pantalla de la luz del sol, Fawles se detuvo en el chiquillo: cara traviesa, ojos brillantes detrás de unas gafas de montura roja, el pelo rubio y revuelto, y la bandera tricolor pintada en las mejillas. Llevaba puesta la camiseta azul de la selección de fútbol francesa y formaba con los dedos la V de la victoria. Parecía un buen chico, dulce y divertido.

—¿Sabe su nombre? —preguntó Mathilde.

Fawles negó con la cabeza.

—Se llamaba Théo —dijo ella—. Théo Verneuil. Esa noche estaba celebrando su undécimo cumpleaños. Fue el domingo 11 de junio de 2000, la tarde del primer partido de la selección francesa en la Eurocopa de fútbol.

—¿Por qué me lo enseña?

—¿Sabe lo que le pasó? Aproximadamente tres horas después de que se hiciera esta foto, esa misma noche, a Théo lo mataron de un tiro por la espalda.

4.

Fawles ni se inmutó. Pasó el dedo por la pantalla para examinar más atentamente las fotos de los padres del chiquillo. El padre, de unos cuarenta años bien llevados, con mirada despierta, tez bronceada y mandíbula resuelta, encarnaba cierta seguridad en sí mismo, una voluntad de actuar sin echarse atrás. La madre, una mujer morena y guapa con un moño elaborado, aparecía más retirada.

—¿Sabe quiénes son? —preguntó Mathilde.

—Sí, es la familia Verneuil. En su momento, se habló de su caso lo bastante como para acordarme.

—¿Y de qué se acuerda exactamente?

Con los ojos entornados, Fawles se rascó la barba incipiente con la palma de la mano.

—Alexandre Verneuil era una figura conocida en la medicina humanitaria, próximo a la izquierda. Formaba parte de la segunda generación de *french doctors*³. Escribió varios libros y apareció alguna vez en los medios para hablar de bioética o de injerencia humanitaria. Si no recuerdo mal, el gran público empezaba a conocerlo cuando lo asesinaron en su casa, junto a su mujer y su hijo.

—Su mujer se llamaba Sofia —precisó Mathilde.

—De eso no me acordaba —dijo Fawles alejándose del banco—. Pero sí recuerdo muy bien que lo que más le impresionó a la gente fueron las circunstancias de los crímenes. El asesino, o puede que los asesinos, entró en casa de los Verneuil y masacró a toda la familia, pero la

investigación nunca llegó a determinar el móvil de los asesinatos ni el nombre del o los culpables.

—Sobre el móvil, siempre se creyó que fue el robo —matizó Mathilde acercándose a la proa del barco—. Desaparecieron varios relojes caros, joyas... y una cámara de fotos.

Fawles empezaba a entenderlo.

—O sea que su tesis es esa: cree haber encontrado a los asesinos de la familia Verneuil gracias a esas fotos. ¿Piensa que Chapuis y Amrani mataron a los Verneuil solo para robarles? ¿Que mataron a un crío por cuatro baratijas?

—¿No ve que se sostiene? Esa misma noche entraron a robar en otra casa del mismo edificio, en el piso de encima. Puede que el segundo saliera mal.

Fawles se impacientó.

—¡Tampoco vamos a resolverlo ahora usted y yo!

—¿Y por qué no? Por aquel entonces, Apolline y Karim cometieron cantidad de robos. Él era yonqui y siempre necesitaban más dinero.

—En las fotos de Hawái no tiene mucha pinta de yonqui.

—¿Cómo consiguieron la cámara de fotos si no fue robándola?

—Mire, me importa un bledo el asunto ese y no entiendo qué tiene que ver conmigo.

—¡Han encontrado a Apolline clavada a un árbol a pocos cables de aquí! ¿No se da cuenta de que el caso Verneuil está resurgiendo aquí, en la isla?

—¿Y qué espera usted de mí?

—Que escriba el final de la historia.

A Fawles se le empezaba a notar la exasperación.

—¡Explíquemelo! ¿Por qué tiene tantas ganas de remover ese caso trasnochado? ¿Solo porque un cateto de Alabama le ha enviado unas fotos viejas por correo electrónico se cree de repente que tiene una misión?

—¡Eso mismo! Porque a mí me gusta la gente.

Él la imitó exagerando el tono.

—«Me gusta la gente», ¡menuda memez! ¿Sabe lo ridículo que suena?

Mathilde contrató:

—Lo que quiero decir es que lo que les pasa a mis semejantes no me es ajeno.

Fawles empezó a andar a lo largo y ancho del barco.

—Pues, en tal caso, en vez de a esto dedíquese a escribir artículos para alertar a sus «semejantes» del cambio climático, la saturación de los océanos, la desaparición de animales salvajes, la pérdida de la biodiversidad... Prevéngalos contra la plaga de la información manipulada. Póngalo en contexto, añada distancia, perspectiva. Trate el tema de la educación y la sanidad públicas, que están al borde del colapso; del imperialismo de las grandes multinacionales; de la situación en las cárceles y...

—Ya está bien, Fawles, lo he pillado. Gracias por la clase de periodismo.

—¡Dedíquese a hacer algo útil, caramba!

—Hacer justicia a los muertos es útil.

Fawles se detuvo y la amenazó con el índice.

—Los muertos están muertos. Y ya le digo yo que, estén donde estén, sus articulitos se la traen floja. En cuanto a mí, NUNCA voy a escribir una sola línea sobre ese caso. Ni sobre ningún otro, por cierto.

Harto, Fawles se alejó y se sentó en el puesto de mando. Detrás del parabrisas de formato cinemascopé, se quedó absorto contemplando la línea del horizonte, como si estuviese deseando estar, a su vez, a miles de kilómetros de distancia de allí.

Mathilde volvió a la carga poniéndole el teléfono debajo de las narices, con la foto de Théo Verneuil en la pantalla.

—¿Encontrar a los culpables de tres asesinatos, incluido el de un niño, lo deja frío?

—¡Sí, porque no soy policía! ¿Quiere reabrir una investigación de hace veinte años? Pero ¿a santo de qué? Que yo sepa, no es jueza.

Hizo ademán de golpearse la frente con la palma de la mano.

—Ah, no, se me olvidaba, es periodista. ¡Aún peor!

Mathilde ignoró el ataque.

—Quiero que me ayude a desenmarañar los hilos de esta historia.

—Aborrezco sus métodos miserables y todo lo que representa. Se aprovechó de que estaba en una situación vulnerable para secuestrar a mi perro y ponerse en contacto conmigo. Me las pagará, odio a la gente como usted.

—De eso creo que me había dado cuenta. ¡Y pare ya con el chucho! Le estoy hablando de un niño. Si fuera su hijo, querría saber quién lo mató.

—Es un razonamiento inepto, porque no tengo hijos.

—¡Pues claro que no, porque no quiere a nadie! Ay, sí, quiere a sus personajes, a esos seres de papel insignificantes que salen directamente de su imaginación. Resulta mucho más cómodo.

Se golpeó la frente.

—¡No, qué va! ¡Ni siquiera! Puesto que el gran escritor ha decidido dejar de escribir. Ni siquiera la lista de la compra, ¿no es así?

—¡Lárguese de aquí, estúpida! ¡Fuera!

Mathilde no se movió ni un centímetro.

—No nos dedicamos a lo mismo, Fawles. Mi trabajo consiste en hacer que brille la verdad. No me conoce. Lo conseguiré. Llegaré hasta el final.

—Haga lo que le dé la gana, me trae al paio, pero no vuelva a rondar por mi casa nunca más.

Ella lo amenazó apuntándolo a su vez con el índice:

—Pues claro que voy a volver, le doy mi palabra. Volveré, y la próxima vez *tendrá* que ayudarme a ponerle punto final a esta historia, que enfrentarse a, ¿cómo lo llama usted?, ah, sí, a la «indecible verdad».

Esta vez Fawles no se contuvo y se abalanzó hacia Mathilde. La lancha se bamboleó y la joven soltó un grito. Con todas sus fuerzas, Fawles la levantó en vilo y la lanzó al mar con el teléfono móvil.

Rabioso, arrancó el motor del Riva y puso rumbo a La Cruz del Sur.

¹ Expresión latina que se utilizaba en la cartografía medieval para señalar los territorios desconocidos o peligrosos.

² Programa literario de la cadena de televisión francesa France 5, heredero directo de *Apostrophes* (véase la nota 1). (*N. de la T.*)

³ El grupo de médicos franceses que fundó Médicos Sin Fronteras. (*N. de la T.*)

Toda persona es una sombra

Una persona [...] es una sombra en la que nunca podemos penetrar [...], una sombra en la que podemos imaginar que brillan, alternativamente y con la misma verosimilitud, el odio y el amor.

Marcel PROUST

1.

Tras la tormentosa expedición a la casita de Colleen Dunbar (que culminó con mi victoria en el cara a cara con Little Max), regresé al pueblo, donde hallé refugio en una mesa de Las Flores de la Malta. Para evitar el barullo de la terraza, me replegué en el interior, en el hueco de una ventana con vistas al mar. Delante de un cacao caliente, leí y releí las cartas que había sustraído de la habitación de Mathilde. Eran todas de la misma mano y el corazón me dio un vuelco cuando reconocí la letra fina e inclinada de Nathan Fawles. No me cabía ninguna duda, porque había visto en internet varias copias escaneadas de los manuscritos de sus novelas que había donado a la biblioteca municipal de Nueva York.

Había unas veinte cartas de amor, sin sobre, enviadas desde París a Nueva York. Solo algunas tenían fecha, con un intervalo que abarcaba de abril a diciembre de 1998. Las firmaba «Nathan» y estaban dirigidas a una mujer misteriosa de nombre desconocido. La mayoría arrancaban con «Amor mío», pero en una de ellas Fawles indicaba que su inicial era la letra S.

Interrumpí varias veces la lectura. ¿Tenía derecho a enterarme impunemente de lo que ponía en esas cartas y penetrar así en la intimidad de Fawles sin autorización? Todo mi ser me gritaba que no lo tenía, pero ese dilema moral no había podido contener la curiosidad que sentía y la sensación de estar leyendo un documento único y fascinante.

Aquella correspondencia, a la vez literaria y sentimental, retrataba a un hombre locamente enamorado y a una mujer sensible, incandescente y llena de vida; una mujer de la que, por entonces, Fawles, a todas luces, estaba separado, aunque la lectura no me aportaba información sobre los obstáculos que impedían a los amantes juntarse más a menudo.

En conjunto, las cartas constituían una obra de arte híbrida, una mezcla de intercambio epistolar clásico y de relatos ilustrados con unas acuarelas pequeñitas y magníficas en tonos ocres. No era lo que se dice una conversación. No eran el tipo de cartas en las que la gente cuenta qué ha hecho durante el día o lo último que ha comido. Se trataba de una especie de himno a la vida y a la necesidad de amar, a pesar del dolor que provocaba la ausencia, de la locura del mundo y de la guerra. Ese tema de la guerra impregnaba todos los textos: la lucha, el desgarrar, la opresión..., pero no resultaba fácil captar si Fawles se refería a un conflicto armado en curso o si estaba desarrollando una metáfora.

En cuanto al estilo, el texto estaba cuajado de destellos, de giros audaces, de alusiones bíblicas... Revelaba una faceta nueva del talento de Fawles. La musicalidad me recordaba a Louis Aragon y a algunos de los poemas que le dedicó a Elsa Triolet, o al Apollinaire «de

soldado en el frente». La intensidad de algunos pasajes me remitía a las *Cartas de la monja portuguesa*. Estas alcanzaban tal perfección formal que llegué a plantearme si no serían un mero ejercicio literario. ¿Aquella S. había existido de verdad o no era más que un símbolo? La encarnación del objeto amoroso. Algo universal que se dirigía a todos los amantes.

Al leerlas por segunda vez descarté esa impresión. No, el texto todo rezumaba sinceridad, intimidad, ardor, esperanza y proyectos de futuro. Aunque los arrebatos también quedaban velados por una amenaza potencial que flotaba a veces entre líneas.

La tercera vez que las leí, se me ocurrió otra hipótesis: S. estaba enferma y la guerra que se mencionaba era la de una mujer contra la enfermedad. Pero la naturaleza y los elementos meteorológicos también tenían un papel importante en las cartas. Aparecían paisajes con contrastes, precisos a la par que poéticos. Fawles se asociaba al sol y a la luz del sur, o al cielo metálico neoyorquino. S. se asociaba a algo más triste: montañas, un cielo plomizo, temperaturas gélidas y una «noche precoz que se cierne sobre la tierra de lobos».

Miré la hora en el móvil. Había acordado con Audibert cogerme la mañana, pero tenía que volver a mi puesto a las dos. Leí por encima las cartas una última vez y entonces surgió una pregunta obvia: ¿hubo otras misivas o algún acontecimiento había acabado bruscamente con aquella atracción física e intelectual? Por encima de todo, me preguntaba qué mujer había podido inspirarle a Fawles sentimientos tan apasionados. Me había leído prácticamente todo lo que había sobre él, pero, incluso cuando Fawles aún hablaba con los medios, nunca había soltado prenda de su vida privada. De repente, se me ocurrió una idea: ¿y si Fawles era homosexual? ¿Y si S. («el ángel de cabello dorado» que describía en las misivas) era un hombre? Pero no, esa hipótesis no encajaba con las abundantes concordancias gramaticales de género femenino.

El móvil vibró encima de la mesa y en la pantalla apareció la notificación de una serie de tuits de Lafaury: más información que seguramente le habían pasado sus fuentes. Después de haber vinculado a Apolline con Karim, los investigadores habían orientado sus pesquisas hacia Essonne para interrogar al antiguo camello. Varios agentes de la policía judicial de Évry se habían personado en su casa, en el barrio de Les Épinettes. Karim no solo no estaba allí, sino que sus vecinos afirmaban que no tenían noticias suyas desde hacía casi dos meses. Otro tanto había sucedido con los empleados del taller, pero como a ninguno le gustaba mucho la poli nadie había denunciado la desaparición. El último tuit de Lafaury desvelaba que durante el registro habían aparecido numerosos restos de sangre en la vivienda. Ya la estaban analizando.

Me guardé aquel dato angustioso en un recoveco de la mente y volví a las cartas de Fawles. Me las metí cuidadosamente en el bolsillo de la cazadora antes de ponerme de pie para ir a la librería. Había merecido la pena allanar el alojamiento de Mathilde Monney. Ahora obraba en mi poder un elemento biográfico cuya existencia muy pocos conocíamos. La revelación de esos documentos manuscritos de un escritor mítico sería, sin sombra de duda, un bombazo en el mundo editorial. Al final de la década de 1990, poco antes de anunciar su retirada definitiva, Nathan Fawles había vivido una pasión, un amor que lo arrasaba y lo consumía todo a su paso. Pero un acontecimiento desconocido y temible había puesto fin a esa relación y destrozado el corazón del escritor. A consecuencia de ello, Fawles puso su vida entre paréntesis, dejó de escribir y, sin duda, blindó su corazón para siempre.

Todo daba a entender que esa mujer, «el ángel de cabello dorado», era la clave que conducía al secreto de Fawles. La cara oculta de su lado oscuro.

Su *rosebud*.

Cuando Fawles me pidió que investigara a Mathilde, ¿sería para recuperar y preservar esas cartas? ¿Cómo había llegado a manos de la periodista esa correspondencia? Y, sobre todo, ¿por

qué la escondía detrás de un rodapié, como quien oculta dinero o droga?

2.

—¡Nathan! ¡Nathan! ¡Despierte!

Eran las nueve de la noche. La Cruz del Sur estaba sumida en una oscuridad total. Después de haberme pasado diez minutos llamando a la puerta, decidí escalar la tapia. Avancé a tientas sin atreverme a encender la linterna del móvil. No las tenía todas conmigo. Pensaba que el golden retriever se me echaría encima (y ya había tenido bastantes perros por hoy), pero el bueno de Bronco me recibió más bien como a un salvador y me guió hasta su dueño, que yacía en el suelo de la terraza. El escritor estaba tirado en las losas de piedra y encogido en posición fetal, con una botella de whisky al lado.

A todas luces, Fawles se había cogido una cogorza importante.

—¡Nathan! ¡Nathan! —grité mientras lo sacudía.

Encendí todas las luces de fuera y volví junto a él. Respiraba trabajosamente y de forma irregular. Despacio, logré que fuese recuperando el conocimiento, con la gran ayuda de Bronco, que le babeaba la cara.

Fawles acabó poniéndose de pie.

—¿Se encuentra bien?

—Sí —me aseguró limpiándose la cara con el antebrazo—. ¿Qué coño haces aquí?

—Tengo información para usted.

Se masajeó las sienes y los párpados.

—Maldita jaqueca...

Recogí la botella vacía.

—No me extraña, con lo que se ha atizado...

Era whisky de Bara No Niwa, una destilería japonesa mítica que figuraba en todas las novelas de Fawles. La marca había dejado de producir en la década de 1980. Desde entonces, las botellas escaseaban tanto que se habían puesto por las nubes. ¡Qué desperdicio, usar semejante néctar para emborracharse!

—Dime qué has encontrado en casa de la periodista.

—Más vale que antes vaya a darse una ducha.

Abrió la boca para mandarme a la mierda, pero recapacitó.

—Puede que tengas razón.

Aproveché que él estaba en el cuarto de baño para explorar el salón. Aún me costaba creer que estuviera dando vueltas por la intimidad de Fawles, como si todo lo suyo tuviera una dimensión solemne. A medio camino entre la cueva de Alí Babá y la caverna de Platón, La Cruz del Sur tenía para mí un aura impenetrable y misteriosa.

La primera vez que vine aquí me fijé en que no había fotos ni recuerdos ni todas esas cosas que anclan un lugar al pasado. No era una casa inhóspita, pero sí un poco impersonal. La única fantasía era la reproducción a escala de un coche deportivo, un Porsche 911 gris plata decorado con bandas azules y rojas. Yo había leído en un periódico estadounidense que en la década de 1990 Fawles tuvo un coche idéntico, un modelo único que el fabricante alemán le había hecho a medida en 1975 al director de orquesta Herbert von Karajan.

Después del salón, tomé posesión de la cocina y abrí la nevera y los armarios. Preparé té, una tortilla francesa, tostadas y una ensalada de lechuga. Mientras, intenté consultar en el móvil si había novedades en la investigación, pero, para mi desesperación, las barras de cobertura no aparecían.

En la encimera, junto a los fogones, encontré un transistor como el que tenía mi abuelo. Encendí la radio, sintonizada en una emisora de música clásica, y giré la rueda de plástico para tratar de localizar una cadena de informativos. Por desgracia, me topé con el final del noticiario de las nueve de RTL. Me estaba peleando para sintonizar France Info cuando Fawles entró en la habitación.

Se había cambiado de ropa (camisa blanca, vaqueros y gafitas de carey); aparentaba diez años menos y parecía tan descansado como si acabase de dormir ocho horas.

—A su edad, no debería pasarse así con la bebida.

—Cierra el pico —contestó, aunque hizo un ademán con la cabeza para agradecerme que le hubiese preparado la cena.

Sacó platos y cubiertos para dos y los dispuso a ambos lados de la encimera, frente a frente.

«Nuevos hallazgos en el caso del asesinato de la isla de Beaumont...», anunció la radio.

Nos acercamos al aparato. En efecto, había dos novedades. Y la primera nos dejó helados. Gracias a una denuncia anónima, la policía judicial de Évry acababa de encontrar el cadáver de Karim Amrani en algún punto del bosque de Sénart. El estado de descomposición indicaba que llevaba mucho tiempo muerto. El asesinato de Apolline Chapuis se había convertido de golpe en un caso mucho más complejo, pero, en la lógica de los medios de comunicación, paradójicamente perdía su singularidad y se sumaba a un conjunto más amplio y menos exótico (el entorno del crimen organizado, el extrarradio parisino, etc.). Al virar de ese modo, el caso de la isla de Beaumont pasaba a ser, al menos provisionalmente, el caso Amrani.

La segunda noticia incidía en ese aspecto: el prefecto marítimo acababa de decidir, por fin, levantar el bloqueo de la isla, una decisión que, según France Info, sería efectiva a partir de las siete de la mañana del día siguiente. A Fawles no parecieron inmutarlo mucho esas noticias. La crisis que lo había arrastrado a la bebida había pasado. Se estaba comiendo su ración de tortilla mientras me ponía al tanto de su conversación con Mathilde de esa misma tarde. Lo que me contaba me tenía fascinado. Yo era muy joven para tener ningún recuerdo del caso Verneuil, pero creía que lo había oído mencionar antes, en uno de esos programas de la radio o la tele que rescatan sucesos famosos. Egoístamente, me parecía un material novelesco estupendo, sin llegar a entender lo que había trastornado tanto a Fawles.

—¿Por eso ha acabado en ese estado?

—¿A qué estado te refieres?

—Al suyo después de haberse pasado la tarde dándole al whisky.

—En lugar de hablar de lo que no puedes entender, cuéntame de qué te has enterado en casa de Mathilde Monney.

3.

Con prudencia, empecé a contarle lo que parecía estar investigando Mathilde: primero a Karim Amrani y luego a él. Cuando mencioné el tema de los zapatos, se quedó de verdad boquiabierto.

—Esa chica está fatal... ¿Solo has encontrado eso?

—No, pero creo que lo que viene ahora no le va a gustar.

Le había despertado la curiosidad, pero yo no podía disfrutarlo porque sabía el disgusto que le iba a dar.

—Mathilde Monney estaba en posesión de unas cartas.

—¿Qué cartas?

—Escritas por usted.

—¡Yo nunca le he escrito ninguna carta!

—No, Nathan. Cartas que usted escribió a otra mujer hace veinte años.

Me saqué el fajo de misivas del bolsillo de la cazadora y se las dejé delante, al lado de los platos.

Al principio miró las hojas sin poder asimilar del todo que eran reales. Tuvo que esperar un rato antes de atreverse a desdoblarlas. Luego aún más rato para empezar a leer las primeras líneas. Tenía una expresión lúgubre. Iba más allá de la estupefacción. Realmente parecía que Fawles acababa de ver un espectro. Poco a poco fue logrando encauzar esa conmoción y recobrar una aparente serenidad.

—¿Las has leído?

—Lo siento, pero sí. Y no me arrepiento. Son magníficas. Tan de otro mundo que debería autorizar que se publicasen.

—Creo que es mejor que te vayas, Raphaël. Gracias por lo que has hecho.

Tenía una voz de ultratumba. Se puso de pie para acompañarme, pero no llegó ni siquiera a la puerta; se despidió con un leve ademán de la mano. Desde el umbral, miré cómo se dirigía pesadamente hacia el mueble bar y se servía hasta el borde otro vaso de whisky antes de ir a sentarse al sillón. Luego se le enturbió la mirada y se quedó ausente, volviendo mentalmente al sotobosque laberíntico del pasado y al dolor de los recuerdos. Yo no podía dejar que lo hiciera.

—Espere, Nathan. Ya ha bebido bastante por esta noche —dije volviendo sobre mis pasos.

Me planté delante de él y le quité el vaso.

—¡Déjame en paz!

—Es mejor que intente comprender lo que ha pasado en lugar de refugiarse en el alcohol.

Fawles, que no estaba acostumbrado a que le dijeran lo que tenía que hacer, intentó arrancarme el vaso de las manos. Como me resistí, el recipiente se cayó y se estrelló contra el suelo.

Nos quedamos mirándonos como dos bobos. Menuda pinta de pasmados...

Fawles, que no quería dar su brazo a torcer, agarró la botella de whisky y bebió un lingotazo a morro.

Dio unos pasos para abrirle la cristalera a Bronco y aprovechó para salir a la terraza y sentarse en un sillón de mimbre.

—¿Cómo ha podido conseguir Mathilde Monney esas cartas? —se preguntó en voz alta.

La expresión de su rostro había pasado de atónita a preocupada.

—¿Quién es esa mujer a la que le escribía, Nathan? —le pregunté mientras salía a reunirme con él—. ¿Quién es S.?

—Una mujer de la que estuve enamorado.

—De eso ya me he dado cuenta, pero ¿qué fue de ella?

—Murió.

—Lo siento mucho, de verdad.

Me senté en otro sillón, a su lado.

—La asesinaron a sangre fría hace veinte años.

—¿Quién?

—Un cabrón de lo peor que hay.

—¿Por eso dejó de escribir?

—Sí, como empecé a contarte esta mañana. Estaba roto de dolor. Lo dejé porque ya no era capaz de mantener la cohesión mental que hace falta para escribir.

Se quedó mirando el horizonte, como si buscara respuestas en él. Por la noche, cuando la superficie del agua brillaba bajo la luna llena, aquel lugar resultaba aún más irreal. Ciertamente, daba la sensación de estar solo en el fin del mundo.

—Dejar de escribir fue un error —prosiguió como si hubiese tenido una revelación repentina
—. Escribir te estructura la vida y el pensamiento, a menudo acaba poniendo orden en el caos de la existencia.

Desde hacía un rato, una pregunta me rondaba la cabeza.

—¿Por qué no se ha marchado nunca de esta casa?

Fawles soltó un prolongado suspiro.

—Compré La Cruz del Sur para esa mujer. Se enamoró de la isla al mismo tiempo que se enamoró de mí. Quedarme aquí era, sin ninguna duda, como quedarme con ella.

Tenía un montón de preguntas quemándome la lengua, pero Fawles no me dio ocasión de hacérselas.

—Voy a llevarte a casa en coche —dijo poniéndose de pie de un brinco.

—Déjelo, tengo el escúter. Mejor váyase a descansar.

—Como quieras. Escúchame, Raphaël, tienes que seguir profundizando en los motivos de Mathilde Monney. No puedo explicarte por qué, pero noto que está mintiendo. Se nos ha pasado algo.

Me ofreció la botella de Bara No Niwa (que debía de costar lo mismo que mi alquiler de un año) y bebí a morro un trago para el camino.

—¿Por qué no me lo cuenta todo?

—Porque aún no sé toda la verdad. Y porque, a veces, la ignorancia es como un escudo.

—¿Y eso me lo dice usted? ¿Que ignorar algo es mejor que saberlo?

—Eso no es lo que he dicho y lo sabes de sobra, pero fíate de mi experiencia: a veces, es mejor no saber.

La muerte de los nuestros

Las heridas de la existencia son incurables y escribes y vuelves a escribir sobre ellas con la esperanza de que tarde o tempra-no consigas construir una historia que las refleje definitivamente.

Elena FERRANTE

Jueves, 11 de octubre de 2018

1.

Eran las seis de la mañana. Aunque aún no había amanecido, abrí la puerta de la librería de par en par para ventilar el local. Junto al escritorio, miré a conciencia dentro de la caja de hojalata donde se guardaba el café molido. Estaba vacía. Debo decir que me había bebido unas diez tazas a lo largo de esa noche de estudio. La vieja impresora de Audibert también estaba a punto de sucumbir. Había usado el último cartucho de tinta del almacén para dejar por escrito mis descubrimientos más importantes. Luego pinché los documentos y las fotos en el tablón de corcho grande que había en la tienda.

Me había pasado la noche navegando por páginas web en busca de información sobre el asesinato de los Verneuil. Consulté los archivos digitalizados de los principales periódicos, descargué varios libros electrónicos y escuché extractos de una decena de pódcast. Era muy fácil contraer el virus del caso Verneuil. La historia era tan trágica como apasionante. De entrada, pensé que no tardaría en formarme una opinión propia, pero al cabo de una noche de inmersión seguía tan desconcertado como al principio. Varios elementos lo convertían en un suceso perturbador. Uno de ellos era que nunca se había logrado identificar a los asesinos de los Verneuil, y eso que no se trataba de un oscuro caso provinciano que se había quedado sin resolver en los setenta, sino de una auténtica carnicería perpetrada en el casco urbano de París a las puertas del siglo XXI, una matanza que concernía a la familia de un personaje público, de cuya investigación se había encargado lo mejorcito de la policía francesa. Tenía más de Tarantino que de Claude Chabrol.

Calculé que en el momento de los hechos yo tenía seis años, es decir, ningún recuerdo de haber seguido el caso en las noticias. Pero estaba seguro de haber oído algo sobre él más adelante, puede que mientras estaba estudiando o, más probablemente, en alguna entrega de *Faites entrer l'accusé* o de *L'Heure du crime*⁴.

Alexandre Verneuil, nacido en 1954, era un médico especializado en cirugía digestiva que había empezado a desarrollar su conciencia política en el liceo, a continuación de Mayo del 68, antes de sumarse a los jóvenes seguidores de Michel Rocard y afiliarse al Partido Socialista. Cuando terminó la universidad, trabajó en el hospital de la Salpêtrière y luego en el de Cochin. El compromiso político se transformó en compromiso humanitario. Su recorrido se parecía mucho al

de varias personalidades de entonces que habían evolucionado en la confluencia de la sociedad civil, las labores humanitarias y el mundo político. Tanto con Médicos Sin Fronteras como con la Cruz Roja, Alexandre Verneuil trabajó en casi todos los escenarios bélicos de las décadas de 1980 y 1990: Etiopía, Afganistán, Somalia, Ruanda, Bosnia... Tras la victoria de los socialistas en las elecciones legislativas de 1997, lo nombraron consejero de Sanidad en el gabinete del secretario de Estado para la Cooperación, pero solo ocupó el cargo unos meses, porque prefirió volver sobre el terreno, concretamente a Kosovo. Regresó a Francia a finales de 1999 y pasó a dirigir la Escuela de Cirugía de la AP-HP⁵. En paralelo a su actividad como médico, escribió varios libros serios sobre temas como la bioética, la injerencia humanitaria y la exclusión social. Además de ser una figura respetada en el ámbito humanitario, Verneuil era colaborador asiduo en los medios de comunicación, que se pirraban por su faceta peleona y su elocuencia.

2.

La tragedia sucedió la noche del 11 de junio de 2000, el día que la selección francesa de fútbol jugó su primer partido en la Eurocopa. Esa noche, Verneuil y su mujer, Sofia (una odontóloga cuya consulta de la calle de Rocher era una de las más prósperas de París), celebraban el undécimo cumpleaños de su hijo Théo. La familia vivía en un bonito piso del distrito XVI, en el bulevar de Beauséjour, en el segundo piso de un edificio de la década de 1930 con unas vistas estupendas a la Torre Eiffel y al parque de Ranelagh. De entrada, las fotos del niño me resultaron perturbadoras porque me recordaban a mí cuando tenía su edad: carita alegre, paletas separadas, maraña de pelo rubio y gafas redondas y coloridas.

Dieciocho años después de los hechos, la secuencia de acontecimientos seguía siendo tema de controversia. ¿Qué certezas había? Solo que, en torno a las doce y cuarto de la noche, unos agentes de la brigada anticriminal (la BAC 75 N) acudieron a casa de los Verneuil tras el aviso de un vecino del edificio contiguo. Cerca de la puerta principal tuvieron que sortear el cadáver de Alexandre Verneuil, que yacía en el suelo con el rostro medio arrancado por un tiro a quemarropa. A su mujer, Sofia, la habían abatido un poco más allá, en el umbral de la cocina, disparándole de lleno en el corazón. En cuanto a Théo, lo habían ejecutado disparándole por la espalda y se había desplomado en el pasillo. El horror en estado puro.

¿A qué hora se produjo la matanza? Sin lugar a dudas, hacia las 23:45. A las 23:30, Alexandre había llamado por teléfono a su padre para comentar el partido (victoria por 3-0 de la selección francesa de Zidane contra Dinamarca). Colgó a las 23:38. La alerta del vecino llegó veinte minutos más tarde. Él mismo confesó que había tardado en llamar a la policía porque pensaba que por culpa de las celebraciones del partido a lo mejor había confundido los disparos con petardos.

La investigación no fue ninguna chapuza. Alexandre era hijo de Patrice Verneuil, un antiguo «superpoli» que había codirigido la Policía Judicial de París y que, en aquel momento, aún era un alto funcionario del Ministerio del Interior. Reveló que esa misma noche se había producido un robo en el tercer y último piso del edificio, en casa de unos jubilados que estaban en el sur de Francia en el momento de los hechos. También constató que habían desaparecido las joyas de Sofia Verneuil y la colección de relojes de pulsera de su marido (el médico, miembro sin complejos de la «izquierda de Rolex», poseía relojes de gran valor, como el «panda» de Paul Newman, valorado en más de 500 000 francos).

Aunque en la entrada del edificio había una cámara de seguridad, no se pudo aprovechar porque alguien había movido el objetivo para que solo grabara la pared del portal, sin que se llegara a saber nunca si había sido intencionado o accidental (ni si había sucedido con horas o con días de antelación). La balística identificó el arma utilizada para la matanza: una escopeta de

corredera con el ánimo rayada que disparaba munición de calibre 12 (el más habitual) que no había aparecido. El análisis de los cartuchos tampoco sirvió para vincularlos a alguna otra arma fichada en otros casos. Lo mismo para los rastros de ADN, que pertenecían a la familia o que no coincidían con ninguno de los perfiles registrados en la base de datos. Y eso fue todo. O casi.

Al consultar aquellos documentos, me percaté de que yo era una de las primeras personas que podía volver a examinar el caso vinculándolo a la hipotética participación de Apolline Chapuis y Karim Amrani; se empezaba a dibujar la imparable trama con tinta negra: los dos maleantes primero robaron en la casa vacía de los jubilados del tercer piso y luego visitaron la de debajo; puede que creyeran que toda la familia estaba ausente, pero Verneuil los sorprendió. Presa del pánico, Karim o Apolline abrieron fuego (un cadáver, dos cadáveres, tres cadáveres) antes de mangar los relojes, las joyas y la cámara de fotos.

La hipótesis se sostenía. Todos los artículos que había leído sobre los «*Bonnie and Clyde* de la plaza de Stalingrado» indicaban que Karim era violento. No le tembló el pulso cuando disparó al encargado del bar de apuestas hípicas; bien es verdad que con una pistola de balines, pero, aun así, al pobre hombre le costó un ojo.

Me estiré en el asiento y se me escapó un bostezo. Antes de ir a darme una ducha, me quedaba un pódcast por escuchar: *Affaires sensibles*, un programa de France Inter, que dedicó una entrega al caso Verneuil. Intenté reproducirlo en el portátil, pero no se cargaba.

«Mierda, ya se ha vuelto a ir la conexión...»

Era un problema recurrente en aquella casa. Había que subir a menudo al primer piso para reiniciar el rúter. Lo malo era que acababan de dar las seis de la mañana y no quería despertar a Audibert. Aun así, decidí arriesgarme y subí las escaleras de puntillas. El librero dormía con la puerta entornada. En el salón, encendí la linterna del móvil y procuré deslizarme sin hacer ruido hasta el aparador donde estaba colocado el dispositivo. Lo apagué, lo volví a encender y luego me batí en retirada tratando de que no crujiera la tarima.

Un escalofrío. Ya había estado aquí varias veces, pero, curiosamente, en la semioscuridad, la habitación me parecía distinta. Apunté la linterna hacia los estantes de la biblioteca. Junto a los volúmenes de la Pléiade y las encuadernaciones de Bonet-Prassin⁶ había varios marcos de madera. ¿Corazonada? ¿Instinto? ¿Curiosidad? Me acerqué para contemplar las fotos familiares. En primera fila había retratos de Audibert y de su mujer, Anita, que, como me contó en la primera conversación que tuvimos, había muerto de cáncer dos años antes. La pareja aparecía en distintas etapas de la vida. Casándose, a mediados de los años sesenta y enseguida con un bebé en brazos, que en otra foto se convertía en una preadolescente enfurruñada. A principios de los ochenta la pareja posaba, muy sonriente, delante del capó de un Citroën BX; un viaje a Grecia, diez años después, y otro a Nueva York antes de que cayeran las torres. Días felices cuyo valor no se aprecia hasta que ya han desaparecido. Pero lo que me heló la sangre fueron los dos últimos marcos. Dos fotos familiares en las que reconocí otros rostros.

Los de Alexandre, Sofia y Théo Verneuil.

Y también el de Mathilde Monney.

3.

El timbre del teléfono sacó a Nathan Fawles de un sueño inquieto y atormentado. Se había quedado dormido en el sillón con Bronco a los pies. El escritor bostezó, se incorporó trabajosamente y se arrastró hasta el aparato.

—¿Sí?

Tenía la voz apagada, como si se le hubieran oxidado las cuerdas vocales durante la noche. El

cuello, entumecido y anquilosado, le daba la sensación de que al menor movimiento le crujiría todo el esqueleto.

Quien llamaba era Sabina Benoit, la exdirectora de la mediateca del Centro para Adolescentes.

—Nathan, ya sé que es muy temprano, pero como me pidió que lo llamara en cuanto tuviera los datos...

—Ha hecho muy bien —contestó Fawles.

—He conseguido la lista de alumnos que asistieron a su conferencia. De hecho, fue usted en dos ocasiones, una el 20 de marzo de 1998 y la otra, el 24 de junio del mismo año.

—¿Y bien?

—Entre los asistentes no había ninguna Mathilde Monney.

Fawles suspiró masajeándose los párpados. ¿Por qué habría mentido tanto la periodista?

—La única Mathilde que había se llamaba Mathilde Verneuil.

A Fawles se le heló la sangre en las venas.

—Era la hija del pobre doctor Verneuil —prosiguió la bibliotecaria—. Me acuerdo muy bien de ella: guapa, reservada, sensible, inteligente... Quién nos iba a decir entonces la tragedia que iba a padecer...

4.

¡Mathilde era la hija de Alexandre Verneuil y la nieta de Grégoire Audibert! Aquella revelación me dejó transido y me quedé un minuto largo inmóvil en la oscuridad. Desconcertado. Aniquilado. Tenso, con la carne de gallina.

No podía dejarlo ahí. En los últimos estantes de la biblioteca encontré unos álbumes de fotos, cuatro volúmenes gruesos con las tapas de tela y ordenados por décadas. Me senté en el suelo con las piernas cruzadas y, a la luz de la linterna, me puse a hojearlos, mirando las imágenes y leyendo por encima las anotaciones. Lo esencial de lo que me enteré se resumía en unas cuantas fechas. Grégoire y Anita Audibert habían tenido una sola hija, Sofia, que nació en 1962 y se casó con Alexandre Verneuil en 1982. De esta unión nacieron Mathilde y Théo, que de pequeños fueron muy a menudo de vacaciones a la isla de Beaumont.

¿Cómo no habíamos caído antes Fawles y yo? En los artículos que había leído, no me parecía que se mencionara la existencia de Mathilde. Como tenía el móvil en la mano, lo comprobé tecleando unas palabras clave en Google. Un artículo de *L'Express* de julio de 2000, de acceso libre, indicaba que «la hija mayor de la familia, de 16 años de edad, no se encontraba en París la noche de la tragedia porque estaba en Normandía, repasando para los exámenes finales en casa de una amiga».

Se me agolpaban en la cabeza un montón de hipótesis. Era consciente de que acababa de dar un paso decisivo en la investigación, pero aún no era capaz de abarcar el conjunto de consecuencias de lo que había descubierto. Desde donde estaba, oía el ronquido regular de Audibert, que dormía en el cuarto de al lado. Quizá ya había apurado mi oportunidad al máximo, pero quizá también me quedase aún por descubrir algún secreto más. Me arriesgué a echar una ojeada en el dormitorio del librero. Era un decorado ascético, casi monacal. Junto a la cama, en un escritorio pequeño pegado a la pared, había un ordenador portátil, la única concesión a la modernidad. Estaba tan sobreexcitado que me olvidé de toda prudencia y dejé que me tentara el diablo. Me acerqué al buró y, casi a mi pesar, sentí cómo mi mano agarraba el portátil.

5.

De vuelta en la planta baja, me apresuré a sacar provecho del contenido del ordenador. No es que Audibert estuviese a la última en nuevas tecnologías, pero tampoco estaba tan pez como le gustaba que creyesen los demás. Su portátil era un *notebook* VAIO de los buenos, de hacía unos diez años, y yo estaba convencido de que la contraseña para desbloquearlo era la misma que la del PC de la librería. Probé suerte y pude comprobar... que estaba en lo cierto.

El disco duro estaba casi vacío. No tenía ni idea de lo que estaba buscando, pero ahora tenía la certeza de que albergaba datos que no me quedaba más remedio que encontrar. En los escasos directorios del escritorio dormían una versión sin actualizar de la contabilidad de la librería, varias facturas, un mapa topográfico de Beaumont y varios PDF con artículos de periódico sobre el pasado criminal de Apolline Chapuis y Karim Amrani. Nada nuevo, ya me los había leído todos. Lo único que demostraba era que Audibert había investigado lo mismo que yo. No me decidí a registrar el correo ni los mensajes del librero. Audibert no tenía cuenta de Facebook personal, pero sí había creado una para la librería, que llevaba inactiva más de un año. Por su parte, la biblioteca de imágenes del portátil no es que estuviera muy nutrida, pero albergaba tres álbumes cuyo contenido resultaría ser una bomba.

Para empezar, abundantes pantallazos de la página web de Apolline Chapuis y luego, en otro directorio, fotos con *zoom* de Karim Amrani deambulando por Évry, las mismas que había encontrado en la habitación de Mathilde. Pero eso no era lo más sorprendente, porque en el último directorio había otras fotografías. Al principio creí que eran las mismas que Mathilde le había enseñado a Fawles: el viaje a Hawái de los dos delincuentes y la celebración del cumpleaños de Théo Verneuil, pero, obviamente, Mathilde solo le había enseñado al escritor parte de las fotos de esa noche. En efecto, había otras imágenes que demostraban que la joven sí que había estado en el cumpleaños de su hermano la famosa noche en que mataron a la familia.

Me picaban los ojos, me zumbaba la cabeza y notaba el latido de la sangre en las sienas. ¿Cómo era posible que a los investigadores se les hubiese pasado ese dato? Me embargaba una extraña angustia, era incapaz de despegar los ojos de la pantalla, que me quemaba los párpados. En las fotos, Mathilde aparecía, a sus dieciséis años, como una chica guapa, un poco frágil y ausente, de sonrisa forzada y mirada melancólica y huidiza.

Acudieron a mi mente las hipótesis más retorcidas, de las cuales la más trágica era que quizá Mathilde hubiera asesinado a su familia. La última foto del álbum digital me reservaba otra sorpresa. Data del 3 de mayo de 2000 (seguramente la habían hecho durante el puente del 1 de mayo) y mostraba a Mathilde y a Théo posando con sus abuelos delante de La Rosa Escarlata.

Estaba a punto de cerrar el portátil cuando, por quedarme tranquilo, se me ocurrió mirar en la papelera. Contenía dos archivos de vídeo que recuperé primero en el escritorio y luego en mi memoria USB. Conecté los auriculares antes de reproducir las grabaciones.

Y lo que descubrí me heló la sangre en las venas.

6.

Sentado en la cocina, con los codos en la mesa y la cara entre las manos, Fawles reflexionaba sobre las consecuencias de lo que le había revelado Sabina Benoit. Monney debía de ser un seudónimo. Mathilde Monney no era suiza y en realidad se llamaba Mathilde Verneuil. Y si la joven realmente era hija de Alexandre Verneuil todo lo que había pasado en la isla en los últimos días cobraba un nuevo sentido.

Por culpa de la manía que les tenía a los medios de comunicación, Fawles no lo había visto venir. El hecho de que Mathilde fuera periodista lo había cegado e inducido a error desde el principio. En realidad, Mathilde estaba en la isla por un único motivo: vengar la muerte de su

familia. La hipótesis de que a Karim y a Apolline los hubiese matado ella (tras identificarlos como los asesinos de sus padres) ahora resultaba creíble.

Le cruzaban la mente decenas de imágenes, de recuerdos y de sonidos distorsionados. En medio de esa riada, se detuvo una imagen. Una de las fotos del cumpleaños que le había enseñado Mathilde en el barco: Verneuil, su mujer y el niño posando en la terraza, con la torre Eiffel al fondo. Se le reveló una obviedad: si ese plano tres cuartos existía, era porque alguien había hecho la foto. Y había muchas posibilidades de que ese alguien fuera ella, que el día de la matanza, sin duda, también estaba en el piso familiar.

Fawles se sumió de pronto en una noche polar. Y entonces lo comprendió *todo* y sintió que corría un grave peligro.

Se puso de pie y fue precipitadamente al salón. Al fondo, junto a los bastidores metálicos en los que almacenaba la leña, estaba el mueble tallado en madera de olivo donde guardaba la escopeta. Abrió la arqueta y comprobó que el arma ya no estaba en su sitio. Alguien se había apoderado de la escopeta decorada con la Kuçedra. El arma maldita, la de todos los ultrajes, la que había originado todas sus desgracias. Recordó entonces esa antigua regla de escritura: si un novelista menciona la existencia de un arma de fuego al principio del relato, significa que inevitablemente habrá un disparo y uno de los protagonistas morirá al final de la historia.

Como Fawles creía en las reglas de la ficción, tuvo la certeza de que iba a morir.

Hoy mismo.

7.

Reproduje el primer vídeo. Duraba unos cinco minutos y debían de haberlo grabado con un móvil, en un lugar que parecía una casa o un chalé.

—¡Piedad! No sé nada... ¡No sé más de lo que ya he dicho!

Karim, con las manos esposadas y los brazos levantados por encima de la cabeza, estaba tumbado en una especie de mesa baja inclinada hacia el suelo.

Por el rostro tumefacto y los labios ensangrentados, se adivinaba que acababan de darle una paliza. El que lo estaba interrogando era un hombre alto al que yo no había visto en mi vida. Tenía el pelo blanco y una complexión impresionante; vestía camisa de cuadros, chaqueta Barbour y una gorra de tela escocesa.

Me acerqué a la pantalla para verlo mejor. ¿Qué edad tendría? No menos de setenta y cinco años, a juzgar por las arrugas de la cara y el porte. Tenía el vientre tan abultado que le costaba desplazarse, pero también la fuerza de un toro que se lo llevaba todo por delante.

—¡No sé nada más! —gritó Karim.

El viejo parecía no oírlo. Desapareció del plano unos segundos y volvió a aparecer con una toalla con la que le tapó la cara al antiguo camello. Después, con la aplicación de un verdugo curtido, empezó a verter agua en la tela.

La triste técnica de tortura del submarino.

Ver ese vídeo resultaba insoportable. El viejo siguió ahogando a Karim, cuyo cuerpo se tensaba, se deformaba y se retorció con las convulsiones. Cuando por fin le quitó la toalla, creí que no se iba a recuperar. Una mezcla de pompas, espuma y bilis le brotaba de la boca, como un géiser. Se quedó un rato inerte y luego vomitó, antes de murmurar:

—Ya... se lo he dicho todo, joder...

El viejo inclinó la mesa baja y le susurró al oído:

—Pues vuelve a hacerlo desde el principio.

Karim estaba al límite. Se le reflejaba el terror en el rostro.

—No sé nada más...

—¡Entonces, vuelvo a empezar yo!

Y el viejo agarró de nuevo la toalla.

—¡No! —gritó Karim.

Mal que bien, recuperó el aliento e intentó despejar la mente.

—Esa noche, el 11 de junio de 2000, Apolline y yo fuimos al distrito XVI, al número 39 del bulevar de Beauséjour, para robar a unos viejos ricachones del tercero. Nos habían dado un soplo fiable de que no iban a estar en casa.

—¿Quién te dio el soplo?

—Ya no me acuerdo, mi banda de entonces. Se suponía que los abuelos estaban forrados, pero casi todas las joyas y el dinero debían de estar en una caja fuerte empotrada en el hormigón. No pudimos llevarnos nada.

Hablaba deprisa, con tono monocorde, como si hubiera contado la misma historia innumerables veces. La nariz rota le distorsionaba la voz y la sangre le corría por los párpados, cerrados por culpa de los hematomas.

—Arramblamos con unas cuantas baratijas fáciles de revender y cuando estábamos a punto de abrirnos oímos unos disparos que venían de abajo.

—¿Cuántos?

—Tres. Nos acojonamos y nos metimos en una habitación. Estuvimos esperando un buen rato sin saber qué era peor, la poli a punto de llegar o el que estaba cargándose gente en el segundo.

—¿No visteis quién era?

—¡No! Estábamos cagados. Dejamos pasar unos minutos sin atrevernos a bajar. Intentamos largarnos por los tejados, pero la salida estaba bloqueada, así que no nos quedó otra que ir por la escalera.

—¿Y luego?

—Al llegar al segundo, Apolline seguía acojonada. Yo estaba mucho mejor. Me había metido una raya en el cuarto de los viejos y estaba a tope, casi eufórico. Al llegar delante de la puerta, asomé la cabeza. Aquello era una carnicería, todo lleno de sangre y tres cadáveres tirados en el suelo. Apolline se puso a gritar y se fue a esperarme al garaje subterráneo.

—Tranquilo, que también vamos a interrogar a tu novia.

—No es mi novia, hace dieciocho años que no nos vemos.

—¿Y tú qué hiciste en casa de los Verneuil?

—Le digo que estaban todos muertos. Fui al salón y luego a los dormitorios. Y me llevé todo lo que pude: relojes de lujo, mucha pasta en metálico, joyas, una cámara... Luego me fui con Apolline. Unas semanas después nos fuimos a Hawái y allí perdimos la puta cámara de fotos.

—Sí, qué mala pata —pareció asentir el viejo.

Soltó un prolongado suspiro y, de pronto, le arreó a Karim un codazo tremendo en las costillas.

—Lo malo es que ese día no solo perdiste la cámara: también perdiste la vida.

Y se ensañó con él, fuera de sí, golpeándolo con esos puños enormes y una fuerza increíble.

Yo estaba horrorizado, parecía que la sangre iba a salpicarme la cara. Aparté la vista de la pantalla. Estaba tiritando como si tuviera fiebre. Me temblaba todo el cuerpo. ¿Quién era ese hombre capaz de matar con sus propias manos? ¿Qué le había provocado ese estado de enajenación?

El aire estaba helado. Me puse de pie para cerrar la puerta de la librería. Por primera vez en mi vida, sentí físicamente que estaba en peligro de muerte. Dudé un momento si salir huyendo con el ordenador, pero la curiosidad me llevó otra vez al escritorio para ver el segundo vídeo.

Tenía la esperanza de que fuera menos horrible, pero no fue así. Mostraba una escena similar de tortura extrema con resultado de muerte. Esta vez, la víctima era Apolline y el verdugo, un hombre al que solo se veía de espaldas. Enfundado en una gabardina oscura, parecía más joven y menos fornido que el asesino de Karim. La grabación era de peor calidad, sin duda porque estaba hecha en un lugar cerrado con escasa iluminación, un cuchitril sucio y sórdido en el que se distinguían unas paredes grises de piedra vista.

Apolline, atada a una silla, tenía la cara ensangrentada, los dientes rotos y un ojo muy hinchado. El agresor, con un atizador en la mano, debía de llevar un buen rato torturándola. Era un vídeo corto y el relato de la mujer parecía enlazar con el de Karim.

—¡Le digo que estaba cagada de miedo! No entré en el piso de los Veneuil. Me piré directamente al garaje subterráneo para esperar a Karim.

Sorbió y sacudió la cabeza para apartar un mechón de pelo que se le había quedado pegado a la sangre que le caía por los ojos.

—Sabía que la pasma estaba al caer. Tendría que haber llegado ya. El garaje estaba totalmente a oscuras. Me acurruqué entre un pilar de hormigón y una camioneta. Pero de repente se encendió la luz y llegó un coche desde el nivel inferior.

Apolline hipaba mientras el hombre del atizador la acuciaba para que continuase.

—Era un Porsche gris, con bandas rojas y azules. Se paró a algo más de treinta metros de mí porque el portón automático estaba jodido y se había quedado atascado a media altura.

—¿Quién iba dentro del Porsche?

—Dos hombres.

—¿Dos? ¿Estás segura?

—Totalmente. Al pasajero no le vi la cara, pero el que conducía se bajó para desbloquear el portón.

—¿Lo conocías?

—Personalmente no, pero lo había visto en una entrevista en la tele. También había leído un libro suyo.

—¿Un libro suyo?

—Sí, era el escritor Nathan Fawles.

⁴ Programas de televisión y de radio, respectivamente, dedicados a analizar crímenes que conmocionaron a la sociedad francesa. (*N. de la T.*)

⁵ Assistance Publique-Hôpitaux de Paris: organismo que gestiona el conjunto de los hospitales públicos de París y la Isla de Francia. (*N. de la T.*)

⁶ La Pléiade es una colección de la editorial francesa Gallimard que abarca las obras completas de los escritores franceses más destacados y algunos extranjeros selectos; se considera la edición canónica de dichas obras. La misma editorial publicó entre 1941 y 1967 una serie de libros con cubiertas artísticas, denominadas informalmente «encuadernaciones Bonnet-Prassinos» por el nombre de dos de los artistas encargados de realizarlas. (*N. de la T.*)

La indecible verdad

Los escritores contra el resto del mundo

La única salvación para el vencido es no esperar alguna.

Virgilio

1.

«Era el escritor Nathan Fawles.»

Esas fueron las últimas palabras de Apolline antes de morir. El vídeo duraba unos segundos más, donde se veía cómo se sumía en el coma y luego moría tras un último golpe con el atizador.

Al margen de la revelación propiamente dicha (que me había dejado horrorizado y perplejo), me preocupaba una pregunta más apremiante: ¿por qué demonios estaban esos vídeos en el portátil de Audibert?

Cada vez más ansioso, a pesar de lo horripilante que era la escena, volví a ver el vídeo de la ejecución de Apolline. Esta vez me quité los auriculares para concentrarme en el entorno. «Esas paredes de mampostería...» Había visto unas parecidas al bajar unas cajas de libros al sótano de La Rosa Escarlata en el montacargas. O puede que fueran imaginaciones mías...

Las llaves estaban en el mismo manajo que todas las demás de la librería. Había bajado allí un par de veces, pero no me había llamado la atención nada especialmente sospechoso.

A pesar del miedo, decidí pasarme por allí, pero quedaba descartado usar el montacargas, que hacía un ruido tremendo. Salí al reducido patio interior, donde había una trampilla que llevaba al sótano a través de unos peldaños de madera, empinados como una escala. Según empecé a bajar, me agarró un desagradable olor a humedad.

Al llegar abajo, encendí el tubo fluorescente, que emitía una luz vacilante y tan solo me mostró unas estanterías cubiertas de telarañas y cajas de cartón llenas de libros que no tardarían en estar mohosos. El fluorescente crepitó unos cuantos segundos antes de apagarse con un sonido seco.

«Mierda...»

Saqué el móvil para usarlo como linterna, pero me tropecé con un climatizador viejo y oxidado que andaba por el suelo. Me caí en el cemento y rodé por el polvo.

«Muy hábil, Rafa...»

Recogí el móvil y me incorporé antes de adentrarme en la penumbra. El sótano, largo y estrecho, era mucho mayor de lo que me había imaginado. Desde el fondo me llegó un ruido de ventilación, semejante al de un calefactor o un extractor de humos. El rugido procedía de una maraña de tubos que desaparecían detrás de tres paneles de rejilla que estaban apoyados contra la pared, superpuestos.

Me pregunté dónde irían esos tubos. Después de pelearme con el enrejado un minuto largo, conseguí moverlo y descubrí otro acceso: una especie de panel metálico móvil que parecía la boca lateral de un horno gigantesco. Una cerradura guardaba la puerta, pero la llave también se encontraba en el imponente manajo del librero.

Muerto de miedo, me interné hasta llegar a una sala muy rara donde había un banco de carpintero y un arcón congelador. Encima de la superficie de trabajo estaba el atizador que había visto en el vídeo, junto con un martillo oxidado de aristas afiladas, una maza de madera oscura, escoplos de cantero...

Sentí como si me oprimieran el pecho. Me temblaba todo el cuerpo. Al abrir el congelador, no puede retener un grito. Lo habían repintado por dentro con hemoglobina.

«En qué manicomio me he metido...»

Me batí en retirada y subí hasta el patio a toda velocidad.

El que había torturado a Apolline Chapuis hasta la muerte había sido Audibert y estaba claro que también me mataría a mí si no salía de allí corriendo. Al volver a la librería, oí crujir la tarima del piso de arriba. El librero acababa de levantarse. Primero, ruido de pasos y luego, el chirrido de las tablas de la escalera. «Joder...» Metí a toda prisa el portátil de Audibert en la mochila antes de salir dando un portazo y subirme al escúter.

2.

En el cielo, las nubes se estiraban formando largas tiras que atravesaba la luz del amanecer. La carretera que bordeaba la costa estaba desierta. Del mar subía el olor a yodo, que se mezclaba con el de los eucaliptos. Conducía a toda máquina (eso quiere decir que, con mi bólido a favor del viento, alcanzaba a duras penas los cuarenta y cinco kilómetros por hora). Cada dos minutos, miraba hacia atrás, nervioso. Tenía la sensación de que en cualquier momento Audibert aparecería en la Strada Principale blandiendo el atizador para darme mi merecido.

«¿Qué hago?» Mi primer reflejo fue ir a refugiarme a casa de Nathan Fawles. Pero no podía fingir que ignoraba lo que había visto en el vídeo, aquello de lo que lo acusaba Apolline Chapuis.

Yo era un blanco fácil de manipular. Siempre supe que Fawles no me estaba contando todo lo que sabía sobre ese caso (ni siquiera había tratado de convencerme de lo contrario). Puede que ir a su casa fuera como meterme en la boca del lobo. Me acordé de la escopeta de corredera con el ánima rayada que tenía guardada al alcance de la mano. Cabía la posibilidad de que fuera el arma con la que había masacrado a los Verneuil. Hasta que me recompuse, pasé cinco minutos eternos con la sensación de haber perdido todos mis puntos de referencia. Aunque mi madre solía decirme que no me fiara de nadie, yo siempre había aplicado el consejo justo al revés. La ingenuidad me había jugado malas pasadas que luego tuve que lamentar, pero en el fondo estaba convencido de que perder esa candidez sería como perderme a mí mismo. De modo que decidí seguir mi primera intuición: el hombre que había escrito *Lorelei Strange* y *Los fulminados* no podía ser un cabrón.

Cuando me presenté en La Cruz del Sur, me pareció que Fawles se había levantado hacía tiempo. Llevaba puesto un jersey de cuello vuelto oscuro y una chaqueta de ante marrón claro. Estaba muy sereno y enseguida se percató de que me había pasado algo grave.

—¡Tiene que ver esto! —le dije sin darle siquiera la oportunidad de reconfortarme.

Saqué de la mochila el portátil de Audibert y reproduje los dos vídeos. Fawles los vio sin dejar que se le notara emoción alguna, ni siquiera cuando Apolline mencionó su nombre.

—¿Sabes quiénes son los hombres que salen torturando a Chapuis y Amrani?

—El primero, no tengo ni idea. El segundo es Grégoire Audibert. He encontrado en su sótano el congelador donde tuvo metido el cadáver de Apolline.

Fawles permaneció impasible, pero se notaba que estaba conmocionado.

—¿Sabía que Mathilde era la nieta de Audibert y la hija de Alexandre Veneuil?

—Me he enterado hace una hora.

—Nathan, ¿por qué lo acusa a usted Apolline?

—No me acusa. Tan solo dice que me vio en un coche en compañía de otro hombre.

—¿Y quién era? Solo tiene que decirme que es inocente y lo creeré.

—Yo no maté a los Verneuil, te lo juro.

—Pero esa maldita noche, sí que estuvo en el piso.

—Sí, estuve allí, ¡pero no los maté!

—¡Explíquese!

—Algún día te lo contaré todo con pelos y señales, pero ahora no.

Fawles se había alterado de golpe y manoseaba un mando a distancia pequeñito (como el de la puerta de un garaje) que acababa de sacarse del bolsillo.

—¿Por qué no ahora?

—¡Porque corres un grave peligro, Raphaël! Esto no es una novela, chaval. No son palabras escritas en el aire. Apolline y Karim están muertos y sus asesinos andan sueltos por ahí. Por algún motivo que aún desconozco, el caso Verneuil vuelve a estar en primer plano. Y no puede salir nada bueno de una tragedia como esa.

—¿Qué quiere que haga?

—Marcharte de la isla. ¡Ya! —zanjó mirando el reloj de pulsera—. El ferri vuelve a zarpar a las ocho. Voy a llevarte.

—¿Lo dice en serio?

Fawles señaló el portátil con el dedo.

—Has visto los vídeos igual que yo. Esa gente es capaz de cualquier cosa.

—Pero...

—¡Date prisa! —ordenó agarrándome del brazo.

Con Bronco escoltándome, seguí al escritor hasta el coche. Al principio, el Mini Moke (que debía de llevar varias semanas sin moverse) se resistió a arrancar, pero, cuando yo ya creía que Fawles había ahogado el motor, insistió una última vez y se obró el milagro. Bronco se subió de un salto a la parte trasera y el descapotable sin puertas (que me parecía de lo más incómodo) fue traqueteando por el camino de tierra que cruzaba el bosque antes de coger la carretera.

El trayecto hasta el ferri fue penoso. Los tímidos claros que se habían abierto al despuntar el día al final habían cedido al mal tiempo. El cielo estaba ahora encapotado de nubes negruzcas, como si lo hubieran pintado con un carboncillo de mala calidad. También se había levantado el viento, que nos lanzaba ráfagas contra el endeble parabrisas. No era el viento del este, húmedo y cálido, ni el mistral de siempre, que barría las nubes y despejaba el cielo azul; era un viento gélido y penetrante, de origen polar, que arrastraba un buen lote de truenos y relámpagos, conocido localmente como «mistral negro».

Cuando llegamos al puerto tuve la impresión de haber aterrizado en una ciudad fantasma. La bruma formaba capas que flotaban sobre los adoquines. Cintas nacaradas y vaporosas se enredaban en torno al mobiliario urbano y anegaban el casco de las embarcaciones. Una niebla a la inglesa. Fawles aparcó el Mini Moke delante de la garita de la capitanía y fue a comprarme el pasaje personalmente. A continuación, me acompañó hasta el ferri.

—Nathan, ¿por qué no se viene conmigo? —le pregunté mientras avanzaba por la pasarela del barco—. Usted también está en peligro, ¿no?

Fawles, que se había quedado en el muelle con el perro, sacudió la cabeza para eludir la propuesta.

—Cuídate, Raphaël.

—¡Venga conmigo! —le supliqué.

—No puede ser. Cuando enciendes un fuego, te toca apagarlo. Tengo que terminar con algo.

—¿Con qué?

—Con los estragos de la maquinaria monstruosa que puse en marcha hace veinte años.

Se despidió con la mano y comprendí que ya no me iba a enterar de nada más. Al contemplar cómo se alejaba con el perro, repentinamente se me puso la carne de gallina y me invadió una tristeza profunda, porque de algún modo sabía que esa era la última vez que iba a ver a Nathan Fawles. Pero, de pronto, volvió sobre sus pasos. Me miró a los ojos con benevolencia y, ante mi sorpresa, me alargó el manuscrito corregido de mi novela, que había enrollado para que le cupiese en el bolsillo del cortaviento.

—¿Sabes, Raphaël? *La timidez de las cúspides* es una buena novela. Aun sin mis correcciones, se merece que la publiquen.

—Pues eso no es lo que opinan los editores que la han leído.

Sacudió la cabeza y soltó un suspiro cargado de desprecio.

—Los editores... Los editores son unos tíos que esperan que estés agradecido por decirte qué les parece tu libro en un par de frases cuando tú has estado dos años bregando para armarlo. Unos tíos que se tiran comiendo hasta las tres de la tarde en los restaurantes de Midtown o de Saint-Germain-des-Prés mientras tú te quemas las pestañas delante de la pantalla, pero que te llaman todos los días si tardas un poco en firmarles el contrato. Unos tíos a los que les gustaría ser Max Perkins o Gordon Lish, pero que nunca pasarán de ser ellos mismos: gestores de la literatura que leen los textos a través del prisma de una hoja Excel. Unos tíos para los que nunca trabajas lo bastante rápido, que te infantilizan, que siempre saben mejor que tú lo que quiere decir la gente o lo que es un buen título o una buena cubierta. Unos tíos que, cuando hayas alcanzado el éxito (muchas veces *a pesar* de ellos), irán contando a diestro y siniestro que te han «fabricado». Los mismos que le decían a Simenon que Maigret era «tan anodino que daba asco» o que rechazaron *Carrie*, *Harry Potter* y *Lorelei Strange*...

Interrumpí la diatriba:

—¿Le rechazaron *Lorelei Strange*?

—No es algo de lo que me jacte, pero sí. Me lo rechazaron catorce agentes y editores, incluido el que al final acabó publicándolo gracias al esfuerzo de Jasper Van Wyck. Por eso, a los tíos esos, no hay que concederles mucha importancia.

—Nathan, cuando se termine este asunto, ¿me ayudará a publicar *La timidez de las cúspides*? ¿Me ayudará a llegar a ser escritor?

Por primera (y última) vez, vi a Fawles sonreír abiertamente, y lo que me dijo confirmó la primera impresión que siempre había tenido de él.

—No necesitas que te ayude, Raphaël. Ya eres escritor.

Me dirigió un gesto amistoso alzando el pulgar antes de dar media vuelta y regresar al coche.

3.

La niebla era cada vez más densa. Aunque el *Temerario* iba lleno al setenta y cinco por ciento, encontré sitio en el interior. A través de la ventanilla del ferri vislumbraba a los últimos pasajeros, que emergían de la bruma para embarcar apresuradamente.

Aún estaba impactado por lo que me había dicho Fawles, pero también tenía mal sabor de boca. El sabor de la derrota. Esa sensación de desertar del campo de batalla en plena contienda. Había llegado a Beaumont con mucho brío, bajo el sol triunfante, y me iba de la isla con lluvia, tristán y atemorizado, justo cuando se iba a escribir el último acto.

Me acordé de mi segunda novela, ya bastante encaminada: *La vida secreta de los escritores*. Yo vivía en esa novela, era un personaje de esa novela. El narrador de la historia no podía

abandonar el teatro de operaciones como un cobarde justo cuando la acción se intensificaba. Nunca se me volvería a presentar una ocasión como esta. Sin embargo, volví a pensar en la advertencia de Fawles: «¡Corres un grave peligro, Raphaël! Esto no es una novela, chaval». Solo que Fawles seguramente no se creía sus propias palabras. ¿Y acaso no me había recomendado él tener una vida más novelesca (y luego reflejarla en mis escritos)? Estaba enganchado a esos momentos en los que la ficción contaminaba la vida. Por eso, en parte, me gustaba tanto leer. No para huir de la vida real en pos de un universo imaginario, sino para regresar al mundo transformado por mis lecturas. Con el enriquecimiento que aporta viajar y conocer gente en la ficción, y deseoso de utilizarlo en el mundo real. «¿Para qué sirven los libros si nos traen de vuelta a la vida y no consiguen que bebamos de ella con más avidez?», se preguntaba Henry Miller. Sin duda, para poca cosa.

Y, además, estaba Nathan Fawles: mi héroe y mi mentor; el que, hacía cinco minutos, me había investido como a uno de los suyos. No podía dejarlo afrontar solo un peligro mortal. ¡No era de porcelana, joder! No era un niño. Era un escritor dispuesto a ayudar a otro.

«Dos escritores contra el mundo entero...»

Justo cuando me levantaba del banco para volver al puente, vi la furgoneta de Audibert pasar por delante del ayuntamiento. Un Renault 4 viejo repintado en verde pato que, según me contó, le había comprado a un florista hacía unos años.

El librero paró el coche en doble fila delante de la oficina de correos y salió para meter un sobre en el buzón. Regresó al vehículo con paso vivo, pero, antes de sentarse al volante, se quedó mirando un buen rato hacia el ferri. Me metí detrás de un pilar metálico con la esperanza de que no me hubiera visto. Cuando salí de mi escondite, la furgoneta ya había dado la vuelta a la esquina. Sin embargo, me pareció vislumbrar unos pilotos intermitentes a través de la bruma, como si el coche se hubiera detenido.

«¿Qué hago?» Estaba dividido entre el miedo y las ganas de entenderlo todo. También me preocupaba Nathan. Ahora que sabía de lo que era capaz Audibert, ¿era lícito que lo abandonase? La sirena de niebla del ferri anunció que estaba a punto de zarpar. «¡Decídetes!» Y, mientras el barco soltaba las amarras, salté hasta la pasarela de madera. No podía salir huyendo. Marcharme era sucumbir y renunciar a todo en cuanto creía.

Bordeé el promontorio que había delante de la capitánía y crucé la carretera hacia la oficina de correos. La bruma estaba por todas partes. Fui por la acera hasta la calle Mortevielle, donde había girado el coche del librero.

Estaba desierta, sumida en la niebla y la humedad. A medida que me acercaba a la furgoneta, cuyos intermitentes atravesaban la bruma, iba creciendo la sensación de que una amenaza invisible me rodeaba y estaba a punto de arrastrarme. Cuando llegué a la altura del coche, comprobé que no había nadie sentado al volante.

—¿Me estás buscando a mí, escritor de tres al cuarto?

Me di la vuelta y me topé con la silueta de Audibert, enfundado en su gabardina negra. Abrí la boca para gritar, pero, antes de que pudiera emitir sonido alguno, me golpeó con el atizador con todas sus fuerzas. Un alarido de espanto se me quedó atrapado en la garganta.

Y todo se oscureció a mi alrededor.

4.

Llovía a cántaros.

Nathan Fawles había salido de casa con tanta prisa que se la había dejado abierta de par en par. De regreso a La Cruz del Sur, ni siquiera se molestó en cerrar el portón. La amenaza a la que

tenía que enfrentarse no era de las que puedes repeler levantando muros o atrincherándote.

Salió a la terraza para sujetar un postigo que daba golpes contra la pared. Con la lluvia y las borrascas, la isla de Beaumont parecía otra. Ya no estaba en el Mediterráneo, sino en Escocia, en plena tormenta.

Fawles se quedó quieto unos minutos, entregándose al tamborileo de la lluvia templada. Lo asaltaban sin tregua imágenes insufribles: la matanza de la familia Verneuil, la tortura de Karim y la ejecución de Apolline. También le resonaban en la cabeza palabras de las cartas, que había vuelto a leer el día anterior; esas misivas que le escribió hacía veinte años a la mujer a la que tanto quería. Anonadado, dejó que le rodasen las lágrimas por las mejillas mientras todo aquello volvía a aflorar. La rabia de haber dejado pasar el amor, la vida a la que había renunciado, esa línea roja que trazaba la sangre de tantos cadáveres, víctimas colaterales de una historia en la que eran meros figurantes.

Entró en la casa para cambiarse. Mientras se ponía ropa seca, se sintió tremendamente cansado, como si toda la savia que le irrigaba el cuerpo se hubiese retirado. Estaba deseando acabar con aquel asunto. Se había pasado los últimos veinte años viviendo como un samurái. Había intentado plantarle cara a la existencia con valentía y honor. Seguir una disciplina y un camino solitario que lo habían conducido a prepararse mentalmente para recibir a la muerte, para no tener miedo el día que esta se presentase.

Estaba listo. Hubiese preferido que ese último capítulo no se escribiera al margen del ruido y la furia, pero habría sido en vano. Se había alistado en una guerra en la que nunca habría vencedores. Solo muertos.

Sabía desde hacía veinte años que las cosas acabarían mal; que, antes o después, le tocaría matar o que lo mataran, porque estaba en la propia esencia del secreto espantoso del que era depositario.

Pero ni siquiera en sus pesadillas se había imaginado Fawles que la Muerte que se lo iba a llevar tuviera los ojos verdes, el pelo dorado y las agraciadas facciones de Mathilde Monney.

11

A través de la noche

—¿En qué consiste una buena novela?
—En crear personajes que a los lectores les gusten y les caigan bien. Luego, matas a esos personajes. Y el lector se siente herido. De ese modo, se acordará para siempre de tu novela.

John IRVING

1.

Cuando recuperé el conocimiento, estaba atado en la parte de atrás del Renault 4 de Audibert y un demonio invisible me raspaba la cabeza por dentro con un objeto afilado. Era un auténtico martirio. Tenía la nariz rota, no podía abrir el ojo izquierdo y me sangraba el arco supraciliar. Presa del pánico, traté de desatarme, pero el librero me había anudado las muñecas y los tobillos con unos pulpos.

—¡Audibert, suélteme!

—Cállate, niño.

A las escobillas del Renault 4 les costaba evacuar las trombas de agua que azotaban el parabrisas. Aunque casi no veía nada, me di cuenta de que nos dirigíamos al este, hacia la punta del Azafranero.

—¿Por qué lo hace?

—¡Que cierres el pico!

Yo estaba empapado de lluvia y de sudor. Me temblaban las piernas y tenía el corazón desbocado. Estaba muerto de miedo, pero, por encima de todo, quería entender lo que pasaba.

—Usted fue el primero que recibió las fotos de la cámara vieja, ¿a que sí? ¡No fue Mathilde!

Audibert se rio con sorna.

—Me las enviaron a través de la cuenta de Facebook de la librería, ¿te lo puedes creer? El yanqui ese de Alabama me localizó gracias a la primera foto: Mathilde y yo delante de la librería el día que le regalé la cámara por su decimosexto cumpleaños.

Cerré los ojos un momento para tratar de comprender cómo se habían encadenado los hechos. De modo que Audibert había sido el principal arquitecto de una venganza tardía contra los asesinos de su hija, su yerno y su nieto. Lo que no acababa de entender era por qué el librero había arrastrado a su nieta hacia esa *vendetta*. Cuando se lo comenté, se volvió hacia mí y se puso a insultarme rabiosamente.

—¿Te crees que no intenté protegerla, mamarracho? Nunca le enseñé las fotos. Se las mandé a Patrice Verneuil, su abuelo paterno.

Aunque yo ya no tenía la mente muy clara, recordaba haberme topado con el nombre del padre de Alexandre durante mis pesquisas nocturnas. Patrice Verneuil, el antiguo madero y exdirector adjunto de la Policía Judicial que, en la época del caso, era consejero en el Ministerio del Interior. Aunque lo relegaron bajo el mandato de Lionel Jospin, se retiró con todos los honores

cuando Sarkozy se convirtió en el principal policía de Francia.

—A Patrice y a mí nos unía el mismo dolor —prosiguió el librero, serenándose un poco—. Cuando asesinaron a Alexandre, Sofia y Théo, se nos paró la vida. O, mejor dicho, la vida siguió adelante sin nosotros. La mujer de Patrice se suicidó en 2002, rota de dolor. Mi mujer, Anita, mantuvo el tipo hasta el final, pero cuando se estaba muriendo, en la cama del hospital, me repetía como un mantra la pena que le daba que nadie se hubiese cargado a los que habían masacrado a nuestros hijos.

Con las manos crispadas en el volante, parecía estar hablando consigo mismo. Se le notaba en la voz una rabia contenida que estaba deseando estallar.

—Cuando recibí las fotos y se las enseñé a Patrice, nos parecieron enseguida un regalo de Dios, o del diablo, con el que satisfacer nuestra venganza. Patrice les pasó las fotos de los dos matones a antiguos miembros de la Judicial y no tardaron en identificarlos.

Intenté soltarme las manos una vez más, pero los pulpos se me clavaban en las muñecas.

—Por supuesto, decidimos dejar a Mathilde al margen del plan —siguió contando el librero—. Y nos repartimos la tarea. Patrice se ocupó de Amrani y yo atraje a Chapuis a la isla haciéndome pasar por el gerente del viñedo de los Gallinari.

Audibert se había metido tanto en el relato que casi parecía disfrutar contándome los detalles del crimen que había cometido:

—Incluso fui a esperarla a la salida del ferri, a la muy desgraciada. Estaba lloviendo igual que hoy. En el coche, le di un buen zurriagazo con la Taser y la bajé al sótano.

2.

Ahora me daba cuenta de lo mucho que había subestimado a Audibert. Tras las pintas de viejo maestro provinciano se ocultaba un asesino con la sangre muy fría. Patrice Verneuil y él habían premeditado grabar los interrogatorios para intercambiárselos.

—Cuando estuvimos en el sótano —continuó—, dejé que se desangrara y lo disfruté, aunque era poco castigo para todo lo que nos había hecho sufrir.

¿Por qué me había metido yo solito tan alegremente en semejante berenjenal? ¿Por qué no le había hecho caso a Nathan, joder?

—A fuerza de torturarla, acabó soltando el nombre de Fawles.

—O sea que cree usted que Fawles mató a los Verneuil —pregunté.

—Qué va. Creo que la hijaputa de Chapuis soltó ese nombre al azar, porque estaba en Beaumont y relacionó la isla con el escritor. Creo que los culpables fueron ellos, esos dos miserables que se tendrían que haber podrido en la cárcel. Pero al final se llevaron su merecido. Y si tuviera que matarlos otra vez, lo haría con gusto.

—Entonces, con Apolline y Karim muertos, el caso está cerrado.

—Para mí lo estaba, pero el cabezota de Patrice no opinaba igual. Estaba empeñado en interrogar al propio Fawles, pero se murió antes de poder hacerlo.

—¿Patrice Verneuil ha muerto?

Audibert se rio como un demente.

—Hace quince días. ¡Lo devoró un cáncer de estómago! Y antes de marcharse ¡al muy imbécil no se le ocurrió nada mejor que enviarle a Mathilde una memoria USB con las fotos de la cámara vieja, los vídeos y lo que habíamos encontrado investigando!

Al colocarse, las piezas del puzle desvelaban una escena alucinante.

—Al descubrir las fotos de la fiesta de cumpleaños, Mathilde se quedó conmocionada. Se había pasado dieciocho años reprimiendo el recuerdo de haber estado en el piso cuando mataron a

sus padres y a su hermano. Se le había olvidado todo.

—Me cuesta creerlo.

—¡Me la refanfinfla que te lo creas o no! Es la verdad. Cuando se plantó en casa, hace diez días, Mathilde estaba fuera de sí, como poseída, decidida a vengar a su familia. Patrice le había contado que el cadáver de Apolline estaba metido en mi congelador.

—¿Fue ella la que crucificó el cuerpo en el eucalipto más viejo de Beaumont?

En el retrovisor, vi que Audibert asentía con la cabeza.

—¿Para qué?

—¡Pues para que acordonaran la isla, hombre! Para evitar que Nathan Fawles se escapara y obligarlo a reconocer su responsabilidad.

—¡Acaba de decirme que no cree que Fawles sea culpable!

—Yo no, pero ella sí. Y yo quiero proteger a mi nieta.

—¿Protegerla cómo?

El librero no contestó. A través de la ventanilla, vi que el Renault 4 acababa de dejar atrás la playa de la Ensenada de Plata. Noté cómo se me aceleraba el corazón. ¿Adónde me llevaba?

—Audibert, lo vi echar una carta al buzón hace un rato. ¿Qué era?

—¡Ja, ja! ¡Eres muy observador, niño! Era una carta de confesión para la comisaría de Tolón. Una carta en la que me acuso del asesinato de Apolline y de Fawles.

¡Por eso nos dirigíamos a La Cruz del Sur! La punta del Azafranero estaba ya a menos de un kilómetro. Audibert iba a eliminar a Fawles.

—Como comprenderás, tengo que matarlo antes de que lo haga Mathilde.

—¿Y yo?

—Tú estabas en el lugar equivocado en el momento equivocado. Se llama daño colateral. Qué mala pata, ¿verdad?

Tenía que hacer algo para acabar con esa locura. Con los dos pies atados, di un patadón contra el respaldo del asiento del conductor. Audibert no se esperaba ese ataque. Gritó y se volvió hacia mí en el preciso instante en el que otra patada lo alcanzaba en la cabeza.

—Maldito maricón de mierda, te voy a...

El coche dio un bandazo. En el techo metálico atronaba el ruido de la lluvia y, con la tromba de agua, me parecía estar en un barco a la deriva.

—¡Te vas a enterar de lo que vale un peine! —vociferó el librero agarrando el atizador que llevaba en el asiento del copiloto.

Creí que Audibert había recuperado el control del vehículo, pero, inmediatamente después, el Renault 4 embistió la barrera de protección y cayó al vacío.

3.

Nunca pensé que de verdad me fuera a morir. A lo largo de los pocos segundos que tardó el coche en caer, esperé hasta el último momento que sucediera algo para evitar la tragedia. Porque la vida es una novela. Y ningún narrador mata a su protagonista ochenta páginas antes del final de la historia.

Este instante no sabe a muerte ni a miedo. No veo la película de mi vida a cámara rápida, pero las cosas tampoco pasan a cámara lenta, como en el accidente de tráfico de Michel Piccoli en *Las cosas de la vida*.

Pero sí que me cruza la mente un pensamiento extraño. Un recuerdo, o más bien una confidencia que me hizo mi padre hace poco. Un momento de sinceridad tan repentino como sorprendente. Me dijo lo *luminosa* (usó esa palabra) que era su vida cuando yo era un niño.

«Cuando eras pequeño, hacíamos un montón de cosas juntos», me recordó. Y era cierto. Me acuerdo de los paseos por el bosque, de las visitas a los museos, de las obras de teatro, de las maquetas, del bricolaje... Pero no solo eso. Era él quien me llevaba todas las mañanas al colegio y por el camino siempre me enseñaba algo. Podía ser un hecho histórico, una anécdota artística, una regla gramatical o algún detalle que le había enseñado la vida. Todavía lo oigo contándomelo:

En francés, el participio pasado de los verbos pronominales reflexivos concuerda con el complemento directo cuando este antecede al verbo. Ejemplo: «Ils se sont lavé les mains» da «Les mains qu'ils se sont lavées». | Mientras contemplaba el cielo de la Costa Azul, a Yves Klein se le ocurrió crear un tono de azul lo más puro posible: el International Klein Blue. | El signo matemático \div , que se usa para las divisiones, se llama «lemnisco». | En la primavera de 1792, unos meses antes de que lo decapitaran, Luis XVI sugirió que la cuchilla recta de la guillotina se cambiara por una oblicua para que fuera más eficaz. | La frase más larga de *En busca del tiempo perdido* tiene 856 palabras; la más famosa, ocho («Longtemps je me suis couché de bonne heure»); la más corta, dos («Il regarde»); y la más hermosa, doce («On n'aime que ce que qu'on ne possède pas tout entier»). | Victor Hugo introdujo la palabra *pieuvre* en la lengua francesa al utilizarla por primera vez en su novela *Los trabajadores del mar*. | La suma de dos números enteros consecutivos es igual a la diferencia de esos números al cuadrado. Ejemplo: $6 + 7 = 13 = 7^2 - 6^2$...

Eran momentos alegres, aunque algo solemnes, y creo que todo lo que aprendí en esas mañanas se me ha quedado grabado en la memoria. Un día, debía de tener yo once años, mi padre me dijo con una profunda tristeza que ya me había transmitido más o menos todo lo que sabía y que todo lo demás lo aprendería en los libros. Sobre la marcha no lo creí, pero nuestra relación no tardó en volverse más distante.

A mi padre le obsesionaba perderme, que me atropellara un coche, que me pusiera enfermo, que un perturbado me raptase mientras iba a jugar al parque... Pero, a la postre, lo que me separó de él fueron los libros; los libros cuyos méritos tanto me había elogiado.

Tardé cierto tiempo en entenderlo, pero los libros no siempre son un vector de emancipación. Los libros también son un factor de separación. Los libros no solo derriban muros, también los levantan. Más a menudo de lo que se piensa, los libros hieren, rompen y matan. Con los libros, no es oro todo lo que reluce. Como el hermoso rostro de Joanna Pawlowski, tercera dama de honor en el concurso de Miss Isla de Francia 2014.

Poco antes de que el coche se estrellara, surgió un último recuerdo. Algunas mañanas, camino del colegio, cuando mi padre tenía la sensación de que llegábamos tarde, íbamos corriendo los últimos doscientos metros. «¿Sabes, Rafa? —me dijo hace unos meses, mientras encendía uno de esos cigarrillos que apuraba hasta el filtro—, cuando pienso en ti, siempre se me viene a la cabeza la misma imagen. Es primavera, tienes unos cinco o seis años, y hace sol y llueve al mismo tiempo. Vamos corriendo bajo la lluvia para que no llegues tarde a clase. Vamos corriendo los dos, a la par, cogidos de la mano, a través de las gotas de luz.

»Cómo te resplandecían los ojos.

»Qué carcajadas tan radiantes.

»El perfecto equilibrio de una vida.»

Un rostro cambiante

Es difícil decir la verdad, porque hay solo una, en efecto, pero está viva y por eso tiene un rostro vivo y cambiante.

Franz KAFKA

1.

Cuando Mathilde irrumpió en casa de Fawles, iba armada con una escopeta de corredera. Tenía el pelo mojado e iba sin maquillar; con cara de no haber dormido en toda la noche. Había descartado los vestiditos de flores y en su lugar llevaba unos vaqueros deshilachados y una parka acolchada con capucha.

—¡Se acabó el juego, Nathan! —soltó apareciendo de pronto en el salón.

Fawles estaba sentado a la mesa, delante del portátil de Grégoire Audibert.

—Puede —contestó con calma—, pero tú no eres la única que establece las reglas.

—Y eso que fui yo la que clavó al árbol el cadáver de Chapuis.

—¿Para qué?

—No me quedaba otra que montar un numerito sacrílego para obligar a las autoridades a acordonar la isla y que usted no pudiera escaparse.

—No merecía la pena. ¿Por qué iba a escaparme?

—Para evitar que yo lo mate. Para evitar que el mundo entero descubra sus secretitos.

—Hablando de secretitos, tú tampoco andas corta.

Para sustentar su observación, Fawles giró el portátil hacia Mathilde, confrontándola a las fotos hechas la noche del cumpleaños de su hermano.

—Todo el mundo creyó siempre que la hija de los Verneuil estaba en Normandía repasando para los finales. Pero era mentira. Tú también estabas presente en el escenario de la tragedia. Vivir con semejante secreto tiene que ser una pesada carga, ¿no?

Hundida, Mathilde se sentó al extremo de la mesa y dejó el arma encima, al alcance de la mano.

—Es una pesada carga, pero no por las razones que usted se imagina.

—Explícate...

—A principios del mes de junio, durante el periodo de repaso para los finales, me fui con mi amiga Iris a la casa de campo de sus padres, en Honfleur. Los adultos venían de vez en cuando a estar con nosotras el fin de semana, pero de lunes a viernes estábamos las dos solas. Nos lo habíamos tomado en serio y nos había cundido mucho, así que el 11 de junio por la mañana le propuse tomarnos un respiro.

—Querías volver a casa para el cumpleaños de tu hermano, ¿es eso?

—Sí, lo necesitaba. Hacía meses que me había fijado en que Théo no era el mismo. Antes siempre estaba alegre y lleno de vida y de repente muchas veces parecía triste y angustiado y

pensaba en cosas sombrías. Con mi presencia pretendía demostrarle lo mucho que lo quería y darle a entender que podía contar conmigo si tenía algún problema.

Mathilde hablaba con voz pausada. El relato estaba estructurado y se notaba que esa confesión formaba parte del plan: encontrar la verdad, toda la verdad, hasta en los recovecos más profundos de cada memoria, incluida la suya.

—Iris me dijo que, si me marchaba a París, ella aprovecharía para ir a pasar el día con unas primas suyas normandas. Avisé a mis padres y les pedí que no se lo contaran a Théo para darle una sorpresa. Fui con Iris en autobús hasta Le Havre y luego cogí el tren que iba a la estación de Saint-Lazare. Hacía sol. Fui subiendo por los Campos Elíseos, de tienda en tienda, buscando un regalo para Théo. Quería que fuera algo que le hiciera mucha ilusión. Al final le compré una camiseta de fútbol, la de la selección francesa. De allí fui a casa, en el distrito XVI, por la línea 9 de metro hasta La Muette. Llegué sobre las seis de la tarde. En casa no había nadie. Mamá estaba volviendo de Sologne con Théo y mi padre, en la oficina, como siempre. Llamé a mi madre para ofrecerme a ir al cáterin y a la pastelería para recoger la cena y la tarta que había dejado encargadas.

Impasible, Fawles escuchaba a la joven exponer su versión de la noche maldita. Llevaba veinte años creyendo que era el único que conocía las claves del caso Verneuil. Y ahora comprendía lo equivocado que estaba.

—Fue una bonita fiesta de cumpleaños —prosiguió Mathilde—. Théo estaba feliz y eso era lo único que me importaba. ¿Tiene usted hermanos, Fawles?

El escritor negó con la cabeza.

—No sé cómo nos habríamos llevado de mayores, pero a esa edad Théo me adoraba y era recíproco. Yo notaba lo frágil que era él y me sentía investida con la misión de protegerlo. Después del partido, celebramos la victoria y Théo se quedó dormido en el sofá. Sobre las once, lo acompañé hasta la cama sin que llegara a despertarse del todo y lo arropé, como hacía a veces, antes de ir a mi cuarto. Yo también estaba cansada. Me metí en la cama con un libro. Oía el sonido de fondo de mis padres hablando en la cocina; luego mi padre llamó por teléfono a mi abuelo para hablar del partido de fútbol. Hasta que *La educación sentimental* pudo conmigo.

Mathilde hizo una prolongada pausa. Durante un momento, solo se oyó el ruido de la lluvia que azotaba los cristales y el crujido de los troncos en la chimenea. A la joven le costaba seguir adelante, pero ya no era momento para pudores ni aplazamientos. Contó la continuación casi de un tirón. Ya no se trataba de un diálogo, sino de una inmersión en una fosa abisal de la que costaba creer que alguien pudiera salir indemne.

2.

—Me quedé dormida con Flaubert y me desperté con *La naranja mecánica*. Un disparo sacudió toda la casa. Mi radio despertador marcaba las 23:47. Aunque no había dormido mucho rato, aquel fue el despertar más brutal que había tenido nunca. A pesar del peligro que presentía, salí descalza de mi cuarto. En el pasillo estaba el cadáver de mi padre en un charco de sangre. Era una visión insoportable. Le habían disparado en la cara a quemarropa. Las paredes estaban salpicadas de restos de cerebro y de hemoglobina. No me había dado tiempo ni a gritar cuando me silbó en los oídos el segundo disparo y mi madre se desplomó en la puerta de la cocina. Yo estaba más que aterrorizada, en un espacio saturado de espanto que te lleva al borde de la locura.

»En una situación así, el cerebro se descontrola y no obedece a ninguna lógica. Mi primera reacción fue abalanzarme hacia mi cuarto. Tardé tres segundos en refugiarme allí. Estaba a punto de cerrar la puerta cuando me di cuenta de que me había olvidado de Théo. Según volvía a salir

de la habitación, otra deflagración pulverizó el silencio y el cuerpo de mi hermano, con una bala en la espalda, casi me cayó en los brazos.

»Obedeciendo al instinto de supervivencia, me escondí debajo de la cama. La luz de mi cuarto estaba apagada, pero la puerta se había quedado abierta. En el vano veía el cadáver del pobrecito Théo. La camiseta de fútbol ya no era más que una tremenda mancha de sangre.

»Cerré los ojos, apreté los labios y me tapé los oídos. Dejar de ver, no gritar, dejar de oír. No sé cuánto tiempo me quedé así, en apnea. ¿Treinta segundos? ¿Dos minutos? ¿Cinco minutos? Cuando volví a abrir los ojos, había un hombre en mi cuarto. Desde mi escondite solo le veía los zapatos: unos botines de piel marrón con elástico. Se quedó ahí unos segundos, inmóvil, sin buscarme. Deduje que no sabía que yo estaba en casa. Al cabo de un rato, dio media vuelta y desapareció. Yo seguí varios minutos ahí tirada, atónita, sin poder moverme. La sirena de la policía me arrancó de ese estupor. En mi llavero tenía la llave que abría la trampilla para salir al tejado. Me escapé por ahí. No me explico por qué reaccioné de esa manera. Debería haberme aliviado que llegara la policía, pero fue todo lo contrario.

»Después, los recuerdos son más borrosos. Creo que actué maquinalmente. Fui andando, de noche, hasta la estación de Saint-Lazare y cogí el primer tren de vuelta a Normandía. Cuando llegué a Honfleur, Iris aún no había regresado a casa. Cuando apareció, encontré fuerzas para mentirle. Fingí que me había entrado jaqueca después de separarnos y que al final no había ido a París. Me creyó, entre otras cosas porque yo tenía cara de estar medio muerta, y quiso llamar al médico. Llegó a media mañana, justo al mismo tiempo que la policía de Le Havre junto con mi abuelo, Patrice Verneuil. Él fue quien me comunicó oficialmente la noticia de que habían masacrado a mi familia. Y fue en ese momento cuando se me cortocircuitó el cerebro y perdí el conocimiento.

»Cuando me desperté, al cabo de dos días, no tenía ningún recuerdo de la velada. Creía de verdad que a mis padres y a Théo los habían asesinado cuando yo no estaba. Cuesta creerlo, visto desde fuera, pero eso fue lo que pasó. Una verdadera amnesia que ha durado dieciocho años. Debió de ser la única solución que encontró mi mente para que yo pudiera sobrevivir. Incluso antes de la matanza, yo ya vivía siempre angustiada, pero el choque traumático me dejó el cerebro en blanco. Por instinto de protección, la memoria sufrió como una disociación de las emociones. En los años siguientes, yo notaba que algo fallaba. Tenía un sufrimiento real que atribuía, en parte equivocadamente, al hecho de haber perdido a mi familia. Aunque había reprimido esos recuerdos, se me estaban pudriendo dentro y formaban una carga invisible.

»El fallecimiento de mi abuelo, hace dos semanas, fue lo que rasgó el velo de mi ignorancia. Antes de morir, Patrice Verneuil me remitió un sobre grande con una carta en la que explicaba que estaba convencido de que usted era el verdadero culpable de los asesinatos que ocurrieron esa noche. Me decía lo furioso que estaba por culpa de ese cáncer que se lo llevaba y que le impedía matarlo a usted en persona. Dentro del sobre también había una memoria USB con los vídeos de los interrogatorios de Chapuis y de Amrani, además de todas las fotos que se encontraron en la cámara extraviada en el mar de Hawái. Al descubrir en las fotos mi presencia en la dichosa velada, se me desbloqueó el cerebro y los recuerdos resurgieron con la fuerza de un géiser. La memoria regresaba con destellos bruscos que arrastraban una cola de culpabilidad, ira y vergüenza. Me desbordaban, tenía la sensación de que no se iban a acabar nunca. Era como un dique de hormigón armado que se rompe de pronto e inunda un valle entero.

»Estaba totalmente descompensada: tenía ganas de gritar, de desaparecer, lo reviví todo, como si me hubieran devuelto al pasado. No fue ni mucho menos una liberación. Fue espantoso. Una explosión mental perturbadora que volvió a sumirme en el horror. Las imágenes, los sonidos y los

olores que me asaltaban eran tan precisos y tan duros que me parecía estar reviviendo la escena amplificadas exponencialmente: el sonido ensordecedor de los disparos, las salpicaduras de sangre, los gritos, los restos de cerebro en las paredes, el espanto de ver a Théo desplomarse delante de mí... ¿Qué crimen había cometido yo para merecer revivir ese infierno por segunda vez?

3.

Un chorrito de orina salpicó a Ange Agostini. El policía municipal aguantó estoicamente y terminó de cambiarle el pañal a su hija Livia. Estaba a punto de volver a acostarla cuando le sonó el móvil. Era Jacques Bartoletti, el farmacéutico de la isla, que lo llamaba para preguntarle por un accidente del que había sido testigo. A primera hora de la mañana, aprovechando el final del bloqueo, Barto había salido en barca para ir a pescar seriolas, verdeles y chopas. Pero, por culpa de la lluvia y el viento, tuvo que regresar antes de lo previsto. Y, al doblar la punta del Azafranero, vio un coche salirse de la carretera y estrellarse contra el acantilado. Fuera de sí, Bartoletti avisó de inmediato a los guardacostas y ahora llamaba por si se sabía algo más.

Ange le contestó que no estaba al tanto. Después de colgar (y mientras Livia le regurgitaba un poco de leche en la camiseta, que ya olía a pis), hizo una llamada para asegurarse de que el equipo de emergencias terrestre sí que estaba informado. Pero en el cuartelillo de los bomberos no cogían el teléfono, como tampoco contestaba al móvil el teniente coronel Benhassi, con mando en la isla. Preocupado, Ange decidió ir al lugar personalmente. Sin embargo, las circunstancias no acompañaban. Esa semana le tocaba la custodia de los niños y todo eran problemas: para empezar, su hijo Lucca tenía anginas y estaba metidito en la cama y para seguir, hacía un tiempo asqueroso que volvía peligrosas las carreteras.

«Menudo marrón...» Ange fue a despertar a Lucca y lo ayudó a vestirse con ropa de abrigo. Con los dos niños en brazos («Pero cómo pesan estos críos...»), Ange salió de casa por la puerta que comunicaba con el garaje. Sentó a Lucca en la parte de atrás del motocarro, subió la capota y sujetó la sillita de Livia al asiento del copiloto. La punta del Azafranero solo estaba a tres kilómetros de su casa, una villa provenzal que se había construido en una parcela heredada de sus padres, pero que a Pauline, su exmujer, le parecía «pequeña», «mal orientada» y «muy encajonada y oscura».

—Vamos a ir despacito, chicos.

En el retrovisor, Ange vio que su hijo le levantaba el pulgar. El motocarro subió trabajosamente el camino serpenteante que desembocaba en la Strada Principale. El suelo estaba muy escurridizo por culpa de la lluvia y al Piaggio se le resistían los tramos más empinados. A Ange le daban retortijones solo de pensar en el riesgo al que estaba exponiendo a sus hijos. Suspiró de alivio cuando llegaron a la carretera principal. La tempestad azotaba la isla con una fuerza inusual. Ange siempre desconfiaba de los días tormentosos. Su isla, que normalmente era tan acogedora, mostraba una faceta inestable y amenazadora, como un eco del lado oscuro que todas las criaturas tienen dentro.

El motocarro cabeceaba y la lluvia tamborileaba contra los cristales. El bebé iba chillando y, en el maletero, Lucca no parecía estar mucho mejor. Acababan de dejar atrás la playa de la Ensenada de Plata cuando, a la vuelta de una curva, los detuvo una gruesa rama de pino que se había tronchado con la tormenta. Ange se paró en el arcén y le indicó a su hijo que fuera a sentarse con su hermana en el habitáculo mientras él despejaba la calzada.

El policía salió bajo la lluvia y apartó con mucho esfuerzo la rama y los cascotes que obstruían el paso. Estaba a punto de subirse de nuevo al cochecito cuando divisó el camión de bomberos

cincuenta metros más adelante, poco antes de la bifurcación del Sendero de los Botánicos. Aparcó junto al camión, aleccionó a Lucca para que no se moviera de allí y corrió a reunirse con los bomberos. Estaba empapado, el agua se le colaba por el cuello del polo y se le escurría por la espalda; daba un poco de pena. A sus pies, ladera abajo, vio la carrocería de un coche que no logró identificar.

La silueta alta y delgada de Najib Benhassi (el teniente coronel que dirigía a los bomberos de Beaumont) emergió de la bruma.

—Hola, Ange.

Se dieron un apretón de manos.

—Es el coche del librero —dijo Benhassi, anticipándose a la pregunta.

—¿Grégoire Audibert?

El bombero asintió y luego precisó:

—No estaba solo. El chico que tenía empleado iba en el coche con él.

—¿Raphaël?

—Raphaël Bataille, eso es —contestó Benhassi, consultando sus notas.

Hizo una pausa y añadió señalando a su equipo:

—Estamos subiéndolos. Los dos han muerto.

«¡Pobre chaval!»

Ange asimiló el golpe, que lo había pillado desprevenido, justo cuando la tenaza del bloqueo empezaba a aflojarse. Cruzó la mirada con la del bombero y le notó en la cara que algo lo incomodaba.

—¿Qué estás pensando, Najib?

Tras un silencio, el teniente coronel lo hizo partícipe de su perplejidad:

—Hay una cosa muy rara. El chico tenía las manos y los pies sujetos.

—¿Sujetos con qué?

—Con unos pulpos. Lo habían atado con unos pulpos.

4.

La tormenta arreciaba. Hacía un minuto largo que Mathilde había concluido su relato. Atrincherada en el silencio, volvía a amenazar a Fawles apuntándolo con la escopeta de corredera. El escritor se había puesto de pie. Plantado delante de la cristalera, con las manos a la espalda, observaba los pinos, que se doblaban y parecían retorcerse de dolor bajo la lluvia torrencial. Al cabo de un buen rato, se volvió muy tranquilo hacia la joven y le preguntó:

—Si lo he entendido bien, ¿tú también piensas que yo maté a tus padres?

—Apolline lo identificó con total certeza en el garaje. Y yo, cuando estaba escondida debajo de la cama, le vi claramente los zapatos. De modo que sí, creo que es usted un asesino.

Fawles sopesó el argumento sin tratar de rebatirlo. Al cabo de un rato de reflexión, se preguntó:

—Pero ¿cuál era mi móvil?

—¿Su móvil? Que era el amante de mi madre.

El escritor no pudo disimular la sorpresa.

—Eso es absurdo. ¡Si no conocía a tu madre!

—Pues bien que le escribió cartas. De hecho, unas cartas que ha recuperado hace poco.

Con el cañón de la escopeta, Mathilde señaló las misivas que Fawles había atado con una cinta y dejado encima de la mesa. El escritor contrató:

—¿Cómo conseguiste esas cartas?

Mathilde hizo otra incursión en el pasado. Volvió a la misma noche, a la misma secuencia de acontecimientos que, en unas pocas horas, había trastocado la vida de tantas personas.

—La noche del 11 de junio de 2000, antes de la cena de cumpleaños, me cambié de ropa para la ocasión. En mi armario tenía un vestido de verano muy bonito, pero me faltaban unos zapatos a juego. Como hacía de vez en cuando, fui a registrar el vestidor de mi madre. Tenía más de cien pares de zapatos distintos. Y fue allí, en una caja de zapatos, donde me encontré con esas cartas. Después de leerlas por encima, tuve sentimientos encontrados. Primero, la impresión de descubrir que mi madre tenía un amante; y después, casi a mi pesar, los celos de que un hombre le escribiera unos textos tan poéticos y apasionados.

—¿Y has conservado las cartas durante veinte años?

—Me las llevé a mi cuarto para leerlas a mis anchas y las escondí en el bolso, con la intención de examinarlas cuando estuviera sola en casa. Pero nunca tuve ocasión. Después de la tragedia, perdí a la vez el rastro y el recuerdo. Mi abuelo paterno, a cuya casa me fui a vivir después de la matanza, debió de guardarlas en algún sitio, como otros muchos objetos que podían retrotraerme a esa noche. Pero Patrice Verneuil nunca se olvidó de ellas y las relacionó con usted después de lo que reveló Apolline. Me las envió junto con la memoria USB. No cabe duda: están escritas con su letra y firmadas con su nombre.

—Sí, son más, pero ¿por qué crees que se las escribí a tu madre?

—Están dirigidas a S. Mi madre se llamaba Sofia y estaban en su cuarto. Son unos cuantos indicios que convergen en el mismo punto, ¿no le parece?

Fawles no contestó. En cambio, movió otra ficha:

—¿Para qué has venido aquí exactamente? ¿Para matarme?

—No enseguida. Antes quiero hacerle un regalo.

Rebuscó en el bolsillo y sacó un objeto circular que estampó contra la mesa. De entrada, Fawles creyó que era un rollo de cinta adhesiva negra, pero luego cayó en la cuenta de que era una cinta para máquina de escribir.

Mathilde se dirigió hacia la estantería para coger la Olivetti y la puso encima de la mesa.

—Quiero una confesión completa, Fawles.

—¿Una confesión?

—Antes de matarlo, quiero que quede por escrito.

—¿Que quede por escrito qué?

—Quiero que todo el mundo sepa lo que hizo. Quiero que todo el mundo sepa que el gran Nathan Fawles es un asesino. ¡No va a pasar a la posteridad subido a un pedestal, créame!

Él se quedó mirando la máquina un momento, alzó los ojos y se defendió:

—Aunque yo fuera un asesino, no puedes alegar nada contra mis libros.

—Sí, ya sé que ahora está de moda separar al hombre del artista: Fulano ha cometido tales barbaridades, pero sigue siendo un genio. Lo siento, pero yo no lo veo así.

—Es un debate muy amplio, pero, aunque puedas matar al artista, nunca podrás matar la obra de arte.

—Creía que sus libros estaban sobrevalorados.

—La cuestión no es esa. Y, en el fondo, sabes que tengo razón.

Sin previo aviso, Mathilde le dio un fuerte culatazo en los riñones para obligarlo a sentarse.

Fawles se desplomó en la silla apretando los dientes.

—¿Te crees que es tan fácil matar a alguien? ¿Te... te crees que esos indicios que convergen en el mismo punto te dan derecho a matarme? ¿Solo porque esa es tu santa voluntad?

—No, tiene derecho a defenderse, es cierto. Por eso le doy la oportunidad de ser su propio

abogado. Eso es lo que le gustaba decir una y otra vez en las entrevistas: «Desde la adolescencia, mis únicas armas siempre han sido un viejo Bic mordisqueado y un bloc de notas de hojas cuadrículadas». Pues ya está: para defenderse, tiene una máquina de escribir, una pila de papel y media hora.

—¿Qué quieres exactamente?

Mathilde, exasperada, pegó el cañón de la escopeta a la sien del escritor.

—¡La verdad! —gritó.

Fawles le plantó cara:

—¿Te crees que la verdad sirve para hacer *tabula rasa* del pasado, para librarte del sufrimiento y partir de cero? Lo siento, pero eso es una ilusión.

—Deje que eso lo juzgue yo solita.

—¡Pero es que la verdad no existe, Mathilde! O, bueno, sí existe, pero se mueve, está viva y no deja de cambiar.

—Estoy hasta el coño de sus sofismas, Fawles.

—Te guste o no, la humanidad no es dual. Nos movemos en una zona gris e inestable donde el mejor hombre siempre podrá cometer las peores acciones. ¿Por qué quieres infligirte eso? Una verdad que no vas a poder soportar. Un chorro de ácido en una herida aún abierta.

—No necesito que nadie me proteja. ¡Y usted menos! —le espetó y le señaló la máquina de escribir—: A trabajar. ¡Ya! Cuénteme su versión: los hechos puros y duros, solo los hechos. Ahórrese el estilo, la poesía, las digresiones, el énfasis... Lo quiero dentro de media hora.

—No, me...

Pero capituló con el segundo culatazo. Hizo una mueca y se dobló por culpa del golpe; después, lentamente, colocó el rollo en la máquina.

Al fin y al cabo, ya que se iba a morir hoy, mejor que fuera delante de una máquina de escribir. Ese era su sitio. Salvar el pellejo alineando palabras en un teclado: ese era un reto que podía afrontar.

A modo de calentamiento, tecleó lo primero que se le pasó por la cabeza, una frase de Georges Simenon, uno de sus maestros, que le pareció que venía muy al caso:

Qué diferente es la vida cuando le pasas revista después de haberla vivido.

Después de veinte años, el tableteo de las teclas bajo los dedos le produjo un escalofrío. Claro que lo había echado de menos, pero esa ausencia delante del teclado no había sido culpa suya. A veces, la voluntad no basta a menos que la acompañe un arma en la sien.

Conocí a Soizic Le Garrec en la primavera de 1996, en un vuelo de Nueva York a París. Iba sentada a mi lado, junto a la ventanilla, y estaba enfrascada en una de mis novelas.

Bueno, pues allá vamos... Titubeó unos segundos aún y le echó a Mathilde una ojeada que decía: «Todavía estás a tiempo de dar marcha atrás, a tiempo de no descebar la granada que nos va estallar en la cara a los dos».

Pero la mirada de Mathilde solo le contestó una cosa: «Venga, lance esa granada, Fawles. Lánceme el chorro de ácido...».

13

Miss Sarajevo

Qué diferente es la vida cuando le pasas revista después de haberla vivido.

Georges SIMENON

Conocí a Soizic Le Garrec en la primavera de 1996, en un vuelo de Nueva York a París. Iba sentada a mi lado, junto a la ventanilla, y estaba enfrascada en una de mis novelas. Se trataba de *Una pequeña ciudad americana*, la más reciente, que había comprado en el aeropuerto. Sin darme a conocer, le pregunté qué le parecía el libro (ya se había leído un centenar de páginas). Allí, rodeados de nubes, me contestó muy tranquila que no le estaba gustando nada y que no entendía el entusiasmo que despertaba ese escritor. Le hice notar que Nathan Fawles no dejaba de ser el reciente ganador de un premio Pulitzer, pero me aseguró que para ella los premios literarios no tenían ninguna credibilidad y que las fajas triunfalistas que desfiguraban la cubierta de los libros «solo servían para atrapar a los incautos». Yo cité a Bergson para impresionarla («No vemos las cosas en sí; casi siempre nos limitamos a leer la etiqueta que llevan pegada»), pero no la impresioné.

Al cabo de un rato ya no aguanté más y le revelé que yo era Nathan Fawles, pero no se inmutó lo más mínimo. A pesar de esos inicios difíciles, no dejamos de hablar en las seis horas que duró el vuelo. O más bien fui yo quien, a base de preguntas, no dejé de distraerla de la lectura.

Soizic era una joven médica de treinta años. Yo tenía treinta y dos. A retazos, me fue contando parte de su historia. En 1992, con la carrera recién terminada, se fue a Bosnia para estar con su novio de entonces, que era cámara en Antenne 2. Acababa de empezar lo que se convertiría en el asedio más largo de la guerra moderna: el martirio de Sarajevo. Al cabo de unas semanas, el novio se volvió a Francia o se marchó a cubrir otros conflictos. Pero Soizic se quedó. Había estrechado lazos con las organizaciones humanitarias que tenían presencia allí. Durante cuatro años, soportó el mismo calvario que sus trescientos cincuenta mil habitantes y puso sus conocimientos al servicio de la ciudad sitiada.

No me veo dándote lecciones magistrales, pero si quieres llegar a comprender este relato, mi historia y, ya de paso, la de tu familia, tienes que mentalizarte de cuál era la realidad de ese momento: la desintegración de Yugoslavia en los años que siguieron a la caída del muro de Berlín y la disolución de la URSS. Durante la posguerra, el mariscal Tito reunificó el antiguo reino de Yugoslavia mediante la instauración de una federación comunista de seis Estados balcánicos: Eslovenia, Croacia, Montenegro, Bosnia, Macedonia y Serbia. Cuando se hundió el comunismo, en los Balcanes resurgieron los nacionalismos. En un ambiente de tensiones exacerbadas, el hombre fuerte del país, Slobodan Milošević, resucitó el concepto de Gran Serbia, que reunía a todas las minorías serbias en el mismo territorio. Sucesivamente, Eslovenia, Croacia, Bosnia y Macedonia reivindicaron su independencia, lo que dio origen a una serie de conflictos violentos y sanguinarios. Con el telón de fondo de la limpieza étnica y la impotencia de la ONU, la guerra de

Bosnia fue una carnicería en la que murieron más de cien mil personas.

Cuando yo la conocí, Soizic llevaba grabados en el cuerpo y en la mente los estigmas del calvario de Sarajevo. Cuatro años de terror, de bombardeos continuos, de hambre y de frío; cuatro años de oír el silbido de las balas, de tener que operar a los pacientes a veces sin anestesia. Soizic era una de esas personas que sentía en sus propias carnes los sufrimientos del mundo. Y todo eso le había hecho mella. La miseria del mundo es un fardo que puede llegar a aplastarte si te lo tomas como algo personal.

*

Aterrizamos sobre las siete de la mañana en el aeropuerto gris y deprimente de Roissy. Nos despedimos y yo me puse a hacer cola para coger un taxi. Todo me resultaba desesperante: la perspectiva de no volver a verla; la humedad gélida de aquella mañana, y las nubes sucias y contaminadas que empantanaban el cielo y parecían ser el único horizonte de mi vida. Pero una fuerza de retorno me obligó a reaccionar. ¿Conoces el concepto griego del *kairós*? Es el instante decisivo que no hay que dejar escapar. En todas las vidas, incluso las más puteadas, el cielo concede, al menos una vez, una oportunidad real de cambiar radicalmente el destino. El *kairós* es la capacidad de saber agarrarte a esa pértiga que te tiende la vida. Pero suele ser un momento muy breve. Y la vida no da segundas oportunidades. Pues bien, esa mañana supe que me estaba jugando algo crucial. Me salí de la fila y volví sobre mis pasos. Busqué a Soizic por toda la terminal y por fin la encontré, esperando la lanzadera. Le dije que me habían invitado a firmar mis obras en la librería de una isla del Mediterráneo. Y, sin rodeos, le propuse que se viniera conmigo. Como a veces el *kairós* se les presenta a dos personas en el mismo instante, Soizic me dijo que sí sin titubear y ese mismo día nos fuimos a la isla de Beaumont.

Nos quedamos allí quince días y nos enamoramos de la isla al mismo tiempo que nos enamorábamos mutuamente. Fue uno de esos momentos ajenos al tiempo que esta puñetera vida te ofrece a veces, para que te creas que la felicidad existe. Un collar de momentos brillantes como perlas. En un arrebato, me fundí los derechos de autor de diez años en La Cruz del Sur. Nos veía a los dos pasando allí días felices y creí que había encontrado el lugar idóneo para ver crecer a nuestros hijos. Me veía también escribiendo allí mis próximas novelas. Me equivoqué.

*

Los dos años siguientes, vivimos en pareja en perfecta armonía, aunque no siempre estábamos juntos. Cuando sí lo estábamos, solíamos quedarnos en Bretaña (donde había nacido Soizic y estaba su familia) y en nuestro refugio, La Cruz del Sur. Entusiasmado por ese nuevo amor, yo había empezado a escribir otra novela, *Un verano invencible*. El tiempo restante, Soizic trabajaba sobre el terreno. Había regresado a la zona con la que estaba encariñada, los Balcanes, y realizaba misiones para la Cruz Roja.

Por desgracia, esa parte del mundo seguía sufriendo los horrores de la guerra. A partir de 1998, la zona caliente pasó a estar en Kosovo. Me disculpo de nuevo por tener que impartir otra clase de historia, pero es la única forma de que entiendas lo que sucedió. El territorio kosovar es una provincia autónoma de Serbia, de población mayoritariamente albanesa. Desde finales de la década de 1980, Milošević empezó a socavar la autonomía de la provincia y, más adelante, Serbia trató de volver a colonizar su territorio con asentamientos de colonos.

Se expulsó a parte de la población kosovar fuera de las fronteras. Se organizó la resistencia, primero pacífica, con la mediación del líder Ibrahim Rugova, el Gandhi de los Balcanes, que era conocido por rechazar la violencia, y después armada, con la creación del Ejército de Liberación de Kosovo (el famoso UÇK, cuya retaguardia se encontraba en Albania, donde se aprovechaba de la caída del régimen para saquear los arsenales).

A Soizic la mataron durante la guerra de Kosovo, en los últimos días de diciembre de 1998. Según el informe que el Ministerio de Asuntos Exteriores les envió a sus padres, cayó en una emboscada mientras acompañaba a un fotógrafo de guerra inglés que estaba haciendo un reportaje a unos treinta kilómetros de Pristina. Repatriaron el cuerpo a Francia y lo enterraron el 31 de diciembre en Sainte-Marine, un modesto cementerio bretón.

*

La muerte de la mujer que amaba me destrozó. Me pasé seis meses enclaustrado en casa, en la nebulosa del alcohol y las medicinas. En junio de 1999 anuncié que iba a dejar de escribir porque no quería que nadie esperase nada de mí.

El mundo siguió girando. En la primavera de 1999, después de diferirlo infinitas veces, las Naciones Unidas por fin decidieron votar una intervención en Kosovo, que se materializó en una campaña de bombardeos aéreos. Al principio del verano siguiente, las fuerzas serbias se retiraron de Kosovo, que pasó a ser un protectorado internacional bajo el mandato de la ONU. La guerra había dejado quince mil víctimas y miles de desaparecidos. Gran parte de ellos eran civiles. Y todo eso sucedía a dos horas de avión de París.

*

Cuando llegó el otoño, decidí viajar a los Balcanes. Primero a Sarajevo y luego a Kosovo. Quería ver los lugares que le importaban a Soizic, donde había pasado los últimos años de su vida. En aquella región las brasas estaban aún calientes. Conocí a kosovares, bosnios y serbios, una población temerosa y desorientada que, mal que bien, intentaba reconstruirse. Yo iba buscando el recuerdo de Soizic y me topaba con su presencia fantasmagórica al volver una esquina, en un parque, un dispensario... Un fantasma que velaba por mí y acompañaba mi pesar. Aunque fue desgarrador, me sentó bien.

Casi a mi pesar, al azar de las conversaciones, fui recabando datos entre la gente que había coincidido con Soizic justo antes de que muriera. Una confidencia por aquí daba pie a una pregunta por allá y vuelta a empezar. Poco a poco, las ramificaciones tejieron una tela de araña que convirtió el recorrido de duelo inicial en una investigación a fondo sobre las circunstancias en las que habían matado a Soizic. Hacía mucho que yo no participaba en ninguna misión, pero conservaba los reflejos y el sexto sentido que adquirí en mi etapa humanitaria. Tenía algunos contactos y, sobre todo, tenía tiempo.

*

Siempre me había preguntado qué pintaba Soizic acompañando a un joven periodista de *The Guardian* cuando la mataron. El hombre se llamaba Timothy Mercurio. Nunca pensé que pudiera ser un amante pasajero (y más tarde me enteré de que Mercurio era abiertamente homosexual),

pero tampoco creía que la pareja estuviera allí por casualidad. Soizic sabía hablar serbocroata. El periodista debió de pedirle que lo acompañara para hacer preguntas a la gente. Me había llegado varias veces el mismo rumor: Mercurio estaba investigando la Casa del Diablo, una antigua casa de labor situada en Albania que habían transformado en centro de detención y alimentaba el tráfico de órganos.

La presencia de centros de detención kosovares en Albania no era ninguna primicia. Albania era la retaguardia del UÇK, el Ejército de Liberación que había situado allí sus campos de prisioneros. Pero la Casa del Diablo era otra cosa. Según los rumores, era un lugar al que llevaban a los prisioneros (que solían ser serbios, pero también albaneses acusados de colaborar con Serbia) para clasificarlos según criterios médicos. Tras esa selección macabra, a algunos los mataban de un tiro en la cabeza y les extraían los órganos. Se contaba que ese tráfico vil estaba en manos de la Kuçedra, una oscura mafia que tenía aterrorizada a toda la región.

*

Yo no sabía qué pensar de ese rumor. Al principio me pareció una locura; además, había comprobado que los tiempos que corrían favorecían exageraciones de todo tipo para desacreditar a uno u otro clan. Pero decidí retomar la investigación de Mercurio y Soizic desde el principio, convencido de que nadie más que yo conseguiría concluirla. Por aquel entonces, en la antigua Yugoslavia los desaparecidos se contaban por decenas de miles. Las pruebas no tardaban en desvanecerse y la gente tenía miedo de hablar. Aun así, yo quería llegar al fondo del asunto, y cuanto más investigaba, más verosímil me parecía que existiera la Casa del Diablo.

De tanto buscar, acabé identificando a unos testigos potenciales de aquel tráfico, pero cuando se trataba de entrar en detalles no eran nada locuaces. Muchas personas con las que trataba eran campesinos o artesanos modestos a los que tenían aterrorizados los hombres de la Kuçedra. Ya te he hablado de la Kuçedra, ¿lo recuerdas? En el folclore albanés, es una dragona maléfica con cuernos, un monstruo demoníaco de nueve lenguas y ojos de plata, con el cuerpo deforme cubierto de espinas y lastrado con un par de alas gigantescas. Según las creencias populares, la Kuçedra exige constantemente sacrificios humanos, so pena de arrasar el país a sangre y fuego.

Un día, mi perseverancia dio sus frutos: conocí a un camionero que había participado trasladando prisioneros a Albania. Después de un interminable tira y afloja, accedió a llevarme a la Casa del Diablo. Era el edificio de una antigua casa de labor, aislado en medio del bosque y en estado ruinoso. Me recorrí el lugar de arriba abajo sin encontrar nada concluyente. Costaba creer que allí se hubiesen realizado operaciones quirúrgicas. El pueblo más cercano estaba a diez kilómetros. Los lugareños eran hostiles. Cada vez que yo sacaba el tema, las lenguas se paralizaban por miedo a las represalias de los hombres de la Kuçedra. Para no tener que hablar conmigo, todos fingían que no sabían ni media palabra de inglés.

Decidí quedarme allí de guardia varios días. Al final, la mujer de un peón caminero a la que había conmovido mi historia se apiadó de mí y me contó lo que le había contado a ella su marido. La Casa del Diablo no era más que un lugar de paso, una especie de estación de clasificación donde sometían a los prisioneros a una serie de chequeos médicos y análisis de sangre. A los donantes de órganos compatibles se los llevaban luego a la clínica Phoenix, un centro clandestino a las afueras de Istok.

*

Gracias a las indicaciones que me dio, por fin encontré la ubicación de la clínica Phoenix. En el invierno kosovar de 1999, era un caserón abandonado y destartado que los saqueadores habían dejado vacío. Quedaban dos o tres camas oxidadas, algunos aparatos médicos inservibles y papeleras llenas de bolsas de plástico y cajas de medicinas vacías. Lo más importante fue que me encontré con una especie de vagabundo que vivía allí de okupa. Estaba colocadísimo y decía llamarse Carsten Katz. Era un anestesista austríaco que trabajaba en la clínica cuando todavía estaba operativa. Más adelante me enteré de que también tenía dos motes poco halagüeños: el Hombre de la Arena y el Farmacéutico de Guardia.

Le pregunté por la clínica, pero el hombre no estaba en condiciones: sudaba a chorros, tenía la mirada alucinada y se retorció de dolor. Katz era morfinómano y estaba dispuesto a lo que fuera a cambio de una dosis. Le prometí que volvería más tarde con provisiones. Me fui enseguida a Pristina, donde pasé el resto del día tratando de conseguir alcaloides. Como tenía suficientes dólares para abrir las puertas correctas, arrasé con toda la morfina que pude encontrar.

Cuando regresé a la clínica, ya era noche cerrada. Carsten Katz tenía un aspecto espantoso de zombi. Había transformado los conductos de ventilación en chimenea y encendido un fuego con paneles de contrachapado. Cuando vio las dos ampollas de morfina, se me echó encima como un demente. Se las inyecté yo mismo y estuve esperando un buen rato, hasta que pareció serenarse. A continuación, el anestesista se sentó a la mesa y me lo contó todo.

Para empezar, me confirmó la función de clasificación que tenía la Casa del Diablo y que luego trasladaban a algunos prisioneros a la clínica Phoenix. Allí era donde los ejecutaban de un tiro en la cabeza antes de extraerles los órganos (principalmente, riñones) para los trasplantes. Los receptores, menuda sorpresa, eran enfermos ricos y extranjeros que llegaban a pagar entre cincuenta mil y cien mil euros por la operación. «El negocio estaba bien montado», siguió contando Carsten Katz. El anestesista afirmaba haber identificado a los hombres de la Kuçedra, un grupito dirigido por un trío maléfico: un mando militar kosovar, un mafioso albanés y un cirujano francés, Alexandre Verneuil. Mientras que los dos primeros se encargaban de detener y trasladar a los prisioneros, tu padre, Mathilde, era quien supervisaba toda la parte «médica». Además de a Katz, tu padre había reclutado a un equipo de médicos: un cirujano turco, otro rumano y un jefe de enfermería griego, unos tipos fiables en el aspecto médico, pero no tanto en lo referente al juramento hipocrático.

Según Katz, en la clínica Phoenix se habían realizado unas cincuenta operaciones salvajes. A veces, los riñones no se trasplantaban *in situ*, sino que se enviaban por avión a otras clínicas extranjeras. Le saqué al austríaco todo lo que pude con el cebo de otras ampollas de morfina. El Hombre de la Arena fue tajante: Alexandre Verneuil era el auténtico cerebro del negocio, el que había ideado aquel tráfico y dirigía el cotarro. Lo peor era que, para tu padre, Kosovo no era un experimento, sino la continuación de un tráfico ya asentado que había puesto en marcha en otros lugares, en función de sus misiones humanitarias. Gracias a la red y a la posición que tenía, Verneuil podía entrar en las bases de datos de muchos países para ponerse en contacto con pacientes graves, dispuestos a desembolsar mucho dinero por un órgano nuevo. Por descontado que el pago siempre era en metálico o a través de cuentas extranjeras.

Me saqué otras dos ampollas de morfina del bolsillo del abrigo. El médico las miró con ojos de loco.

—Ahora quiero que me hables de Timothy Mercurio.

—¿El tío de *The Guardian*? —recordó Katz—. Nos seguía la pista desde hacía varias semanas. Había tirado del hilo hasta aquí gracias a un informante: un enfermero kosovar que trabajó para nosotros al principio de la operación.

El austríaco se había liado un cigarrillo y le daba caladas como si su vida dependiera de ello.

—Los tíos de la Kuçedra había intimidado a Mercurio varias veces para disuadirlo de seguir investigando, pero el periodista se las quiso dar de héroe. Una noche, los guardias lo pillaron aquí con la cámara. Menuda insensatez.

—No iba solo.

—No, se había traído a una rubita que debía de ser su asistente o su intérprete.

—¿Los matasteis?

—Fue el propio Verneuil el que se los cargó. No quedaba otra.

—¿Y los cuerpos?

—Los trasladamos cerca de Pristina para que pareciera que él y la chica habían caído en una emboscada. Fue una pena, pero no pienso llorar por ellos. Mercurio sabía de sobra el riesgo que corría viniendo aquí.

*

Querías la verdad, Mathilde, pues aquí la tienes: tu padre no era el médico brillante y generoso que fingía ser; era un criminal y un asesino, un monstruo abominable con varias decenas de muertos sobre su conciencia. Y que mató con sus propias manos a la única mujer que he querido.

*

Cuando volví a Francia, estaba decidido a matar a Alexandre Verneuil, pero dediqué el tiempo necesario a transcribir y consignar todos los testimonios que había conseguido en los Balcanes. Revelé y clasifiqué todas las fotos que había hecho, monté las imágenes que había filmado e investigué detenidamente los demás escenarios que tu padre había asolado para elaborar un informe inculpatario lo más detallado posible. No solo quería ver muerto a Verneuil, sino también sacar a la luz qué clase de monstruo era. En definitiva, lo mismo que tú querías hacer conmigo.

Cuando tuve listas todas las pruebas, cuando llegó el momento de pasar a la acción, me puse a seguirlo, a espiarlo casi cada vez que salía a la calle. Aún no sabía exactamente lo que iba a hacer. Quería que el suplicio durase mucho tiempo, que apurase el cáliz hasta las heces. Pero, cuanto más tiempo pasaba, más obvio me parecía que mi venganza era demasiado blanda. Si mataba a Verneuil, corría el riesgo de convertirlo en una víctima y de acabar demasiado pronto con el calvario que quería que sufriese.

El 11 de junio de 2000, crucé la puerta del Dôme, el restaurante del bulevar de Montparnasse del que tu padre era asiduo; le dejé al *maître* una fotocopia del informe inculpatario con el encargo de que se lo entregase a Verneuil, y me esfumé antes de que me reconociese. Estaba más que decidido a hacer partícipes de mis revelaciones y pruebas a la justicia y a los medios de comunicación al día siguiente. Pero antes quería que Verneuil se cagara encima y que lo consumiese el miedo. Quería darle esas horas de ventaja para que tuviera tiempo de imaginarse cómo la mordaza se cerraba en torno a él y le rompía los huesos lentamente. Unas horas dolorosas y de plena conciencia en las que lo corroyera la angustia pensando en el tsunami que se le venía encima dispuesto a arrasar su vida, la de su mujer, la de sus hijos y la de sus padres. Aniquilarlo.

Mientras tanto, volví a casa, sin nada que hacer, y tuve la sensación de que Soizic había muerto por segunda vez.

*

—¡ZIDANE PRESIDENTE! ¡ZIDANE PRESIDENTE!

Me desperté, sudando y nervioso, poco antes de las once de la noche, por culpa de los hinchas que celebraban la victoria de la selección francesa de fútbol. Me había pasado la tarde bebiendo y tenía la mente borrosa. Algo me traía de cabeza. ¿Cómo iba a reaccionar un ser tan demoníaco como Verneuil? Había pocas posibilidades de que se quedase de brazos cruzados. Me había precipitado, sin pensar en las consecuencias de mis actos. Sin pensar, precisamente, en su mujer y sus dos hijos.

Salí de casa corriendo, presa de un palpito funesto. Fui por el coche al aparcamiento de Montalembert y crucé el Sena hasta el parque de Ranelagh. Al llegar al bulevar de Beauséjour, delante del edificio donde vivían tus padres, enseguida me di cuenta de que pasaba algo raro. El portón eléctrico del garaje subterráneo estaba abierto. Bajé por la rampa y dejé el Porsche allí aparcado.

Luego, todo se aceleró. Mientras llamaba al ascensor, oí dos disparos en los pisos superiores. Me lancé escaleras arriba hasta el segundo. La puerta estaba abierta. Según entré en la casa, me di de bruces con tu padre, que iba armado con una escopeta de corredera. Unas líneas de color escarlata salpicaban el suelo y las paredes del vestíbulo. Vi el cadáver de tu madre y el de tu hermano al fondo del pasillo. Y tú eras la siguiente en la lista. Al igual que otros antes que él, tu padre estaba sufriendo un ataque de locura asesina: estaba exterminando a su familia antes de quitarse la vida. Me abalancé sobre él para intentar desarmarlo. Peleamos por el suelo y un disparo accidental le reventó la cabeza.

Así fue cómo, sin saberlo, te salvé la vida.

Dos supervivientes de la nada

*El infierno está vacío
y todos los demonios se hallan aquí.*

William SHAKESPEARE

1.

Una serie de intensos relámpagos iluminó el interior de la estancia y enseguida retumbaron los truenos. Mathilde, sentada a la mesa del salón, estaba llegando al final de las confesiones de Nathan Fawles. Varias veces, mientras leía, había sentido que no podía respirar, como si en la habitación faltase oxígeno y fuera a darle una apoplejía.

Para sustentar sus afirmaciones, Fawles no se había limitado a escribirlas: había sacado de un armario las pruebas de su investigación, tres carpetas gruesas que había sumado al taco de hojas mecanografiadas.

Mathilde tenía delante la demostración de los terribles excesos de su padre. Había exigido la verdad, pero la verdad, insostenible, le hacía perder pie. El corazón le latía tan fuerte que parecía que se le fueran a desgarrar las arterias. Fawles le había prometido un chorro de ácido y no solo había cumplido su palabra, sino que le había apuntado a los ojos.

Estaba resentida consigo misma. ¿Cómo podía haber estado tan ciega? Nunca se había planteado realmente, ni durante su adolescencia ni después de que murieran sus padres, de dónde venía el dinero de su familia. El piso de doscientos metros cuadrados en el bulevar de Beauséjour, el chalé de montaña en Val-d'Isère, la casa de veraneo en el cabo de Antibes, los relojes de su padre, el vestidor doble de su madre, tan grande como un piso... Se suponía que era periodista, había realizado investigaciones inculpatorias sobre políticos sospechosos de haber desviado fondos sociales, sobre personalidades acusadas de evasión fiscal o sobre el comportamiento inmoral de algunos empresarios, pero nunca se había molestado en investigarse a sí misma. La consabida paja en el ojo ajeno.

A través del cristal, vio a Fawles, que había salido a la terraza. Inmóvil y resguardado de la lluvia bajo las láminas de madera del patio, miraba fijamente el horizonte. El fiel Bronco montaba guardia a su lado. Mathilde cogió de nuevo la escopeta de corredera que había dejado encima de la mesa mientras leía; la escopeta con culata de madera y la espantosa Kuçedra grabada en el acero de la caja; la escopeta que, como acababa de enterarse, había diezmado a su familia.

«Y ahora ¿qué?», se preguntó Mathilde.

Podía pegarse un tiro en la cabeza para completar el cuadro. En ese preciso instante, ese acto se le antojaba un alivio. Cuántas veces se había sentido culpable por no haber muerto con su hermano... También podía matar a Fawles y quemar su confesión y el informe de sus investigaciones para proteger a toda costa la memoria de los Verneuil. Un secreto de familia como aquel es una mancha de la que no te recuperas; una deflagración que te veta el tener hijos; una infamia que, al hacerse pública, contamina tu estirpe y tu descendencia por los siglos de los

siglos. La tercera alternativa consistía en matar a Fawles y luego matarse ella para eliminar a todos los testigos de aquel asunto. Erradicar definitivamente la lepra del «caso Verneuil».

No se le iban de la cabeza las imágenes de Théo. Recuerdos de momentos felices. Enternecedores. El rostro travieso de su hermano, que destilaba bondad. Las gafas de color y las paletas separadas. Cuánto la quería Théo. Confiaba ciegamente en ella. A menudo, cuando se asustaba (de la noche, de los monstruos de los cuentos, de los matones mayores del recreo...), ella lo reconfortaba y le decía una y otra vez que no se preocupase, le aseguraba que siempre estaría a su lado cuando la necesitara; palabras que no la comprometían a nada, puesto que, la única vez que *realmente* estuvo en peligro, ella no pudo hacer nada. Peor aún, solo pensó en sí misma y se refugió corriendo en su cuarto. Ese pensamiento le resultaba insoportable. No podía seguir viviendo con esa carga.

A través del cristal, vio que Fawles, a pesar de la lluvia, bajaba las escaleras de piedra que conducían al promontorio donde estaba amarrado el Riva. Por un momento, pensó que iba a embarcar, pero se acordó de haber visto las llaves en el vaciabolsillos de la entrada.

Le zumbaban los oídos. Le bullían las ideas en el cerebro. Pasaba de una a otra, de una emoción a otra. No era del todo cierto que nunca se hubiera preguntado nada sobre su familia. Desde la edad de diez años (y puede que antes), había alternado épocas luminosas con etapas más sombrías; momentos en los que la corroían una angustia y un desencanto de la vida cuya causa ignoraba. Luego llegaron los trastornos alimentarios, por los que tuvieron que ingresarla dos veces en el Centro para Adolescentes.

Ahora comprendía que, ya por entonces, el secreto de la doble vida de su padre se le estaba pudriendo dentro. Y que había empezado a contaminar a su hermano. De repente, veía una faceta de su vida bajo una luz nueva: la tristeza de Théo, el asma, las pesadillas atroces, cómo había perdido seguridad en sí mismo y empezado a sacar malas notas... Albergaban ese secreto desde la infancia, como un veneno que los iba matando a fuego lento. Tras el barniz de familia perfecta, los hermanos habían captado las zonas oscuras y los relentes tóxicos. Todo ello de forma totalmente inconsciente. Como si fueran telépatas, debían de haber cogido al vuelo determinadas palabras enigmáticas, determinadas actitudes, los significados implícitos y los silencios que les habían inyectado un desasosiego impreciso.

Y su madre ¿hasta qué punto estaba al tanto de los crímenes de su marido? Puede que apenas supiera nada, pero también era posible que Sofía se hubiese acomodado con excesiva facilidad y sin hacer muchas preguntas a una situación en la que abundaba el dinero.

Mathilde sintió que se hundía: en pocos minutos había perdido todos sus puntos de referencia, todos los hitos que definían su identidad desde hacía mucho tiempo. En el momento en el que se disponía a apuntarse con el arma, Mathilde buscó desesperadamente algo a lo que aferrarse y le vino a la mente un detalle del relato de Fawles: el orden en el que habían caído los cuerpos. Y, de pronto, Mathilde empezó a dudar de la versión del escritor. Después de su amnesia traumática, los recuerdos habían vuelto con una precisión sorprendente. Y estaba segura de que su padre fue el primero en morir.

2.

El redoble del trueno sacudió la casa, como si estuviera a punto de desprenderse del acantilado. Mathilde, con la escopeta en la mano, cruzó la terraza y bajó las escaleras para reunirse con Fawles y el perro en el embarcadero.

Llegó a la amplia plataforma rocosa que se extendía delante de la planta baja de la casa. El escritor se había resguardado bajo la cornisa de la imponente fachada de piedra molar en la que

se abría una hilera de ojos de buey opacos. La primera vez que los vio, Mathilde se sintió intrigada. En ese momento, pensó que el cobertizo quizá sirviera para guardar el Riva, aunque los días de tempestad algunas olas debían de anegar el pontón y subir hasta allí.

—En su relato hay algo que no me cuadra.

Fawles, cansado, se masajeó la nuca.

—El orden en el que cayeron los cuerpos —insistió Mathilde—. Usted afirma que, antes de morir, mi padre mató primero a mi madre y luego a mi hermano.

—Así fue.

—Pero eso no es para nada lo que yo recuerdo. Cuando me despertó el primer disparo, salí de mi cuarto y vi el cuerpo de mi padre tirado en el pasillo. Y a continuación presencié cómo asesinaban a mi madre y a mi hermano.

—Eso es lo que crees que recuerdas. Pero son recuerdos falsos.

—¡Sé lo que vi!

Fawles parecía dominar el tema:

—Los recuerdos que vuelven al cabo de varias décadas en blanco parecen muy precisos, pero no son fiables. No son totalmente falsos, pero están dañados y reelaborados.

—¿Es usted neurólogo?

—No, soy novelista y he leído cosas sobre el tema. La memoria traumática a veces tiene fallos, es un hecho. El debate sobre los llamados «falsos recuerdos» hizo furor durante varios años en los Estados Unidos. Lo llamaban «guerra de recuerdos».

Mathilde atacó por otro frente:

—¿Por qué es usted el único que investigó lo de Kosovo?

—Porque estaba allí y, sobre todo, porque no le pedí permiso a nadie.

—Si ese tráfico de órganos existió de verdad, ha tenido que dejar algún rastro. Las autoridades no han podido barrer debajo de la alfombra algo así.

Fawles soltó una risa triste.

—Nunca has estado en una zona de conflicto ni en los Balcanes, ¿verdad?

—Es cierto, pero...

—Claro que hubo amagos de investigación —la interrumpió—. Pero, por entonces, la prioridad era restaurar la apariencia de Estado de derecho, no reabrir las heridas del conflicto. Por no hablar de que la Administración era un auténtico desbarajuste. Entre la UMNİK, que por entonces administraba Kosovo, y las autoridades albanesas, todos se pasaban la pelota unos a otros. Y otro tanto sucedía con el TPIY y la misión EULEX. Los recursos que tenían para investigar eran muy limitados. Ya te he explicado lo difícil que era conseguir testimonios suficientes y coherentes entre sí y lo rápido que desaparecían las pruebas en esta clase de asuntos. Por no hablar de la barrera idiomática.

Por lo visto, Fawles tenía respuesta para todo, pero Fawles era escritor, es decir (Mathilde seguía convencida), un mentiroso profesional por naturaleza.

—¿Por qué estaba abierta la puerta del garaje de casa de mis padres la noche del 11 de junio de 2000?

Fawles se encogió de hombros.

—Seguramente la forzaron Karim y Apolline para subir al piso de los jubilados. Se lo tendrías que haber preguntado a tus abuelos torturadores.

—O sea que esa noche, después de oír los dos disparos, subió corriendo a nuestra casa, ¿no? —preguntó Mathilde, siguiendo con el análisis del relato de Fawles.

—Sí, tu padre había dejado la puerta entornada.

—¿Le parece lógico?
—¿Qué tiene de lógico que alguien decida masacrar a su familia!
—Aun así, se le ha olvidado una cosa: el dinero.
—¿Qué dinero?
—Usted sostiene que parte del dinero procedente del tráfico de órganos fue a parar a una o varias cuentas extranjeras.
—Sí, fue lo que me contó Carsten Katz.
—Pero ¿qué ha sido de esas cuentas? Soy la única heredera de mi padre y nunca he oído hablar de ellas.
—Ese es el principio del secreto bancario y la opacidad en este tipo de organizaciones, me parece a mí.
—En aquella época, no le digo que no. Pero desde entonces los paraísos fiscales han dejado de ser lo que eran.
—Ese dinero debe de estar durmiendo en alguna parte, supongo.
—¿Y las cartas de Soizic?
—¿Qué les pasa?
—¿Qué coño hacían en el vestidor de mi madre?
—Tu padre debió de encontrarlas en el cadáver de Soizic.
—Vale, pero eran una prueba comprometedor. ¿Por qué se arriesgó a guardarlas?
Fawles no dio su brazo a torcer:
—Porque estaban bien escritas. Porque, en su género, son una obra maestra de la literatura epistolar.
—No le falta modestia...
—No me falta razón.
—Pero ¿por qué se las iba a dar a mi madre, que no sabía nada de su doble vida?
Esta vez, Fawles se quedó pillado, consciente de que su versión se desmoronaba. Y Mathilde se adentró en esa brecha.

3.

Se le había pasado el arrebato suicida y autodestructivo. Mathilde volvía a ser ella misma. O, más bien, la Mathilde que le gustaba. La Mathilde de llamas y fuego, la dura de pelar, la que, desde pequeña, contra viento y marea, había logrado superar muchos obstáculos. Seguía en pie, viva y dispuesta a luchar. Solo le faltaba sacar a su enemigo a campo abierto.

—Creo que no me está contando la verdad, Nathan. Estoy segurísima de haber visto el cadáver de mi padre en el pasillo antes de que murieran mi madre y Théo.

Ahora tenía el recuerdo perfectamente claro en la cabeza. Nítido, sólido y preciso.

Casi había dejado de llover. Fawles salió de su refugio y dio unos pasos por el pontón, con las manos en los bolsillos. En el cielo, los cormoranes y las gaviotas daban vueltas soltando gritos espantosos.

—¿Por qué me miente? —preguntó Mathilde alcanzándolo en el embarcadero.

Fawles la miró a los ojos. No estaba vencido, estaba resignado.

—Tienes razón. El primer tiro que se disparó esa noche sí que mató a la persona que viste en el pasillo, pero no era tu padre.

—¡Claro que sí!

Él negó con la cabeza y entornó los ojos.

—Tu padre era demasiado prudente, demasiado meticuloso para no haberlo previsto todo. Con

todos los horrores que había cometido, sospechaba que antes o después su vida podría dar un vuelco. Para que el cataclismo no lo pillara desprevenido, había organizado la eventualidad de tener que salir huyendo de un día para otro.

Mathilde estaba paralizada.

—¿Para ir adónde?

—Alexandre Verneuil pensaba rehacer su vida con otra identidad. Por eso las cuentas extranjeras no estaban a su nombre, sino al de su doble.

—¿A quién se refiere? ¿Quién era el cadáver del pasillo, Nathan?

—Se llamaba Dariusz Korbas. Era un polaco que vivía en la calle con su perro. Tu padre le había echado el ojo en el bulevar de Montparnasse un año antes. Los dos tenían la misma edad y la misma complexión. Enseguida se dio cuenta del provecho que podía sacarle. Se puso a hablar con él, volvió a verlo al día siguiente y le buscó plaza en un albergue.

El viento había empezado a cambiar de dirección, obligando a la lluvia a derramar las últimas gotas.

—Verneuil invitaba a menudo a Dariusz a comer en algún restaurante —explicó Fawles—. Le daba la ropa que ya no se ponía y le facilitaba cuidados médicos. Hasta tu madre, sin sospechar lo que su marido se traía entre manos, lo atendió varias veces gratis en su consulta odontológica.

—Pero ¿para qué hacía todo eso?

—Para que Dariusz pudiera sustituirlo cuando Verneuil decidiera que había llegado el momento de escenificar su suicidio.

Mathilde sintió que se tambaleaba, como si el pontón de madera se estuviera derrumbando en el mar.

Fawles continuó:

—El 11 de junio de 2000, Verneuil le pidió a Dariusz Korbas que fuera a verlo poco antes de medianoche y que trajera una bolsa de viaje, con el pretexto de llevarlo al *Florón San Juan*.

—¿El *Florón San Juan*?

—Es una barcaza transformada en albergue y amarrada al muelle de Javel donde se pueden alojar los indigentes con perro. El plan de tu padre era sencillo: matar a Korbas antes de eliminaros a tu madre, a tu hermano y a ti. Y eso fue lo que hizo. Cuando Dariusz se presentó, tu padre le pidió a tu madre que le preparase un café y aprovechó para registrar sus cosas. Después, cuando llegó el momento de ir al supuesto albergue, Verneuil le disparó en la cara a quemarropa.

Mathilde objetó de inmediato: recordaba muy bien que habían identificado el cuerpo de su padre.

—Así es —admitió Fawles—. El cuerpo lo identificaron al día siguiente tu abuelo, Patrice Verneuil, y tu abuela. Lo hicieron presa del dolor y la confusión, más para cumplir el trámite que para colaborar en una trampa que a nadie se le habría ocurrido.

—¿Y la poli?

—Hizo su trabajo escrupulosamente: analizó la dentadura del cadáver y comparó el ADN con las muestras recogidas en un peine y un cepillo de dientes que había en el cuarto de baño de tu padre.

—El peine y el cepillo de dientes eran de Dariusz —adivinó Mathilde.

Fawles asintió:

—Para eso servía la bolsa de viaje.

—¿Y la dentadura?

—Eso fue lo más difícil, pero tu padre había pensado en todo: como él y Dariusz acudían a la consulta de tu madre, le bastó con intercambiar esa misma tarde las dos radiografías dentales para

engañar a los técnicos de la policía científica.

—¿Y las cartas para Soizic? ¿Por qué las puso en el armario de mi madre?

—Para que los investigadores creyeran que tu madre tenía un amante y que la infidelidad de su mujer había provocado la matanza. La inicial S. lo confirmaba.

Fawles se sacudió el pelo para quitarse las gotas de lluvia. Ahora el pasado lo estaba asediando a él y seguía siendo igual de difícil plantarle cara.

—Cuando llegué al piso, tu padre ya había matado a Dariusz Korbas, a tu madre y a tu hermano. Es cierto que había dejado la puerta abierta, seguramente para facilitar la huida. Pero antes iba a matarte a ti, ahora lo sé. Me peleé con él para desarmarlo y le di varios culatazos en la cara para dejarlo fuera de combate. Luego eché un vistazo en tu cuarto, pero no vi a nadie.

—Y por eso yo reconocí sus botas.

—Después volví al salón. Tu padre estaba herido y desmayado, pero seguía vivo. Yo estaba conmocionado por lo que acababa de vivir. Hasta mucho más tarde no comprendí lo que había pasado. Sobre la marcha, al final decidí bajar en el ascensor con el cuerpo inconsciente de Verneuil. Una vez en el garaje, lo llevé hasta el coche y lo puse en el asiento del copiloto.

Mathilde entendía ahora por qué Apolline Chapuis juró que había visto a dos personas en el Porsche del escritor.

—Me fui de la casa camino del hospital que me parecía más cercano: el Ambroise-Paré, de Boulogne-Billancourt. Pero, a pocos metros de urgencias, en lugar de pararme seguí conduciendo. Viajé durante toda la noche: la circunvalación, la autopista A6 y luego la Provençal hasta Tolón. No estaba seguro de querer que curaran a Verneuil. No podía ser el único que saliera vivo de esa tragedia que había provocado él solo.

4.

—Llegué a Hyères al amanecer. Mientras tanto, Verneuil se había despertado a medias, pero yo lo había atado con las correas de dos cinturones de seguridad antes de encerrarlo en el maletero.

Fawles empezó a hablar igual que debió de conducir aquella noche: deprisa y sin pausas.

—Seguí adelante hasta el puerto de Saint-Julien-les-Roses, donde tenía amarrado el barco. Cargué a Verneuil en el Riva y vine navegando hasta aquí.

»Quería matarlo yo mismo, tal y como lo decidí al regresar de Kosovo, como debería haber hecho antes; así habría evitado la carnicería que acababa de ver. Pero no actué de inmediato. No quería una muerte demasiado suave. Quería que fuese lenta, horrible y tenebrosa.

Al caminar, Fawles se había acercado al cobertizo. Ahora parecía estar ansioso:

—Para vengar la muerte de Soizic y todas las demás que había causado Verneuil, mi obligación era enviarlo al infierno. Pero el verdadero infierno no es una bala en la cabeza ni una cuchillada en el corazón. El verdadero infierno es el infierno eterno, el sufrimiento a perpetuidad, sufrir el mismo castigo una y otra vez. El mito de Prometeo.

Mathilde seguía sin entender a dónde quería llegar Fawles.

—Secuextré a Verneuil en La Cruz del Sur —prosiguió— y después de sacarle las respuestas que me faltaban no volví a dirigirle la palabra. Pensé que podría cumplir mi venganza a largo plazo, una venganza proporcional a la pena que me afligía. Y así fueron pasando los días, las semanas, los meses y los años. Años de soledad y aislamiento. Años de penitencia y de tortura que, a la postre, conducían a una terrible conclusión: después de todo este tiempo, el auténtico prisionero no era Verneuil, sino yo. Me había convertido en mi propio carcelero...

Atónita, Mathilde retrocedió un paso, conmocionada por la espantosa verdad: Nathan Fawles había tenido secuestrado a su padre varios años en el cobertizo. En esa parte de la casa que

protegían los ojos de buey opacos y donde nunca iba nadie.

Se quedó mirando la *boat house* que se fundía con el acantilado. Se podía entrar por una angosta abertura lateral o por el portón seccional metálico, como los que hay en los garajes. Se volvió hacia Fawles, buscando confirmación. El escritor se sacó del bolsillo un mando a distancia pequeño que apuntó hacia el portón. Este se abrió en vertical, subiendo despacio y con un chirrido.

5.

El viento penetró en la guarida del monstruo, arremolinándose y arrastrando un olor insufrible a tierra calcinada, azufre y orina.

Haciendo acopio de las escasas fuerzas y determinación que le quedaban, Mathilde se acercó al abismo para hacer una última comprobación. Quitó el seguro de la escopeta y se apretó el cañón contra el cuerpo. El viento le azotaba la cara, pero ese frescor le sentaba bien.

Estuvo esperando mucho rato. Un sonido metálico se sumó al soplo del mistral. El cubil de la Kuçedra estaba sumido en la oscuridad. El ruido de cadenas se hizo más fuerte y el demonio emergió de las tinieblas.

Alexandre Verneuil ya no tenía forma humana. La piel estaba lívida, seca y veteadas como la de un reptil; el pelo blanco formaba una maraña horrible; tenía las uñas tan largas y afiladas como garras; y en el rostro violáceo, cubierto de pústulas, se abrían dos cavidades: los ojos dementes y alucinados.

Mathilde se sintió flaquear ante el monstruo en el que se había convertido su padre. En unos segundos, se transformó de nuevo en una niña con miedo a los lobos y a los ogros. Tragó saliva. En el momento en el que bajó el arma, asomó en el cielo un rayo de sol que espejó en los finos grabados que decoraban el cañón: una Kuçedra triunfante de ojos de plata, que desplegaba las alas gigantescas. Mathilde se aferró a la culata, pero...

*

—¡Mathilde! ¡Tengo miedo!

La inflexión de una voz que venía del paraje de la infancia. Un recuerdo antiguo perdido en un recoveco de la memoria. Verano de 1996. La cala de los Pinos, a unos kilómetros de allí. El viento cálido, la sombra de las coníferas y el olor embriagador de los eucaliptos. El torrente de risas de Théo. Tiene siete años. Se ha subido solito al primer rellano de la Punta dell'Ago, el islote rocoso que se alza enfrente de la playa. Y ahora ya no está tan seguro de tener valor para zambullirse. Unos metros más abajo está Mathilde, nadando en el agua turquesa. Con la cabeza levantada, erguida hacia el pico rocoso, grita para darle ánimos:

—¡Tú puedes, Théo! ¡Eres el mejor!

Y, como su hermano sigue vacilando, agita los brazos hacia él y, con toda la persuasión de la que es capaz, le dice a voces:

—¡Confía en mí!

Las palabras mágicas que no hay que decir a la ligera; que logran que, de pronto, a Théo le brillen los ojos y le vuelva la sonrisa. Coge impulso, corre y se lanza al mar. La imagen se congela cuando aún está en el aire, como un pirata al abordaje. Es un momento liviano y feliz, pero ya alberga su propia nostalgia; un momento preservado de todo en lo que se convertirá su vida más tarde: pesadumbre, tristeza y dolor.

*

El recuerdo se ajó y acabó diluyéndose en las lágrimas.

Mathilde se enjugó la mejilla y avanzó hacia el dragón. El demonio que se estremecía ante sus ojos ya no tenía nada de maléfico ni amenazador. Era un espasmo repugnante con las alas rotas que se arrastraba por la plataforma de piedra como un guiñapo raquítrico. Una quimera cegada por la luz del sol.

El mistral arreciaba.

Mathilde había dejado de temblar.

Apuntó con la escopeta.

El fantasma de Théo le susurró al oído.

«Confía en mí.»

Había dejado de llover. El viento se llevaba las primeras nubes.

Solo hubo un disparo.

Una detonación seca y rápida que restalló en el cielo desvaído.

Epílogo

¿De dónde viene la inspiración? Apostilla a *La vida secreta de los escritores*

Guillaume Musso

La pasada primavera, poco después de que se publicara mi última novela, me invitaron a una firma de libros en la única librería de la isla de Beaumont. Tras fallecer su anterior propietario, una pareja de librerías bordelesas acababa de tomar el relevo en La Rosa Escarlata. Dos mujeres jóvenes e ilusionadas que habían apostado por modernizar y resucitar aquella vieja tienda que me habían pedido que apadrinara.

Yo nunca había estado en Beaumont y no sabía mucho sobre su geografía. En mi cabeza se mezclaba un poco con Porquerolles. Aun así, acepté la invitación porque las librerías me habían caído bien y sabía que Beaumont era donde había estado viviendo casi veinte años mi escritor favorito, Nathan Fawles.

En todas partes había leído que los vecinos de la isla eran recelosos y poco hospitalarios, pero, en la conferencia y la posterior firma de libros, los beaumonteses se mostraron de lo más acogedor y mantuve con ellos conversaciones muy agradables. Cada uno tenía una anécdota que contar y me sentí muy a gusto entre ellos. «De toda la vida, a los escritores los han recibido muy bien en Beauomont», me aseguraron las dos librerías. Me habían reservado para el fin de semana una habitación en una pintoresca pensión del sur de la isla, cerca de un monasterio donde vivía una comunidad de benedictinas.

Aproveché esos dos días para recorrerme la isla y no tardé en enamorarme de ese pedacito de Francia que no era Francia. Una especie de Costa Azul eterna libre de turistas, ostentación, contaminación y cemento. Como no me decidía a marcharme de la isla, prolongué la estancia y me puse a buscar una casita en venta o alquiler. Fue entonces cuando me enteré de que en Beaumont no había ninguna agencia inmobiliaria: parte de los bienes se transmitía de una familia a otra y el resto, mediante cooptación. Mi casera, una anciana irlandesa llamada Colleen Dunbar con quien me había sincerado sobre mis planes, me habló de una casa que podría estar disponible: La Cruz del Sur, que había pertenecido a Nathan Fawles. Me puso en contacto con la persona autorizada para hacer la transacción.

Se trataba de Jasper Van Wyck, una de las últimas leyendas del mundo editorial neoyorquino. Van Wyck había sido el agente de Fawles y de otros destacados escritores. Se lo conocía sobre todo por haber conseguido que se publicara la novela *Lorelei Strange* a pesar de que casi todas las editoriales de Manhattan la hubieran rechazado. Cuando en la prensa aparecía algún artículo sobre Fawles, el que hablaba siempre era Van Wyck, y yo me preguntaba qué relación tendrían esos dos hombres. Parecía que Fawles, incluso antes de que decidiera guardar absoluto silencio, ya odiaba a todo el mundo: periodistas, editores e incluso a sus colegas escritores. Cuando lo llamé, Van Wyck estaba de vacaciones en Italia, pero accedió a interrumpirlas durante un día para enseñarme La Cruz del Sur.

Quedamos y, dos días después, Jasper fue a recogerme a casa de Colleen Dunbar en un Mini Moke de alquiler de color camuflaje. El agente, tan orondo y afable, me recordaba a Peter Ustinov en el papel de Hércules Poirot: traje anticuado de dandi, bigote retorcido y mirada maliciosa.

Me codujo hasta la punta del Azafranero y luego se internó en un extenso parque en estado salvaje donde el aroma de la brisa marina se mezclaba con el de los eucaliptos y la menta piperita. De pronto, tras unas empinadas revueltas, aparecieron a un tiempo el mar y la casa de Fawles: un paralelepípedo de formas geométricas, de piedra ocre, cristal y hormigón.

Me cautivó al instante. Siempre había soñado con vivir en un lugar así: una villa empotrada en el acantilado y el azul perdido en el horizonte. Me imaginaba a los niños corriendo por la terraza; me imaginaba mi escritorio frente al mar, donde escribiría novelas sin ninguna dificultad, como si la belleza del paisaje fuera una fuente de inspiración inagotable. Pero Van Wyck pedía una fortuna y me dijo que no era el único cliente que estaba interesado. Un hombre de negocios del Golfo ya había visitado la casa varias veces y había hecho una oferta en firme. «Sería una pena que dejara pasar esta oportunidad —me dijo Jasper—, esta casa está hecha para que viva en ella un escritor.» Aunque yo no sabía muy bien dónde tenía que vivir un escritor, me asustaba tanto que se me escapara entre los dedos que accedí a tirar la casa por la ventana.

*

Me mudé a La Cruz del Sur a finales del verano. La casa estaba en buen estado, pero pedía un buen lavado de cara, lo cual me venía al pelo, porque necesitaba moverme de nuevo. Me puse manos a la obra. Me levantaba todos los días a las seis de la mañana y escribía hasta la hora de comer. Por la tarde me dedicaba a las obras de renovación de la villa: pintura, fontanería y electricidad. Al principio, me intimidaba un poco estar viviendo en La Cruz del Sur. Como Van Wyck me había vendido la casa amueblada, hiciera lo que hiciera, el fantasma de Fawles rondaba por todas partes: el escritor había desayunado en esa mesa, había cocinado en ese horno, se había tomado un café en esa taza... No tardé en obsesionarme con Fawles y me preguntaba si habría sido feliz en esta casa y por qué, al final, había decidido venderla.

Por supuesto, se lo pregunté a Van Wyck el mismo día que nos conocimos, pero, a pesar de su afabilidad, el agente me dijo sin tapujos que no era de mi incumbencia. Comprendí que, si volvía a sacar el tema, la casa nunca sería mía. Volví a leerme las tres novelas de Fawles, me descargué todos los artículos sobre él que pude encontrar y, sobre todo, hablé con la gente de la isla que lo había conocido. Los beaumonteses me hicieron un retrato bastante halagüeño del escritor. Si bien pasaba por ser una persona un poco melancólica que recelaba de los turistas y se negaba sistemáticamente a que le hicieran fotos o a contestar a preguntas sobre sus libros, con los autóctonos Fawles se mostraba educado y cortés. A pesar de su fama de solitario y huraño, tenía mucho sentido del humor, hacía amistades fácilmente y era un habitual de Las Flores de la Malta, el bar de la isla. A casi todo el mundo le sorprendió que se mudara tan de repente. De hecho, las circunstancias de su partida no estaban muy claras, aunque todo el mundo coincidía en que Fawles había desaparecido repentinamente el pasado otoño, después de haber conocido a una periodista suiza que pasaba las vacaciones en la isla, una joven que se había puesto en contacto con él para llevarle a su perro, un golden retriever llamado Bronco, que había pasado varios días perdido. Nadie sabía nada más y, aunque no lo dijeren abiertamente, saltaba a la vista que a los isleños les había decepcionado que se largara sin despedirse. «Es la timidez de los escritores», les decía yo para defenderlo. Pero no sé si me creyeron.

*

Llegó el invierno.

Yo seguía reformando la casa con perseverancia todas las tardes, después de haber dedicado la mañana al libro que tenía en curso. La verdad es que no estaba escribiendo mucho. Había empezado una novela titulada *La timidez de las cúspides*, que me estaba costando acabar. La sombra imponente de Fawles me perseguía por doquier. En lugar de escribir, me pasaba las mañanas buscando cosas sobre él. Localicé el rastro de la periodista suiza (se llamaba Mathilde). En la redacción de su periódico me dijeron que había dimitido, pero no pude enterarme de más. Me remonté hasta sus padres, en el cantón de Vaud. Me dijeron que su hija estaba bien y me mandaron a freír espárragos.

Por suerte, las obras avanzaban a mucho mejor ritmo. Después de renovar las habitaciones principales, me puse con los anexos, empezando por el cobertizo donde Fawles debía de guardar el Riva. Jasper había intentado vendérmelo también, pero yo no sabía qué hacer con semejante barco y decliné la oferta. La *boat house* era el único lugar de la casa que me pareció estar cargado de vibraciones negativas. Oscuro, frío y estremecedor. Le devolví la luz rehabilitando las ventanas ovaladas tapiadas que parecían ojos de buey. Como seguía sin gustarme, tiré varios tabiques que le quitaban espacio. En una de esas paredes de obra, tuve la sorpresa de encontrarme unos huesos mezclados con el cemento.

Sobre la marcha, me puse muy nervioso. ¿Serían huesos humanos? ¿De cuándo eran esas paredes? ¿Estaría Fawles implicado en un asesinato?

Pero como soy consciente de que los novelistas tenemos tendencia a montarnos películas con cualquier cosa, me calmé.

Al cabo de quince días, cuando había recobrado en parte la serenidad, hice otro descubrimiento; esta vez, en un recoveco del tejado: una máquina de escribir Olivetti verde almendra y una carpeta que contenía las primeras páginas de lo que parecía ser una novela inconclusa de Fawles.

Hacía mucho tiempo que no me emocionaba tanto. Bajé al salón con mi tesoro bajo el brazo. Ya había anochecido y la casa estaba helada. Encendí el fuego en la chimenea colgante que presidía el centro de la estancia y me serví un vaso de Bara No Niwa; Fawles había dejado en el mueble bar dos botellas de su whisky favorito. Hecho lo cual, me acomodé en el sillón orientado hacia el mar para leer las páginas mecanografiadas. La primera vez, con avidez y la segunda, disfrutando plenamente del texto. Fue una de las lecturas más impactantes que recuerdo en toda mi vida. Distinta, aunque comparable a lo que sentí en mi infancia y adolescencia al descubrir *Los tres mosqueteros*, *El gran Meaulnes* o *El príncipe de las mareas*. Se trataba de las primeras páginas de *Un verano invencible*, la novela en la que estaba trabajando Fawles cuando dejó de escribir. La mencionaba, concretamente, en la última entrevista que concedió a la agencia France-Presse. El libro prometía ser una especie de saga potente y humanista basada en una galería de personajes que evolucionaban a lo largo de los cuatro años que duró el asedio de Sarajevo. Lo que yo leí solo era un esbozo (un texto en bruto, sin revisar ni pulir), pero un punto de partida brillante, muy a la altura de lo que Fawles había escrito hasta entonces.

Los días que siguieron me desperté con el corazón henchido de una sensación poderosa, diciéndome una y otra vez que tenía el privilegio de ser seguramente la única persona en el mundo que había tenido acceso a ese texto. Pero, cuando se disipó esa embriaguez, empecé a preguntarme por qué Fawles lo habría abandonado a mitad de camino. La versión que yo tenía estaba datada en julio de 1998. La novela estaba bien trazada. Fawles debía de estar satisfecho de su trabajo.

Estaba claro que en su vida había pasado algo que lo había obligado a renunciar drásticamente a escribir. ¿Una depresión profunda? ¿Una historia de amor fallida? ¿La pérdida de un ser querido? ¿Tendría algo que ver esa decisión con los huesos que había encontrado en el cobertizo del barco?

Para quedarme con la conciencia tranquila, decidí enseñárselos a un especialista. Unos años antes, mientras me documentaba para una novela policíaca, había conocido a Frédérique Foucault, una antropóloga forense que colaboraba en el análisis de algunas escenas de crímenes. Me propuso que fuera a su despacho del Inrap, en París¹. Fui a la calle de Alésia con una maletita de aluminio donde había metido una muestra de los huesos, pero, en el último momento, en la sala de espera, me rajé y me fui por donde había venido. ¿A santo de qué iba a arriesgarme a manchar la vida de Fawles? No era ni juez ni periodista. Era novelista. También era lector de Fawles y, aunque sonase ingenuo, estaba convencido de que el autor de *Lorelei Strange* y de *Los fulminados* no era ni un cabrón ni un asesino.

*

Me libré de los huesos y fui a ver a Jasper Van Wyck a Nueva York, a su despachito del edificio Flatiron, invadido de manuscritos. Las paredes estaban cubiertas de grabados en tinta sepia que representaban a dragones luchando, a cual más horripilante.

«¿Son alegorías del mundo editorial?», pregunté.

«O del mundo de los escritores», me devolvió la pelota.

Faltaba una semana para Navidad. El agente estaba de buen humor y me invitó a compartir unas ostras en el Pearl Oyster Bar de Cornelia Street.

«Espero que le siga gustando la casa», inquirió. Asentí, pero también le hablé de las obras y de los huesos que había encontrado al tirar una pared del cobertizo. Jasper, apoyado en la barra, frunció levemente el entrecejo, aunque su expresión seguía siendo impenetrable. Y, mientras me servía una copa de Sancerre, me dijo que estaba muy familiarizado con la arquitectura de La Cruz del Sur y que se había construido entre las décadas de 1950 y 1960, es decir, mucho antes de que la comprara Fawles, y que esos huesos seguramente eran de algún bóvido o algún cánido.

«No son lo único que he descubierto», dije, y le hablé de las cien páginas de *Un verano invencible*. De entrada, Jasper se pensó que le estaba tomando el pelo, pero luego le entró la duda. Entonces saqué del maletín las diez primeras páginas del manuscrito. Van Wyck las leyó por encima con los ojos brillantes. «¡El muy cabrón siempre me dijo que había quemado el principio del manuscrito!»

«¿Qué quiere a cambio de lo que sigue?», me preguntó. «Nada —dije alargándole las páginas restantes—, no soy ningún chantajista.» Me miró agradecido, recibiendo el centenar de páginas como si fueran una reliquia. Al salir de la ostrería, volví a preguntarle si sabía algo de Fawles, pero se escaqueó.

Cambié de tema para contarle que estaba buscando un agente en los Estados Unidos para un nuevo libro que estaba planeando: quería narrar de forma novelada los últimos días de Nathan Fawles en la isla de Beaumont. «Es una idea pésima», se alarmó Jasper. «No es una biografía ni una intrusión —intenté tranquilizarlo—, es una ficción inspirada en la figura de Fawles. Ya tengo el título: *La vida secreta de los escritores*».

Jasper no se inmutó. Yo no había ido a verlo para que me diera su bendición, pero me fastidiaba que nos despidiéramos en esas condiciones. «No me apetece escribir nada más —añadí—. Para un novelista resulta bastante doloroso llevar dentro una historia y no poder contarla.» Esta vez, Jasper asintió con la cabeza. «Lo comprendo —dijo antes de soltarme el mismo rollo

que a la prensa—: El misterio de Nathan Fawles consiste en que no hay ningún misterio.»
«Por eso no se apure —contesté—. Yo me lo invento, es mi trabajo.»

*

Antes de marcharme de Nueva York, compré varias cintas para la máquina de escribir en una tienda de segunda mano de Brooklyn.

Llegué a La Cruz del Sur un viernes a última hora de la tarde, dos días antes de Navidad. Hacía frío, pero la vista seguía siendo impresionante, casi irreal, con el sol poniéndose en el horizonte. Por primera vez, tuve la sensación de volver a casa.

Puse en la pletina el vinilo de la banda sonora de *El viejo fusil*, forcejeé para encender la chimenea y me serví un vaso de Bara No Niwa. Hecho lo cual, me senté a la mesa del salón delante de la Olivetti de baquelita, en la que había colocado una cinta.

Cogí una buena bocanada de aire. Qué gusto daba volver a estar delante de un teclado. Ese era mi sitio, donde siempre me había sentido menos mal. A modo de calentamiento, tecleé lo primero que se me pasó por la cabeza.

La primera virtud de un escritor es tener buenas nalgas.

El tableteo de las teclas bajo los dedos me provocó un leve escalofrío. Proseguí:

Capítulo 1

Martes, 11 de septiembre de 2018

Las velas restallaban al viento bajo un cielo resplandeciente. El velerito había zarpado de la costa de Var poco antes de la una de la tarde y ahora se deslizaba a una velocidad de cinco nudos rumbo a la isla de Beaumont.

Bueno, pues allá vamos, pero apenas había escrito las primeras frases cuando me interrumpió un largo SMS de Jasper Van Wyck. Me informaba de que estaba dispuesto a leer mi novela cuando la terminase. (Eso era para tenerla controlada, no me engañaba.) Luego me aseguraba que Fawles estaba bien y que el escritor le había pedido que me diese las gracias por haberle devuelto aquellas cien páginas, de las que aseguraba haberse olvidado. Confidencialmente, Jasper había adjuntado al mensaje una foto que un turista había hecho la semana anterior en Marrakech. Laurent Laforêt, un pseudoperiodista francés, había identificado a Fawles en la medina y lo había acribillado. Después de jugar a los *paparazzi*, el plumífero intentó vender las instantáneas a varias páginas web y revistas de cotilleos, pero Jasper había conseguido interceptarlas antes de que se publicasen.

Con curiosidad, examiné la foto que tenía en la pantalla del móvil. Reconocí el lugar, porque lo había visitado cuando fui de vacaciones a Marruecos: el zoco Haddadine, en el barrio de los herreros. Lo recordaba como un laberinto de callejuelas, al aire libre, una concentración de tiendecitas y de puestos donde los artesanos, provistos de herramientas y soldadoras, fundían y moldeaban el metal para transformarlo en lámparas, farolillos, biombos y otros muebles de hierro forjado.

Entre los haces de chispas, se distinguía claramente a tres personas: Nathan Fawles, la famosa Mathilde y un niño de aproximadamente un año sentado en una sillita.

En la foto, Mathilde lleva un vestido corto de *jacquard*, chupa de cuero y sandalias de tacón.

Tiene la mano apoyada en el hombro de Fawles y el rostro desprende como una emanación sensible, enérgica y resplandeciente. Fawles está en primer plano, vestido con vaqueros, camisa de lino azul celeste y cazadora de aviador. Tiene la tez bronceada y los ojos claros y aún conserva su atractivo. Lleva las gafas de sol en la frente. Se nota que ha localizado al fotógrafo y lo mira como diciendo: «Que te den, no vas a alcanzarnos nunca». Tiene las manos en la empuñadura de la sillita. Me fijo en la cara del niño y me resulta perturbador porque me recuerda a mí cuando era pequeño: carita rubia, gafas redondas y coloridas, y paletas separadas. A pesar de que la foto es una violación del derecho a la intimidad, es innegable que capta una cosa: complicidad, un momento de paz, el equilibrio perfecto de la vida.

*

Ya era de noche en La Cruz del Sur. De repente, me sentí muy solo y un poco triste, sumido en la oscuridad. Me puse de pie para encender las lámparas y seguir escribiendo.

Al volver a la mesa de trabajo, miré de nuevo la foto. Nunca había coincidido con Nathan Fawles, pero tenía la sensación de conocerlo porque lo había leído, y me habían gustado sus libros, y vivía en su casa. Toda la luz la absorbían la carita del niño y sus carcajadas radiantes. Y de pronto tuve la certeza de que a Nathan Fawles no lo habían salvado ni la escritura ni los libros. El escritor se había aferrado a la chispa que brillaba en los ojos del chiquillo para recuperarse y reorientar su vida.

Alcé entonces el vaso de whisky hacia él para dedicarle un brindis.

Me aliviaba saber que era feliz.

¹ Institut National de Recherches Archéologiques Préventives (Instituto Nacional de Investigaciones Arqueológicas Preventivas).
(N. de la T.)

Lorelei Strange

★

Nathan Fawles

*Para Bethilda
Nathan Fawles*

10 de marzo de 1998



Little, Brown and Company
New York Boston London

Lo verdadero de lo falso

¿De dónde viene la inspiración?

Esta pregunta siempre surge, antes o después, en mis encuentros con lectores, periodistas o librereros. Pero no es tan trivial como aparenta. Esta novela, *La vida secreta de los escritores*, es una posible respuesta que ilustra el misterioso proceso que nos lleva a escribir: potencialmente, todo puede ser fuente de inspiración y material de ficción, pero nada aparece en una novela tal como lo hemos visto, vivido o aprendido. Como si se tratara de un extraño sueño, cualquier detalle de la realidad se puede deformar y convertirse en un elemento esencial de una historia en ciernes. Entonces es cuando ese detalle se vuelve novelesco. Sigue siendo cierto, pero ya no es real.

Por ejemplo, la cámara de fotos gracias a la cual Mathilde cree haber desenmascarado al asesino está inspirada en un suceso de periódico: una Canon PowerShot que apareció en una playa de Taiwán después de haber estado seis años a la deriva desde Hawái. En la auténtica solo había fotos de vacaciones, pero la de la novela es bastante más peligrosa...

Otro ejemplo: el «ángel de cabello dorado» que da título a la segunda parte de la novela es el apelativo cariñoso que Vladimir Nabokov le dio a Véra, su querida mujer, en una de las innumerables cartas que le dirigió. La belleza de estas cartas y también la conmovedora relación epistolar entre Albert Camus y María Casares es lo que yo tenía en mente al escribir la correspondencia entre S. y Nathan Fawles.

En lo que se refiere a la isla de Beaumont, se trata de una isla ficticia inspirada, por un lado, en la sorprendente ciudad californiana de Atherton y, por otro (mucho más atractivo), en Porquerolles, así como en mis viajes a Hidra, a Córcega o la isla de Skye. El nombre de los comercios de la isla, con sus ingeniosos juegos de palabras (Las Flores de la Malta, Bread Pit, etc.), los saqué de establecimientos con los que me he topado viajando o documentándome¹.

El desencanto del librero Grégoire Audibert le debe mucho a Philip Roth y a su pesimismo sobre el futuro de la lectura.

Por último, Nathan Fawles, un personaje al que me ha gustado mucho acompañar en estas páginas, ha sacado la necesidad de aislarse, la renuncia a seguir escribiendo, la retirada del mundo mediático y la actitud huraña tanto de Milan Kundera y J. D. Salinger como de Philip Roth, una vez más, y Elena Ferrante... Ahora tengo la sensación de que tiene vida propia, y, al igual que el Guillaume Musso ficticio del epílogo, me encantaría enterarme de que ha logrado volver a disfrutar de la vida, en otro lugar del mundo.

¹ Los nombres de lugares reales, como calles o establecimientos, se han mantenido en su idioma original. Las localidades y lugares que tienen correspondencia en castellano se han puesto en este idioma. Los nombres de lugares ficticios se han traducido, excepto los que están en italiano. (*N. de la T.*)

Referencias

Autores y obras mencionados:

Oda I, Vida retirada, Fray Luis de León; *El guardián entre el centeno*, J.D. Salinger; *Carrie*, Stephen King; la serie *Harry Potter*; J.K. Rowling; *Dune*, Frank Herbert; *Barrio lejano*, Jiro Taniguchi; *Los suicidas* y *El hombre que miraba pasar los trenes*, Georges Simenon; *Finnegans Wake*, James Joyce; *La isla Negra*, Hergé; *El poeta*, Michael Connelly; mención a Sherezade, de *Las mil y una noches*; *El chivo expiatorio*, René Girard; *Le roman inachevé*, Louis Aragon; *El húsar en el tejado*, Jean Giono; *Bella del Señor*, Albert Cohen; *Cartas de amor de la monja portuguesa*, Gabriel de Guilleragues; «Si me muero allá lejos...», obra poética, Guillaume Apollinaire; *Los tres mosqueteros*, Alexandre Dumas; *El gran Meaulnes*, Alain-Fournier; *El príncipe de las mareas*, Pat Conroy; Las flores de la Malta: *Las flores del mal*, Charles Baudelaire; Un mohíno inferno: *Un mono en invierno*, Antoine Blondin; Salman Rushdie, Mario Vargas Llosa, Francis Scott Fitzgerald, Michel Tournier, J.M.G. Le Clézio, Jean d'Ormesson, John Le Carré, Marguerite Duras, André Malraux, Arthur Rimbaud, Ernest Hemingway, Pablo Neruda, Cormac McCarthy. Películas: *A pleno sol*, *Ciudadano Kane* y *La naranja mecánica*.

Mapa de la isla: © Matthieu Forichon

Título original: *La vie secrète des écrivains*

Edición digital: 2019

Copyright © Calmann Lévy, 2019
© de la traducción: Amaya García Gallego, 2019
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid

ISBN ebook: 978-84-9181-658-4

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.AdNovelas.com